

# LA MADRE CÁNDIDA, DIRIGIDA Y DIRECTORA

POR MARIA DEL CARMEN CRUZ TAPIA FI

# LA MADRE CÁNDIDA,
# DIRIGIDA Y DIRECTORA

por María del Carmen Cruz Tapia, FI

# ÍNDICE

A modo de justificación

**I- LA MADRE CÁNDIDA, DIRIGIDA**

Dios, "primer" director espiritual de Juana Josefa

Sus otros directores

a) Grupo sacerdotal
   - D. Martín Barriola
   - Canónigos, beneficiarios de la Iglesia salmantina

b) Grupo jesuítico
   - P. Ramón Sepúlveda y P. Rafael San Juan
   - P. Miguel de los Santos San José Herrnaz

**II- LA MADRE CÁNDIDA, DIRECTORA**

- P. Herranz
- Fray Joaquín Pérez Pando
- Otros sacerdotes
- Hijas de Jesús
   - Águeda Rey
   - Josefa Machiñena
- MM. Carmelitas de Medina del Campo
- Personas seglares
   - Familia Sabater Becerra
   - Familia San José Herranz
   - Familia Marqueses de Castellanos

# A MODO DE JUSTIFICACIÓN

Dirección espiritual, confrontación, acompañamiento… El nombre es lo de menos, corresponde este a épocas determinadas. Básicamente se trata de la misma realidad.

Podemos buscar razones para justificar la importancia del hecho. Hay razones que responden a necesidades inherentes a la condición humana tales como la necesidad básica de comunicación, de romper silencios, de experimentarse como ser sociable… Pesa demasiado la soledad en el hombre de hoy. Aunque sólo sea para escuchar su propia voz la persona busca comunicar a otra su experiencia vital. Logros y fracasos, gozos y penas, aspiraciones y miedos… Pero, con frecuencia y nada más comenzar la comunicación, esta se ve interrumpida porque el potencial oyente siente la misma necesidad de expansión y exige a su vez atención del otro. Se escucha poco y mal.

Otra razón, también consustancial con el hombre, es la necesidad de encontrar luz en un yo profundo cargado de oscuridades y la búsqueda de mayor seguridad en sus opciones y pulsiones. Fruto ambas cosas de la finitud humana. Y es que para vivir en paz con uno mismo y con los demás necesitamos una cierta estabilidad cognoscitiva, emocional, espiritual… Hoy escasean tanto los confesores, directores o acompañantes como abundan los psicólogos.

Existe también en la persona el deseo íntimo y honrado de conocer cuáles son los caminos concretos que le llevan a la felicidad. Es cuestión de madurez y de gracia el buscar la felicidad en el camino correcto. “Nos hiciste, Señor, para ti…”

Entrando ya de lleno en la dirección espiritual podemos referirnos, a grandes rasgos, a dos tipos de acompañamiento. Uno, directo, inmediato y, otro, indirecto y hasta alejado en el tiempo. En el primero se da y se recibe a la vez de una persona presente a quien se busca, se encuentra, se confía. En el segundo se empatiza con alguien distante en tiempo y en espacio pero a quien se toma por modelo, por guía, por maestro, por interlocutor válido. Es el cao, entre otros, del magisterio espiritual ejercido por Ignacio de Loyola, Juan de la Cruz, Teresa de Ávila y Cándida María de Jesús. Magníficos directores de almas a través de los siglos; extraordinarios acompañantes de muchas personas en su apasionante –y a veces no fácil- tránsito por la vida.

En esta ocasión hemos elegido a Cándida María de Jesús para verla en su doble faceta de dirigida y directora.

Si la gran Teresa de Jesús nos atrajo irresistiblemente como santa, como española y como mujer y a ella dedicamos –hace años- unas páginas ¿qué decir del atractivo que emana de la Madre Cándida? Santa, española, mujer y fundadora de nuestra Congregación nos sigue ayudando a las Hijas de Jesús como guía segura y como seria confrontación de vida.

No pretendemos presentar un trabajo de teología acerca de su modo de pensar y obrar en cuanto a la dirección espiritual. Tampoco diremos cosas nuevas, desconocidas, de la Madre. Queremos sencillamente acercarnos a ella con amor de hija y fidelidad de discípula queremos buscar en su vida, en sus escritos, el tesoro allí escondido. Pretendemos, a través de su testimonio de vida y de sus escritos, llegar a conocer mejor a Cristo y a afianzarnos más en su seguimiento.

Juan de la Cruz y Teresa de Ávila fueron nombrados doctores de la Iglesia. Juan había estudiado en la universidad de Salamanca. Teresa no era teóloga, ni jamás estudió *Ciencias Sagradas* pero sí recibió

una formación intelectual bastante completa si tenemos en cuenta la situación de la mujer en la época en la que le tocó vivir.

La formación de Juana Josefa fue muy diferente. Una joven que apenas manejaba el castellano y que, a pesar de ello, fue llamada a ser fundadora de una Congregación dedicada a la educación.

Como nos sucede con Teresa de Ávila, Cándida María de Jesús se nos presenta fascinante en su doble faceta de dirigida y de directora de almas.

Conformaremos este trabajo, por tanto, en dos grandes bloques: la Madre Cándida como dirigida en el Espíritu y la Madre Cándida como directora espiritual de otras personas.

Estos dos grandes apartados se verán subdivididos en varios capítulos según indicamos en el índice.

A lo largo de su vida entera y en todo momento, siempre, aunque son mayor o menos intensidad según circunstancias, el ser humano se siente dirigido. Dios, la familia, los amigos, la sociedad, la naturaleza misma… todo incide en él, lo va marcando. Así sucedió también con Juana Josefa Cipitria y Barriola. Trataremos de profundizar en la intervención que Dios y los hombres tuvieron en su vida. Una intervención muy distinta, es verdad, en su misma esencia, pero las dos interacciones: Dios-Cándida María de Jesús y Cándida María de Jesús-otras personas fueron lo suficientemente significativas para ser objeto del presente trabajo.

# I – LA MADRE CÁNDIDA, DIRIGIDA

## DIOS, "PRIMER" DIRECTOR ESPIRITUAL DE JUANA JOSEFA CIPITRIA

Ya desde muy niña Juana Josefa experimentó la presencia activa de Dios en su vida.

Recordemos aquellas salidas mañaneras camino de la fuente para encontrarse con la Virgen María. ¿Quién le insinuó este posible encuentro? Y ¿cómo pudo salir de casa sin que nadie le ayudase? ¿Quedó aquella noche –por descuido- la puerta mal cerrada? ¿Cómo consiguió, tan pequeña, con apenas cuatro palmos de estatura, acceder a la cerradura? *"La devoción a la Purísima Virgen los sábados particularmente, desde la edad de unos cuatro años",* dejó escrito. Con este sorprendente episodio Dios subrayaría una de las características espirituales de la Madre Cándida: su devoción mariana.

También Él se le hizo presente a través de los más débiles. Con qué sencillez contaba años más tarde a sus hijas el costoso sacrificio sabatino –tortilla en mano- a la espera de un pobre. Claro está que en este recuero la Madre daba primacía a su propia falta de mortificación –mordisco a mordisco iba achicando aquel potencial regalo- sobre el infantil y generoso deseo de compartir el apetitoso desayuno.

La protección de un Dios Padre, "que tanto me quiere2, y que engendró en ella una confianza sin límites, se le manifestó en varios momentos como aquel en el que vio su vestido prendido por el fuego que ella, solícita, llevaba para el encendido de una pipa. El abuelo, el vecino que con ellos estaba, las personas que se acercaban a la iglesia del pueblo aquel domingo para la Misa Mayor, se asustaron. ¿Cómo no? Sólo la pequeña Juana Josefa permaneció tranquila. No mereció el tal incidente quedar recogido en los "apuntes" que, sobre su vida, le mandó escribir la "obediencia". Fue su hermana Ángela quien más tarde lo contaría por escrito en su "Informe" sobe la Fundadora.

Como tampoco recogería el recuerdo del revolcón que le dio la vaquilla. La corneó y tiró por alto. Resultado: la lengua partida y cicatrizada después sin mayores consecuencias, a pesar de los pronósticos médicos. A la niña tampoco le quedó el susto al que se supone tendría derecho. ¿Penaría que el Aita Dios estaba jugando a lanzarla hacia arriba como su aita Juan Miguel solía hacer mientras los dos, padre e hija, reían a carcajadas? Muchos años después –ya fundadora y en una finca salmantina- vería cómo se le enfrentaba otro astado. Sólo ella supo mantener la calma mientras sus anfitriones buscaban lugar seguro. Desde niña Dios le había hecho experimentar su especial protección como padre solícito y bueno.

De nuevo Dios se constituiría en maestro de la pequeña Juan Josefa cuando, sin experiencia alguna de vida conventual, se erigía en abadesa de soñados monasterios, juegos en los que hacía participar a otras niñas. Anticipo de su vida como fundadora. antes, otra futura fundadora, Teresa de Ahumada niña, había jugado a conventos en la casa paterna abulense con su hermano Rodrigo. Después, en Tolosa, otra Hija de Jesús, Antoñita Bandrés, jugaría a lo mismo con sus amigas.

¿Y qué sabía Juana Josefa de Ignacio de Loyola? Sí, había oído su nombre muchas veces, eran "vecinos" pero ¿le habló alguien en Tolosa de su carisma, de las Constituciones, de los Ejercicios Espirituales? *"Santo mío, yo quiero hacer lo que dice ese libro".*

Desde que hizo en Tolosa su Primera Comunión, parroquia de Santa María, Juana Josefa quedó "enganchada" al sacramento de la Eucaristía. "Se adelantó a los deseos del Papa de la Eucaristía"

estableciendo en sus casas, desde el principio de la fundación, la comunión diaria. Para poder comulgar, en sus largos e incómodos viajes como fundadora, soportó feliz el ayuno; muchas horas sin un sorbo de agua. Dios iba inculcando los principios básicos de la espiritualidad carismática de Cándida María de Jesús. Y lo hacía como su verdadero "primer" director espiritual.

Al recordar estos hechos nos podría quedar la sensación de una protección especial de Dios en unos especiales momentos de su vida. En realidad, fue el Espíritu quien marcó claramente la "hoja de ruta" de su vida entera.

Sus contemporáneos: Hijas de Jesús, sacerdotes, seglares, la recordaron años después (y así o dejaron escrito en que numerosos testimonios) como una mujer excepcional, siempre en la presencia de Dios, consultándole en todo momento cuál era su querer y esforzándose por seguir fielmente sus indicaciones aun en las cosas ordinarias y menudas de la vida.

"A aquella señora ¡cómo se le conocía –según decía mi tío, también sacerdote- que tenía la presencia continua de Dios; siempre recogida, como si estuviera ante un gran personaje, con una compostura y gravedad atrayente y edificante!"

"Casi siempre se la veía con los ojos entornados o mirando hacia arriba, como si la presencia de Dios fuera en ella continua y natural".

"Era el Sagrario su consejero principal".

¿Caben mayores elogios?

## SUS OTROS DIRECTORES

Dios fue sin duda, desde el principio y hasta el final, el "primer" y especialísimo director de la Madre Cándida. Pero Él quiso compartir su dirección con otras personas.

### A) Grupo sacerdotal

Encabeza este grupo **D. Martín Barriola y Arzadun.**

Fuerte carácter el de D. Martín. Con sus estallidos broncos y hasta furiosos que infundían miedo, y con arranques generosos y hasta desvalidos que producían cierta sorpresa. Solo era once años mayor que Juana Josefa, quien en Tolosa se acercó a su confesonario en busca de orientación espiritual.

A los diecisiete o dieciocho años aquella joven no dejaba de hacerse preguntas sobre su futuro. ¿Sería el disgusto provocado en la familia, al negarse una y otra vez a una propuesta de ventajoso matrimonio, lo que le acercó al confesonario de D. Martín? ¿O fue sencillamente el deseo de saber lo que Dios quería de ella, concretamente, en el día a día, lo que la impulsó a pedir ayuda? El *"yo, solo para Dios"* que –según le oyeron comentar algunos testigos- Juana Josefa formuló en su interior desde muy niña, se vio reafirmado al contrastarlo con D. Martín.

El joven sacerdote ya había tenido experiencia propia de discernimiento vocacional durante los dos años que pasó en el noviciado jesuítico de Loyola. ¿Ayudaría también a sus hermanas: Magdalena (religiosa de la Compañía de María, en Santander); Catalina (Hija de la Caridad, en Galicia) y Epifanía (religiosa salesa, en Valladolid) en su decisión de optar por la vida consagrada?

La Madre Águeda Hernández dice refiriéndose a aquellos años: "Sé que consultó toda su vocación con su confesor, D. Martín Barriola y al mismo D. Martín le he oído decir que la sometía a pruebas muy duras y la contrariaba para conservarla en la gran humildad que la Sierva de Dios tenía".

Ante la postura tajante de los padres sobre la vocación religiosa de Juana Josefa, D. Martín aconsejó a esta salir de Tolosa por una temporada con, al menos, dos objetivos: hacer que los ánimos se serenaran y ganar su propio sustento fuera de casa.

A petición de D. Martín su prima Dª Estefanía Irazusta se encargó de buscarle trabajo como sirvienta e una familia de Burgos. Esta señora, mayor, fue también la encargada de acompañar a la joven Juana Josefa en su primer viaje más allá de los límites de su tierra natal.

El propio D. Martín fue quien aconsejó a Juana Josefa que buscase en Burgos como director un padre jesuita. Era impensable en aquel tiempo podre, desde la distancia, seguir aconsejando a la joven Cipitria. Mucho iba a necesitar esa dirección en una situación familiar y social totalmente nueva y ante nuevas y llamativas experiencias de Dios.

Hasta entonces y, según el testimonio de D. Martín, (también él fue hombre de oración) la oración había tenido un puesto especial y una profundidad inexplicable en la vida de Juana Josefa, así como se veía que iba afianzándose en ella el deseo de apostolado: "Desde pequeña y ante toda clase de personas, sin el menor respeto humano, no acertaba a hablar más que de la contemplación y de las cosas espirituales con espíritu sencillo".

En el verano de 1871 regresa a Tolosa Juana Josefa, madura ya su vocación de mujer consagrada a Dios, a recabar la bendición de sus padres. Transigirían ellos en que fuera religiosa pero siempre que lo fuera en el convento de las Claras de Tolosa, no en otro lugar. Hasta que la voz de Dios e impuso a la negativa paterna de forma aparatosa y clara: "Hija mía, ve donde Dios te llame". Desconocemos si entonces hubo también entrevista de despedida con D. Martín.

Tampoco sabemos si Juana Josefa, ya Madre Cándida, tuvo ocasión de ver a D Martín antes de su llegada a Tolosa para una posible fundación allí.

En la iglesia de los padres escolapios de Tolosa va a tener lugar una escena similar a la del Rosarillo. Ante este altar de la Sagrada Familia, en Valladolid, será la Virgen quien le diga "cómo había de ser el hábito, el nombre de la Congregación que había de fundar y el nombre que ella había de tomar". Ante el retablo de la iglesia de los escolapios, y mirando a San José, "le fue mostrado claramente lo mucho que había de sufrir en aquella fundación […] A la vez el Señor le mostró que se dirigiera a D. Martín Barriola, párroco de Anoeta, a pedir una casa que este tenía en la calle de la Rondilla".

Movida la Madre Cándida –como siempre- por su afán de cumplir en todo la voluntad de Dios, se presentó ante su antiguo confesor. La reacción de este fue desmesurada aun antes de que la Madre le expusiera su petición. Gritos, insultos, imprecaciones… Todo inexplicable desde el punto de vista humano. Solo puede entenderse algo a la luz de ese Dios dueño de la historia: de la Fundadora, de la Congregación, de la humanidad toda…

La Madre Cándida no se deja impresionar; está en juego el querer divino. Con humildad pero con firmeza le contesta:

> *"Hasta ahora, D. Martín he escuchado cuanto usted ha dicho y le suplico me escuche un momento para que sepa el objeto de mi venida. Ante Dios he visto que su voluntad es que funde en Tolosa y para ello usted me dé la casa situada en la calle Rondilla, nº 12"*

Nuevas voces, insultos, reproches…

*"Está bien, yo he cumplido lo que Dios me ha ordenado. Usted vea lo que hace".*

Y llega la sorpresa. Cambio total por parte de D. Martín. "Sanando una tarjeta se la dio a la Madre diciendo la presentara a su administrador en Tolosa para que les enseñara la casa pedida, pues desde aquel momento, si le gustaba, podía disponer de ella, que ya haría la escritura de cesión".

Efectivamente el 1 de enero de 1881 ya se firmaba la escritura privada de donación. Pero tuvieron que pasar ocho largos años hasta que D. Martín hizo la escritura pública. ¿Cómo se explica tanto dolor, tantos sinsabores, tantas angustias económicas por las que D. Martín hizo pasar a la Madre Fundadora? Su biógrafo dice de él que Dios le purificó "con tribulaciones exteriores e interiores". La casa de la Rondilla había pertenecido a una hermana de D. Martín, Ana Josefa, soltera, seglar, fallecida en Tolosa a los veintiséis años en diciembre de 1871. D. Martín fue su testamentario y le empezaron los escrúpulos. Ni la intervención del Sr. Obispo, ni la del vicario; nadie fue capaz de hacerle entrar en razón. Hasta que Dios puso fin al sufrimiento íntimo e intenso de D. Marín y al sufrimiento extremo de la Madre Cándida.

"Cuando más tarde acabó este asunto, nos decía D. Martín que teníamos una madre santa y que él la había probado mucho para ver hasta dónde llegaba su santidad".

"Yo mismo fui causa de los mayores sinsabores", confiesa abrumado D. Martín. Muy a pesar de su querer, así fue. Su temperamento, acuciado por fuertes escrúpulos de conciencia, su inclinación a vivir una pobreza extrema, patológica, queriendo evitar a toda costa cuanto estuviera relacionado con el dinero… A esto se unió la autoridad que creía tener sobre la Madre Cándida por haberla conocido desde jovencita… De todo ello se sirvió Dios para purificar a uno y a otra.

D. Martín no dejó de visitar a las Hijas de Jesús de Tolosa quieres tuvieron con él, dentro de su pobreza, algunos detalles como "el envío de dos pichones".

*"Agradezca también los recuerdos y visitas de D. Martín Barriola. Dios se lo pague todo y, cuando tengan ocasión, le saludan en mi nombre"* (A Antonia Beloqui, 21 de junio de 1906)

Un último favor pretendió hacer D. Martín a la Madre Cándida: presionarla para que fuera a ver al "abuelito" (como llamaba la comunidad tolosana al padre de la Fundadora), enfermo ya de muerte. La disculpa era que la Madre Cándida debía ir a Tolosa para firmar el testamento que esta tenía que hacer para que la Congregación de las Hijas de Jesús pudiera heredar, cuando ella muriera, la propiedad de la casa de la calle Rondilla, nº 12. Quiso ofrecer la Madre el sacrificio de no estar junto a su padre moribundo, al igual que hiciera su hermana Ángela. Juan Miguel, el padre, falleció el 14 de mayo de 1897; el testamento lo firmaría en Salamanca la Madre Cándida el 29 de octubre de 1897.

La Congregación queda muy agradecida a D. Martín Barriola porque supo acompañar a Juana Josefa en el despertar de su vocación de entrega incondicional a Dios; por haber mediado con sus padres para que permitiesen cumplir el proyecto que Dios tenía sobre ella: "solo a Dios y a Juana Josefa corresponde la última palabra", les dijo con firmeza. También por nombrarla en su testamento "como su única y universal heredera". Eran tres caseríos los que dejaba; mientras él viviera, se quedaría con su usufructo.

Sobrevivió D. Martín a la Madre Cándida. Tuvo por tanto ocasión de contestar a la carta que D. Secundino Alberdi le había enviado el 26 de agosto de 1912 pidiéndole informes sobre la Fundadora. "El mayor elogio que debe hacerse de la expresada Madre es que la Divina Providencia se valió de una criada pobre para una obra de esa naturaleza".

Así comienza D Martín su informe. Continúa después con la apreciación de que "una de la mayores cruces es la contradicción de los buenos"; con la proclamación de la confianza que tuvo

siempre en Dios, “se vio abandonada de todos y cargada de deudas, sin esperanza humana, pero Dios le sacó de todos los apuros”, con la fundación de Tolosa, “aquí tuvo que devorar mayores amarguras amarguísimas de todas clases, tanto interiores como exteriores […] Yo mismo fui causa de los mayores sinsabores, y los sufrió sin darme queja alguna”; con la admiración por su humildad profunda, “no he conocido persona que con más gusto abrazara los oficios más humildes de cas ay como si fuera una criada de todas”.

Porque la conoció siendo una adolescente y la trató durante mucho tiempo la conocía bien. Testigo fue providencial de las maravillas que Dios hizo en el alma de la Madre Cándida a lo largo de los sesenta y siete años que le concedió de vida.

Por su parte la Madre Cándida siempre mantuvo hacia D. Martín –como haría con sus posteriores directores- gratitud y respeto desde una clara actitud de madurez y libertad.

Dentro del “grupo sacerdotal” tiene un puesto relevante los **canónigos, beneficiados de la Catedral de Salamanca y algún sacerdote más de la diócesis salmantina.**

Desde aquel 2 de abril de 1874, Jueves Santo, en el que las Hijas de Jesús supieron la salida de los padres jesuitas de la ciudad, quedaron nombrados como sus directores espirituales sacerdotes de la diócesis salmantina, algunos de ellos formados en la espiritualidad ignaciana en su época de seminaristas. Los jesuitas estaban encargados por entonces del Seminario de la diócesis.

Es cierto que la madre Cándida no vio, al principio, limitada su comunicación epistolar con el P. Herranz. En ella pudo verter sus más íntimos deseos, dificultades, fracasos y logros. Pero la confesión semanal pasó de los jesuitas a estos eclesiásticos.

Algunos sacerdotes amigos visitaban o administraban los sacramentos a las Hijas de Jesús. Sabemos que uno de los primeros en llegar fue **D. Miguel Fuentes**, canónigo, quien, nada más enterarse de la triste noticia del destierro de los jesuitas, pasó a la casa de la Concordia *“más bien a consolarnos que a otra cosa, conjeturando lo mucho que en tan pocas horas habíamos padecido”.* Él se encargó de celebrar la misa diaria pero quien suplió al P. Bombardó como director espiritual fue el Sr. Magistral, **D. Antonio García Fernández.** Se comprometió a confesarlas los jueves y los sábados. También a decir misa cuando D. Miguel no pudiera ir.

D. Antonio fue por tanto el primer confesor no jesuita en Salamanca de aquel tiempo conservó un recuerdo impregnado de veneración hacia la Fundadora de las Hijas de Jesús. Fueron dos años de oir semanalmente a la Madre en el confesonario y fuera de él. Y también a las hermanas de la comunidad. Estas presenciaron con frecuencia sucesos que no acertaban a definir y que comentaban con el confesor: consuelos espirituales sorprendentes junto con ataques visibles de *el perete*… Pero, sobre todo, eran testigos de la carga de santidad “práctica” que llevaba consigo día y noche la Madre Cándida. Es muy posible que esta, conociendo el fuerte deseo que le impulsaba a encontrar en todo y siempre la voluntad de Dios, abriera sin límites su alma a D. Antonio. Aunque ya dijimos que por entonces nada ni nadie se interponía entre la Madre Cándida y el P. Herranz, con quien frecuentemente se relacionaba por carta.

De la intervención directa de Dios –sorprendente intervención- tenemos constancia por una carta del P. Herranz. *“Tengo tal fe en que Dios no les faltará a ustedes que quisiera, cuando falte alguna cosa, que usted eche la bendición con fe, levantando solo la mente a Dios y a su Purísima Madre y espero que Dios le ha de dar a usted lo que necesite […] Aunque no tenga usted qué comer eche usted la bendición sin que la vean y por mi obediencia, y Dios le dará aquello que necesite”.* (Vigo, 6 de octubre de 1874)

¿Quién tenía mayor fe en Dios, la Madre Cándida o el P. Herranz? Y ¿cómo era posible que "echara la bendición sin que la vieran" cuando los resultados eran tan evidentes? No pocas veces lo verían y comentarían entre ellas y con D. Antonio.

Desde que este la conoció supo que la Fundadora era una mujer "tocada por el dedo de Dios". La Madre Cándida gozó entonces del aprecio de D. Antonio quien, ya obispo de Segovia, siguió protegiendo a las Hijas de Jesús.

Durante los primeros años de la fundación abundaron en la Fundadora ciertos hechos de carácter sobrenatural que más tarde desaparecerían. Dos de ellos quedaron esbozados en los apuntes para lo que me mandó la Santa Obediencia: "lo que pasó en el comercio de D. José Campo con su dependiente" y "lo que pasó con la hija de Manuel el cantero en la casa de San Pablo en nuestro colegio".

Es el primero un caso ¿profético? La Madre Cándida conocía bien a D. José Campo, rico comerciante que tenía su negocio en la calle de San Pablo, a pocos metros de la vivienda de las Hijas de Jesús. La Fundadora había ido a ese comercio algunas veces y conocía al dueño y al dependiente, un sobrino suyo, muchacho sanote, bromita, a veces un tanto descarado. Tras el mostrador lo encontró un día haciendo burla sobre una esquela mortuoria. La Madre le invitó suavemente a la reflexión pero el mozalbete seguía mofándose del difunto. Le atajó seria la Madre Cándida: tú morirás también, y será en breve. A los pocos días así había sucedido, como, apenado, le contó de su sobrino el mismo Sr. Campo.

El comerciante D. José apreciaba de veras a la Fundadora; más aún, confiaba en su oración. Cuando la Madre Cándida el 13 de julio de 1874 le pidió prestados tres mil reales, al devolvérselos casi un año después, recibió esta nota: *"Pagó abril 19/75. Al recado que usted dejó ayer le digo que nada debe por intereses; sólo le suplico me encomienden al Señor y pidan a San José remedie una necesidad moral que hoy se siente en esta su casa. José C.,* (rubricado)"

A este señor también le confió la Fundadora el alquiler o la venta de la casa de la calle de Placentinos una vez que, conocedora de su enclave, renunció a habitarla.

El segundo caso ¿milagroso? Es quizá más sorprendente. La casa de la calle de San Pablo, la casa de la "Concordia", se venía a tierra de puro vieja; destartalada, inhabitable… Se hundió el techo de la pequeña capilla; por fortuna no pillo a nadie debajo. Tuvieron que entrar en la casa albañiles, canteros, carpinteros… Mariano, el maestro de los canteros, llegó un día angustiado, nervioso, pidiendo a los carpinteros que hicieran una caja para su hija Manuleina. La pequeña, apenas cinco años, había muerto y ya estaba tapada para enterrarla. Intentó la Madre tranquilizarlo asegurándole que ella rezaría a la Virgen. Pronto se corrió la voz; los canteros, albañiles, carpinteros no salían de su asombro. La niña estaba viva y sana. Con frecuencia la llevaban después sus padres a ver a la Madre Cándida. Manuelina, nada más ver a la "madre de las monjitas"; corría hacia ella; no sabían sus padres cómo mostrar su agradecimiento.

> *"Su madre no hace mucho me remitió una tarta de dulce, grande y hermosa. Su padre, cuando las barricadas, no se iba hasta asegurar bien las puertas y las ventanas y venía todos los días a ver si nos sucedía algo o se nos ofrecía alguna cosa".*

Era prácticamente imposible impedir que sucesos tan fuera de lo común no supusieran tema de conversación entre las hermanas y que no llegaran a oídos del confesor, aunque la Madre Cándida todo lo atribuyera a la bondad de Dios y de su Purísima Madre.

A pesar de tantos favores espirituales, las penurias económicas, los problemas de convivencia… pesaban con tal intensidad sobre la Madre Cándida que acabó quebrantándose su salud. Tanto, que temieron por su vida.

Ya el obispo Martínez Izquierdo había sustituido a Lluch y Garriga en la sede episcopal salmantina. Era marzo de 1877. El fuerte disgusto que Petra Piernavieja había proporcionado a la Madre Cándida, provocó en ésta una extraña enfermedad que los médicos no lograban vencer porque ni siquiera atinaba a diagnosticar. Fue a otro sacerdote, **D. Manuel Caballero,** beneficiado de la catedral de Salamanca, a quien se le ocurrió el remedio. Conocedor de la atracción que sobre la Fundadora ejercía la Eucaristía aconsejó: la Madre Cándida sólo mejoraría recibiendo la comunión, puesto que su estado de salud no le permitía recibir antes el sacramento de la penitencia, "sobre su conciencia cargaba él con los pecados que pudiera tener la enferma". Desde ese día la enfermedad comenzó a remitir. Una recuperación que tranquilizó no solo a la comunidad. También hizo que respirara tranquilo el Sr. Martínez Izquierdo. El prelado había visitado repetidamente a la Fundadora "para ver por sí mismo que lo que decían no podía suceder, esto es, la Madre dejara de existir en circunstancias tan difíciles y cuando él se prometía más del naciente Instituto".

La salud de la Madre Cándida se recuperó pero las relaciones entre la Curia diocesana y la Fundadora empeoraron. Por causas diversas.

Trasladada por fin la comunidad al palacio de Montellano, en donde se instalaron a finales de 1877, tomó la dirección del nuevo colegio de la calle de Zamora D. Enrique Almaraz, magistral de la catedral. "La mitad de la comunidad se confesaba con el Sr. Magistral y la otra mitad con el sacerdote D. Lorenzo Domínguez. El confesor de la Madre era D. Lorenzo". Para entonces –como antes señalamos- la cordial relación entre la Curia y las Hijas de Jesús se había deteriorado: de paternal apoyo para la Madre Cándida y para sus hijas había pasado a intervencionismo enojoso. D. Lorenzo actuó entonces como intermediario entre la Madre y el P. Herranz en la información que aquella le daba sobre los asuntos más importantes de la Congregación. En la correspondencia de aquel delicado momento el P. Herranz se refiere a D. Lorenzo con una letra inicial (L). Durante el doloroso y largo proceso de salida de la Congregación de Petra Piernavieja la Fundadora mantuvo contacto con el P. Herranz, muchas veces, a través de D. Lorenzo, único confidente de las hondas penas de la Madre.

Eran "tiempos recios", en expresión teresiana, para la Madre Cándida y para la aún joven Congregación. Primero, por el cambio de casa prometido y postergado meses y meses. "Mucho tienes que sufrir hasta no estar en la casa nueva pues el negro atrasa demasiado este bien" (del P Herranz. Vigo, 4 de abril de 1877); después, la excesiva intervención del Obispado en los asuntos internos de la Congregación; la situación económica deficitaria; el control sobre la correspondencia privada de la Madre en el que participaban (¡y qué doloroso debió de resultar para la Fundadora!) algunas hermanas de su propia comunidad"… que eran las que facilitaban que la correspondencia de la Madre no llegara a sus manos, y hasta se la quitaban del sitio donde la guardaba bajo llave".

Siempre prudente y leal, D. Lorenzo como "correa transmisora" y siempre la Madre Cándida, fiel para con Dios y libre para con los hombres.

Así escribe ella en los *Ejercicios Espirituales* de 1878, con su todavía incipiente aunque cuidad caligrafía y su ortografía imperfecta aún:

> "Con prudencia o siempre que voy a hacer algo tendré a Jesús presente y diré ¿esto le agradará a Dios? Si le agrada, cueste lo que cueste, lo hago y, si no le agrada, aunque me maten, no lo hago".

### B) Grupo jesuítico

Llegó a Burgos Juana Josefa con la recomendación, por parte de D. Martín Barriola, de que buscase confesor jesuita en aquella ciudad castellana.

No "cuajó" en la primera casa en la que entraba como sirvienta, la familia Montoya. Estuvo con ellos poco tiempo por las dificultades que le presentaban para el ejercicio de sus prácticas espirituales.

Por entonces ya se había acercado a la iglesia de los padres jesuitas. Quizá también a confesarse con el **P. Ramón Sureda** el que, además de figurar como Vicerrector del Seminario Menor de San Carlos, era "confesor de señoras". Es fácil que fuera este quien la propusiera a Dª Hermitas Becerra de Sabater, dirigida suya, para que la admitiera en su servicio. El P. Sureda fue pronto sustituido en todos sus cargos por el **P. Rafael San Juan** quien, en su anterior destino, se había distinguido por su experiencia en el discernimiento vocacional.

A su confesonario, y dando el brazo a Dª Hermitas para la misa mañanera, se acercó Juana Josefa con un grande interrogante: ¿en qué Instituto religioso quería Dios que ella entrara? Y con muchas experiencias espirituales nuevas que necesitaba aclarar: ¿entendía rectamente la voz del Señor cuando le pedía pasar noches enteras en oración, dormir –lo poco que descansaba- en el suelo, ponerse el cilicio a raíz del pelo, echar acíbar en las comidas, riguroso ayuno en Semana Santa… ¿Y qué le podía decir él de aquellos fenómenos extraños que experimentaba en la oración? Dª Hermitas, asesorada por el confesor, quiso comprobar tales extremos: levitaciones, resplandor y claridad en torno a Juana Josefa… Nada era invento de la joven; todo era cierto. Además ésta, sintiéndose vigilada, se había apresurado a tapar el agujero de la llave de su habitación.

También otros hechos alertaron a la familia Sabater: la lucha violenta del demonio –bajo formas horribles- con la joven o la oportuna y silenciosa ayuda de los ángeles en el arreglo de la casa.

Otro punto que Dª Hermitas comentaría con el confesor sería la multiplicación portentosa de la comida que Juana Josefa repartía a los pobres en nombre de sus señores o el que se cocinara y sazonara por sí misma la comida retirada del fogón por una cocinera malhumorada. *"Donde no hay sitio para los pobres tampoco lo hay para mí"* había contestado enérgica a Dª Hermitas que con ella comentaba las quejas del vecino del 2º, ante la incómoda presencia de los harapientos que invadían portal y escalera. De hecho, más de una vez había vuelto a casa sin ropa de abrigo; algún pobre la habría "Heredado" en la calle.

El confesor comenzaba a creer en la santidad de su dirigida y hasta confió a su oración la pertinaz sequía: *"Juana, pide al Señor que llueva, que hace mucha falta".* Recibió una rotunda respuesta: *"Aunque se lo pida no la mandará".* ¿El por qué? Había prometido dar su sueldo a los pobres; sus zapatos estaban rotos; si lloviera, se mojarían sus pies. Así de sencillo. Resultado final: el padre hizo que Juana Josefa estrenara zapatos y llovió copiosamente.

El confesor la orienta también en lo referente al apostolado. La riqueza que la joven criada llevaba dentro, los incontables dones que de Dios estaba recibiendo sin cesar no eran solo para ella; debía ponerlos al servicio de los demás. Hasta el confesonario del padre jesuita, después de una larga preparación, llevó Juana Josefa a Juana Lacunza, la doncella "de vida muy estragada" del vecino de arriba. No solo se confesó ésta; la conversión fue total. Terminó pidiendo la entrada "en una congregación de mucha penitencia" y murió en ella joven con fama de perfección. "Burgos San Juan 44. La señora del contador y Juana su doncella (la de Burgos se llamaba Juana Lacunza)", dejó anotado la Madre Cándida en sus *Apuntes.*

1868. De Burgos a Valladolid, con los señores de Sabater desplazados aquí por las circunstancias políticas.

Su director en Burgos, P. Rafael San Juan, recomendó a su admirada y querida dirigida a los padres jesuitas de Valladolid. Pero también estos había sufrido la dispersión. "Juana Josefa sintió en el alma verse privada de ellos y rogaba con insistencia al Señor le deparara un director que fuera de su agrado". No pudo ni sospechar el gran regalo que Dios le estaba preparando.

Porque… unos meses más tarde y empujado asimismo por la misma revolución hasta Valladolid llegaba el **P. Miguel de los Santos San José Herraz.** Juana Josefa contaba entonces unos veintitrés años; el P. Herranz le doblaba la edad; exactamente, cuarenta y nueve. El P. Herranz, maestro, guía, director; siempre, ejemplar acompañante.

Como ocurriera en Burgos, en donde Juana siguió el consejo de Dª Hermitas eligiendo al mismo confesor que su señora, sucedió aquí. El P. Herranz celebraba su misa diaria y atendía al confesonario en la iglesia de las religiosas Dominicas, vulgo San Felipe de la Penitencia (plaza del Campillo), por la proximidad de esta a la casa de su hermano, D. José Herranz (calle de Santa María), en donde se alojaba el por entonces jesuita exclaustrado.

En San Felipe de la Penitencia Juana Josefa empezó a oír reveladoras voces interiores sobre su futuro. Al manifestarlas sencilla y humildemente a su nuevo director este las identificó enseguida con las oídas por él. Mucha oración y redoblada penitencia fue su respuesta. Necesitaban saber con claridad qué quería Dios de ellos.

Las revelaciones, visiones, locuciones, se repitieron en la iglesia del Rosarillo, iglesia pequeñita muy cercana a la Chancillería, en donde tenían su residencia los Sres. de Sabater y con ellos, su doncella Juana Josefa. Esta, siempre que sus obligaciones se lo permitían, hacía de este templo lugar preferido de oración.

En el Rosarillo, delante del altar lateral de la Sagrada Familia, un 2 de abril de 1868, Viernes Santo, resonaron con más fuerza las voces interiores. Juana Josefa entendió bien lo que Dios le manifestaba:

> *Que fundara una nueva Congregación con el título de Hijas de Jesús, dedicada a la salvación de las almas, por medio de la educación de la niñez y juventud.*
>
> *Otro día, y delante del mismo altar, la Virgen se le hizo presente, le mostró el hábito que debería tener y le dio el nombre que llevaría en la religión: Cándida María de Jesús.*

Quiso confrontar todo, punto por punto, con su director. El P. Herranz ya no se asustaba ni dudaba. Había llegado a saber con claridad cuáles eran los designios de Dios sobre su joven dirigida. Porque é mimo, entre las dos elevaciones, había oído don nitidez una voz que le decía:

*Esta es la elegida por mí para la fundación.*

Y se lo decía Dios que tan bien conocía a Juana Josefa y que, a pesar de las serias limitaciones de la joven sirvienta –"apenas sabía hablar castellano"- la señalaba como fundadora de una congregación de enseñanza.

El P. Herranz, **maestro**. Se iniciaron entonces –y con permiso de Dª Hermitas- los paseos diarios desde la Chancillería hasta la calle de Santa María para recibir las primeras lecciones del P. Herranz; muy rudimentales, por cierto: leer, escribir, cuentas y algo de latín.

Dos años duró este aprendizaje, muy intenso para una persona que quería aprender, cuanto antes, todo lo más posible.

El P. Herranz convencido ya de que la joven guipuzcoana, aunque semianalfabeta, era de inteligencia viva y práctica, dedicó todos sus esfuerzos a ayudarla a crecer en ciencia y más aún en el espíritu. Tenía este serio afable y jesuita especiales dotes de acompañante espiritual. Enumeramos algunas sin orden de preferencia:

- Respeto profundo a la persona a quien acompañaba y prestaba una ayuda –no directiva- dejando siempre la iniciativa a Dios.
- Cordial y atenta confianza en ella, actitud de escucha, de acogida.
- Capacidad de admiración ante el crecimiento humano y espiritual de esa persona.

Por su parte, Juana Josefa poseía un cúmulo de cualidades ideales para dejarse acompañar. También señalamos algunas:

- Deseo sincero de crecer en su fe personal, en el camino de la amistad con Dios.
- Transparencia, veracidad, en la comunicación.
- Determinación de hacer la voluntad de Dios, una vez conocida esta.

Volveremos a lo largo del trabajo sobre unas y otras, atestiguándolas con citas sacadas de las cartas del P. Herranz a la Madre Cándida. Entonces veremos, con más claridad, las cualidades del P. Herranz como **director.**

Retomamos ahora el escenario histórico.

El proceso que debía transformar a Juana Josefa en Cándida María de Jesús se empezaba a perfilar, siempre bajo la orientación y supervisión del P. Herranz. El P. Herranz como **guía** en cada uno de los pasos de aquel proceso:

- el regreso de Juana Josefa a su tierra en el verano de 1871 para recabar la autorización paterna;
- su primer contacto –en el mismo verano- con Salamanca en donde, de manera fortuita, se encontró con la que sería compañera de fundación, Emilia Torrecilla, y, de manera intencionada, con Teresa de Jesús, su desde entonces “amiga para siempre”;
- el segundo viaje a Salamanca, acompañada ahora por el P. Herranz, el 27 de octubre de 1871, y la elección de la casa de San José como inicial morada de la fundación;
- los preparativos materiales: ropa, muebles, enseres… y la futura distribución del tiempo.

El P. Herranz quiso acompañarla también –junto a tres compañeras más- en el largo y ajetreado viaje de Valladolid a Salamanca, haciendo noche en Zamora. Iban en carro “porque solo disponían de quinientas pesetas”. ¿No nos recuerda este pasaje de la vida de la Madre Cándida a los viajes teresianos?

En Salamanca entraron al atardecer del 7 de diciembre. En la casa de San José, ante los asistentes, hace el Padre un resumen de la naciente Congregación. Después, el P. Herranz marcharía a la residencia de los Padres jesuitas. Volverían a encontrarse al día siguiente, muy temprano, en la Clerecía para comulgar y, por la tarde, después de la fervorosa exhortación, se procedería a la imposición del escapulario interior “de lana blanca, con un IHS bordado en seda azul”. En el mismo acto tuvo lugar, por parte de las cinco jóvenes, la aceptación de la Madre Cándida como maestra y fundadora.

No dejó solas a las Hijas de Jesús el P. Herranz. Todos los días iba a darles una instrucción acerca de la extensión y práctica de aquellas Reglas. “Horas y horas pasaba la Fundadora escribiendo, y orando mientras las escribía, y luego enseñaba lo escrito al P. Herranz”. El 31 de marzo de 1872, domingo de Resurrección, ya pudo presentar al Sr. Obispo el primer texto constitucional. Tres días más tarde volvió, firmado, a manos de la Madre Cándida.

La estancia temporal del Padre en Salamanca quedó consolidada cuando el P. Provincial lo nombró Ministro de la casa. El tiempo suficiente para que inaugurase la capilla de la casa de San José. Pequeñita, con lo más indispensable traído por el P. Bombardó desde la residencia de los Padres jesuitas, pero impregnada del fervor de aquellas primeras Hijas de Jesús. Un cuadro de la Inmaculada, pintado por el H. Castelló –con mejor voluntad que arte- fue colocado en ella. Quiso la Madre cándida que esta virgen la acompañara en su traslado a la casa de San Pablo primero y, luego, a la de la calle de Zamora. Junto a ella encontraban frecuentemente a la Madre en profunda oración, marcada, a veces, por fenómenos místicos.

Nueva intervención directa y oficial del Padre: el retiro de preparación para la toma de hábito y la imposición de este el 31 de mayo de 1872. También él se había preocupado de proporcionarles tela para la confección del hábito y de los fajines y el JHS.

Llegó el verano y con él la inesperada noticia: el destino del P. Herranz a Galicia. ¿Razones humanas? Determinación, discutible, del P. Provincial. ¿Última razón, indiscutible? Una vez más Dios se valía de los hombres para modelar a su imagen el corazón de la recién estrenada fundadora y para dirigir la vida de la incipiente Congregación. ¿Se extrañaría el P. Herranz de que fuera el mismo Dios quien se adelantara a dar a la Madre Cándida la dolorosa sorpresa? A estas alturas ya no podía extrañarle nada. Estaba acostumbrado a ver a Dios como primer, principal, definitivo director espiritual de la Madre.

Todavía una nueva actuación: tras cuatro días de retiro, imposición del hábito al segundo grupo de Hijas de Jesús. Y últimos consejos: observancia de las Reglas, lectura del Kempis y unión de sus voluntades con la de su Madre.

Ante este destino, por parte del P. Herranz, aceptación en fe, aún con dolor. Por parte de la Madre, actitud de conformidad y de gratitud: “gracias a Dios, vamos bien” y “no te puedes figurar tan contentas como estamos todas, conformándonos con la voluntad de Dios y su Santísima Madre”. Aunque ello repercute en su salud: “Recibí tu carta, que tanta alegría me dio, el sábado por la tarde, y no pude leerla hasta el día siguiente por haberme acostado a la mitad de la tarde, pues me puse tan mala de la cabeza y arrojando fuera el poco alimento que había tomado…”.

Ahora entrará en escena un nuevo director. El **P. Juan Bautista Bombardó.** Rector del Seminario. Fue una suplencia, es verdad, pero el P. Herranz siguió siendo para la Madre Cándida, a través de las cartas y de algunas –aunque escasas- entrevistas personales, su primer confidente y orientador.

El P. Bombardó fue quien dijo la primera misa en la capilla de la casa de la calle de San Pablo, “casa de la Concordia”, y quien, en noviembre de 1873, dio los Ejercicios Espirituales a las primeras Hijas de Jesús. Para entonces ya habían comenzado las dificultades para la comunicación directa entre la Madre Cándida y el P. Herranz.

De aquellos Ejercicios dejó constancia la Madre Fundadora por escrito. Este nos ha llegado en una hoja pautada, menor que tamaño de cuartilla, con tinta un poco oxidada ya. No es perfecta su ortografía pero sí lo es la claridad con que se explica.

Encabeza el escrito con un JHS.

*“Propósitos hechos en estos Ejercicios del mes de noviembre del 73.*

*Dios me creó de la nada y ¿para qué me creó? Para servirle, amarle y reverenciarle sobre todas las cosas y así salvar mi alma.*

*Virgen Purísima, Madre de Dios y Madre mía, te ruego, aunque soy la más indigna de todas las creaturas, me concedas o me alcances la gracia de tu Divino Hijo para que yo cumpla lo más perfectamente lo que yo le propongo, pues reconozco que soy polvo y ceniza y que nadie puede sin tu gracia sino faltar y caer, por eso desconfía de mí y pongo toda la esperanza en ti,*

*queridísima Madre mía. Y tú pide a tu Santísimo Hijo Jesús que me dé su amor, su gracia y su bendición para que yo cumpla exactamente estos propósitos que hago.*

*Doy y daré siempre gracias a Dios por todos los beneficios que he recibido, son tantos y tan abundantes que yo me avergüenzo de haberlos tan mal correspondido hasta ahora pero, de ahora en adelante, por todos los días de mi vida, hago propósito firme".*

Pura doctrina ignaciana: principio y fundamento, amor y confianza en la Virgen, acción de gracias por tanto bien recibido…

Con fuerza tuvo que agarrarse a su Virgen Purísima la Madre Cándida porque, en un puñado de meses, habían ocurrido muchas novedades: destino del P. Herranz a Galicia, salida de Salamanca de los padres jesuitas, cambio de casa para las Hijas de Jesús, nuevo obispo en Salamanca (D. Narciso Martínez Izquierdo sustituiría al Sr. Lluch y Garriga)… Y, entremedias, los Ejercicios dados por el P. Bompardó.

Puntualmente la Fundadora informó al P. Herranz de la fecha de entrada en ellos, pero la contestación de este acusa ya las trabas que para entonces ponían a una libre y amplia comunicación epistolar entre ambos. Esta carta, fechada el 2 de noviembre de 1873, la primera que se conserva firmada por el P. Herranz, fue enviada a la Madre Cándida por medio de la cuñada de éste, Dª Francisca Garcés: "Querida Paca…"

A través de la Reseña histórica de los primeros hechos del Instituto de Hijas de Jesús hemos visto al P. Herranz como maestro y como guía de la Fundadora (sin dejar de actuar como director). Ahora, y a través de su correspondencia, lo veremos especialmente como **director**. Tendremos que volver a estas cartas para descubrir también la actuación de la Madre Cándida como directora, a su vez, del Padre Herranz.

Desde el primer momento se estableció entre ambos una fuerte sintonía espiritual basada en cualidades tales como el respeto, la libertad de espíritu, el cariño fraterno… pero basada, sobre todo, en un sentido de corresponsabilidad ante la empresa que Dios les había asignado.

¿Cómo no entender la sensación de desamparo, tristeza y añoranza de la Fundadora cuando se encontró tan legos del P. Herranz?

Por entonces debió dedicarle este poema escrito a imitación de los versolaris de su tierra:

*La Madre cándida María de Jesús a su muy grande y amante P. Herranz en el día de su Santo.*

*El cielo me dé su gracia*
*para con ella poder*
*publicar las alabanzas*
*del uno y otro Miguel.*

*Llega de mi Padre el día*
*y su hija, aunque sufriendo,*
*¿habrá de tener valor*
*para pasarlo en silencio?*

*No es posible, Padre amado.*
*Tú debes imaginar*
*que el amor que en mí plantas*
*jamás yo podrá borrar.*

*Nadie debe de ignorar*
*que su principal blasón*
*del angélico Miguel*
*siempre fue la comunión.*

*En puro amor se abrasaba*
*de este niño el corazón*
*con Jesús le cambiaba*
*con gran gozo de los dos.*

*Desde niño me dijiste*
*amaba la santidad*
*y de virtudes y ciencias*
*gozaba la ancianidad.*

*Tú también de muy pequeño,*
*pues yo siempre te noté*

*que con singular empeño*
*buscabas el padecer.*

*Qué mucho que le imitaras*
*también en la juventud.*
*Si parece que contigo*
*se vio nacer la virtud*

*Aquel fervor con que amabas,*
*que te privaba el vivir*
*en mí lo comunicabas*
*luego que te conocí.*

*Hora para mí feliz*
*llega ya… no tardes tanto,*
*no me obligues a sufrir*
*tanto dolor y quebranto.*

*Mi corazón sólo anhela,*
*sólo me anima el deseo,*
*de ver a mi P. Herranz*
*que es mi continuo desvelo*

*Tal género de placer,*
*cuando me pongo e pensar*
*parece no he de poder*
*la alegría soportar.*

*Y como aquel suspiraba*
*por aqueste pan divino*
*tú, Padre del alma mía,*
*ansías por esto mismo.*

*Tu vida y santas costumbres*
*mi corazón alegraron*
*mas… no aprendí a conocerte*
*cuando me hubiste dejado.*

*El más grande sacrificio*
*que me pude Dios pedir,*
*Padre del alma querido,*
*es vivir lejos de ti.*
*Porque si mi madre Pura*
*no me hiciera conocer*
*que es de Dios la voluntad*
*yo no acertara qué hacer.*

*¿Gozaré yo del placer*
*en que, con dulces sollozos,*
*pueda mi vista volver*
*a la prenda de mis ojos?*

*Ay, ené, ¡si yo pudiera,*
*como ya lo he deseado,*
*en águila transformarme*
*y volar hacia tu lado!*

*Cómo allí con voz sonora*
*te contara mis penitas,*
*mis sobresaltos, mis cuitas,*
*y cosas que tú no ignoras.*

*Tu corazón es el templo,*
*es el arca salvadora*
*donde encerró sus secretos*
*esta pobre Fundadora.*

*Mi corazón angustiado*
*suspira por el que ha sido*
*testigo de mis trabajos,*
*paño de lágrimas mío.*

*Si mi corazón pudiera*
*en el tuyo penetrar*
*del gozo que el mío anega*
*te hiciera participar*

*Ya vieras, Pare querido,*
*y admiraras con primor*
*que lo más grande de los bienes*
*es de María el amor*

*Pues tú sólo saber puedes,*
*y acertaras de contado,*
*a describir las escenas*
*que entre los dos han pasado.*

*Yo te ruego, Padre mío,*
*que como en otra ocasión*
*me coloques bajo el manto*
*de la Pura Concepción.*

*Mar porque te fui molesta*
*en más de dos ocasiones*
*de todos mis extravíos*
*te suplico me perdones.*

*Cándida María, muy de corazón,*
*a su Padre Herranz le pide perdón.*

Entrañable, auténtica, la Madre Cándida. En esta composición poética manifiesta su afecto verdadero al P. Herranz pero dando siempre primacía en esta amistad al querer de dios. Valora, una vez más, como mayor bien recibido, el amor de la Virgen Inmaculada.

En las primeras estrofas hace alusión al "patrono" del P. Herranz, el santo trinitario descalzo Miguel de los Santos, fallecido en Valladolid en 1625, a los treinta y cuatro años.

Hay también veladas alusiones a gracias divinas recibidas en común: "las escenas que entre los dos han pasado" o cuando le suplica que, "como en otra ocasión", la ponga bajo el manto de la Virgen.

Entre los escritos personales de la Madre Fundadora hemos encontrado un segundo poema dedicado al P. Herranz. Se trata de un poema más amplio que el anterior; tampoco presenta lugar ni fecha.

Comienza con un rotundo canto a las virtudes del Padre: modestia, dulzura, ciencia, pobreza, humildad, abnegación, con especial mención al fervor con que celebraba la eucaristía. Pasa luego a exponer su propio dolor causado por la separación, la orfandad en que la ha quedado, se ha ido "cuando más falta me hacía", y termina con una encendida oración a Jesús. No nos resignamos a omitirla:

¿Es posible, Jesús mío,
que pongáis fin a mi vida
sin ver el dulce atractivo
de aquella prenda querida?

Mas ¿qué dijo?, ¿qué pretendo?
¿Cómo me turba el dolor?
¿Cómo quiero tal contento
si no es voluntad de Dios?

¿No os enternece, Señor,
tan extremada pobreza?
¿Y no os causa admiración
ver mi profunda bajeza?

Ea, Señor, apiadaos
de tan intensos dolores;
poned término a mis ansias
y fin a vuestros rigores.

Atended, Jesús amable,
perdonadme si os enojo,
pero… traedme aquel Padre
que es la lumbre de mis ojos.

Si no es para gloria vuestra
no me lo otorguéis, Señor,
que no merece tu sierva
tan señalado favor

Yo me conformo, bien mío,
con vuestra suma bondad;
cumpliré en mí siempre en todo
vuestra santa voluntad.

Si no es posible esta gracia
¡oh, Jesús! desde ahora cedo,
quiero ser muy grande santa
y después verle en el cielo.

Con lupa examinaron los escritos de la Madre Cándida los Teólogos Censores en el Proceso de Beatificación y les dieron su aprobación. ¿Es posible encontrar una dosis mayor de madurez humana en la amistad y una mayor compenetración con la voluntad de Dios del que la persona se siente fielmente enamorada?

Comenzamos el estudio de las cartas del P. Herranz a la Madre Fundadora distribuyendo el material seleccionado según el esquema dado al principio.

Cualidades del P. Herranz como acompañante espiritual de la Madre Cándida:

- confianza en la capacidad humano-espiritual de su dirigida.
- Aceptación de lo que Dios les iba comunicando. Él es quien siempre lleva la iniciativa.
- Admiración por cuanto Dios obra en ella.

Cualidades de la Madre Cándida como dirigida del P. Herranz:

- Deseo de crecer en la fe
- Transparencia en la comunicación.
- Determinación de hacer siempre y en todo la voluntad de Dios.

**Confianza en la capacidad humano-espiritual de su dirigida.**

Desde la primera entrevista el P. Herranz aceptó plenamente a Juana Josefa. Tal como era. Es cierto que en un primer momento quedó sorprendido, un tanto desconcertado, ante la presentación que ella hizo de sí misa. Dios había hablado al jesuita de una nueva fundación, hasta le había susurrado "esa es la elegida", para la joven que inmediatamente después se acercó a su confesonario poco o nada tenía que ver con el esquema previo, razonable, de fundadora de una congregación dedicada a la educación. Una joven piadosa, eso sí, pero de condición humilde y analfabeta según ella se explicó.

No estaba el Padre acostumbrado a discutir con Dios y acogió a la elegida sin dudas ni objeción alguna. Más tarde pudo comprobar que el interior de Juana Josefa respondía al proyecto que Dios había encomendado a ambos. Si el P. Herranz supo huir de la idealización de la Fundadora fue porque el encuentro entre director y dirigida se dio en Dios y en su mensaje. El experimentado director supo ocupar sencillamente su puesto de mediador en ese encuentro; en ningún momento se situó como actor.

Tan de corazón aceptó a Juana Josefa que, en las cartas que posteriormente le escriba, adoptará su peculiar modo de expresión.

El sesudo jesuita, castellano austero, comedido en su lenguaje, sintoniza de inmediato con la sensibilidad de la joven vasca. *Ene,* es típica exclamación vasca, la veremos utilizada por el P. Herranz no en una sino en muchas de sus cartas a la ya Madre Cándida. Por ejemplo en la del 2 de noviembre de 1873 la utiliza nada menos que cinco veces: antes del encabezamiento, en la despedida –después de la firma- e incluso en la postdata, cierra ésta con un triple ene, *"ene, ene, ene".*

En ocasiones (6-X-74), sólo escribe una *e* repetida dos o tres veces como final de carta. Más curioso resulta observar cuatro *e* en torno a su firma (23-III-75) o terminar la carta con *"soy yo ene, ene, ene".*

La seguirá utilizando durante años, al menos hasta mediados de 1877. Incluso se llegó a quejar de que la Madre no la pusiera en la correspondencia a él dirigida: *"He advertido que en tus cartas falta una letra que yo pongo, e"* (23-8-76). Además de gesto de complicidad ¿no se estará usando como contraseña?

En las cartas del P. Herranz hemos encontrado algunos escollos –y no pequeños- que hicieron difícil la comunicación entre ambos. Entre ellos destacamos la inexperiencia de la Madre Cándida en la escritura. Era la suya una caligrafía imperfecta: palabras incompletas o mal trabadas, sintaxis deficiente, faltas de ortografía... El Padre la animaba una y otra vez haciéndole notar sus progresos académicos:

"Me gusta que va usted formando mejor la letra y algunas faltas va quitando" (16-X-74)

Le da ánimos y consejos:

"Esta última carta está mucho mejor escrita que otras y si pone usted cuidado adelantará mucho. No acalque la pluma, no corra tanto, y verá cómo sale la letra más fina. Y más juntas las letras y mejor no apretar la pluma, que vaya sin apretar, suave, que la letra es muy clara y se lee bien, sí, pero ocupa mucho porque separa usted unas letras de otras" (3-9-75)

Es insistente el P. Herranz en sus correcciones y ánimos:

"Veo con alegría reformada la letra y casi desconocida. Así me gusta, que obediente haga usted por no acalcar la pluma y verá cada vez mejor forma y letra; que continúen los progresos" (5-X-76)

A la Madre le contaba más tiempo del que ella podía disponer para volcar en el papel todo lo referente a su vida ya la vida de la congregación. Para obviar de algún modo este inconveniente recurría a una "secretaria", quien informaba al P. Herranz de las cosas más importantes de la comunidad. Ella reservaba el final de la carta para escribir unos renglones "a lápiz" (26-X-75; 26-XI-75)

> "Recibí su última carta por la H. Antonia; quedo enterado de todo y veo que está usted muy ocupada; puede usted leer despacio mis anteriores para que sepa lo que digo delante de Dios y obrar de acuerdo los dos. Quedo enterado de lo que usted me ha escrito a lápiz".

La letra grande y abierta de la Madre contrastaba con la pequeñita y apretada del P. Herranz. ¿Cómo lograría ésta entender sus cartas? ¿Cuántas horas dedicaría a su lectura? Porque con las cartas a ella dirigidas llegaban las escritas a varias hermanas, siempre con la petición de que, antes de entregárselas, debería leerlas para enterarse bien de lo que les decía y así poder obrar al unísono.

Cuando con el tiempo la Mare Cándida adquiere una mayor soltura en el manejo de la pluma el P. Herranz aplaude su estilo directo, sencillo, claro, sin pretensiones literarias.

> "Mucho gusto he tenido en recibir tu apreciable carta que está escrita con menos frase sonoras de las que acostumbra tu buena amanuense, y bien acentuada" (7-XI-77)

Pero la difícil comunicación no solo se debía a la inexperta pluma de la Madre. Eran otras las causas, no fáciles de entender ni de superar.

Estaba en principio la reticencia de los jesuitas a que los Padres profesos atendieran a las congregaciones femeninas. El P. Herranz, siempre coherente con la obediencia ignaciana que él profesaba y que aconsejaba a los demás, se mantuvo en todo momento dentro de los márgenes marcados por sus superiores. Aunque aplicando la más exquisita prudencia, "el no dar qué hablar". Por eso dice en varias cartas que esa tarde va a estar solo en casa o que no habrá nadie en todo el día. Así podrá escribir esas cartas larguísimas, llenas de preguntas –todo le interesa-, de consejos, de preocupación porque todo marche según la voluntad de Dios, a su mayor gloria

A estas dificultades reales, explicables en cierto modo, se añadían otras más complejas.

El P Herranz, en carta a su cuñada –su "hermana Paca", como a él le gustaba llamarla- que fue una de las contadísimas personas con las que pudo hablar a fondo de ello, le dice:

> "Pobre Cándida, cuán bien ha probado su mucha y mucha virtud. Si tú supieras lo que la han obligado a hacer… Sus cartas las leen los de Palacio. Santa Teresa y su *nada te turbe, nada te espante* pueden sostenerla probando más y más Dios que es obra suya, que, de lo contrario, ¿dónde estuviera?" (27-XI-77)

Se suponía, al principio, que la salud de la Madre era buena. Se la suponía buna hasta que, a causa de los malos ratos: preocupaciones, enfermedades, defecciones, muertes, fundaciones…, comienza a fallarle. La falta de salud va a ser tema obligado en todas las cartas que el Padre le dirige. Una y otra vez le pregunta cómo se encuentra físicamente: dolores, mareos, debilidad, enfermedad declarada… Puntualmente y con detalle ha sido informado previamente por la Fundadora. Sus cartas, por desgracia, no se han conservado.

En la aceptación hecha por el P. Herranz de la Madre Cándida se incluía -¿cómo no?- la zona afectiva. La gran sensibilidad de la Madre le acompañaría toda su vida. Lloraba, lloraba mucho y por causas bien diversas; siempre justificables. Lágrimas resignadas, pero dolorosas, causadas por la soledad en que la dejaron –muy lejos de su maestro, guía y director- cuando ella aún no "se manejaba" en la incipiente vida de fundadora. lágrimas dulces producidas por los intensos favores divinos recibidos: "al

besar la llaga del costado he notado cómo se llenaba mi boca de sangre que salía del costado; esto me costó mucho consuelo y devoción". Lágrimas de sufrimiento en la difícil y complicada fundación de Medina: "como había llorado tanto, estaba muy sofocada". Lágrimas de alegría y de agradecimiento por la ansiada y conseguida aprobación de la Congregación: "se puso de rodillas y llorando de gozo dio gracias a Dios" lágrimas de amor materno en el adiós final de las misioneras: "se levantó para despedirse de ellas, la pobre lloraba mucho". Lágrimas…

Muchas lágrimas derramadas pero también muchas reprimidas. Como las "mantenidas a raya" en el último y definitivo encuentro con el P. Herranz. Habían esperado ambos esta entrevista durante cuatro largos años. El 6 de junio de 1896 pudieron por fin verse, que no hablar a solas como los dos tanto habían deseado. El Padre, siempre tan entero, tan dueño de sí, el que había sido para la Madre en tantas y tan difíciles ocasiones "paño de lágrimas mío", se desplomó aquella tarde. "Lloró al verlas y a cada paso lloraba como un niño". Y, mientras, la Madre Cándida guardaba para sí la hondura de su pena para no hacerle a él más costosa la separación. Después, ya de vuelta, en Tolosa, derramó mucha y amargas lágrimas.

"Ya sabe que le he prohibido llorar y tiene que obedecerme", le había escrito el P. Herranz en una de sus primeras cartas. ¿Y cómo no iba a llorar si se veía tan sola, tan impotente, tan pobre?

**Aceptación de lo que Dios les iba comunicando. Él es quien siempre lleva la iniciativa.**

Hay algo en lo que especialmente coinciden director y dirigida: lo que sucede en la oración personal y en lo cotidiano se lleva al acompañamiento espiritual. Allí se habla de la experiencia de Dios en todo. Y de la toma de decisiones.

El P. Herranz siempre deja que sea Dios quien tome la iniciativa. También hace caer en la cuenta a la Madre Cándida que desea salvaguardar en todo momento la libertad de ella para decidir en el ámbito de la experiencia religiosa que están realizando.

Es una constante en las cartas del P. Herranz: Dios es quien lleva la iniciativa; ella la Madre, quien decide. Incluso cuando él le da su opinión sobre una u otra cosa; incluso cuando le asegura que así lo ve delante de Dios. La última palabra -que él aceptará sin discusión alguna- la tiene ella, la Fundadora. Sabe muy bien el Padre que la Madre Cándida ha llevado previamente el asunto a la oración y lo ha pasado por el corazón sin dejarse afectar por el tema. Sabe, sobre todo, que antes de tomar una decisión, aunque sea pequeña, lo ha consultado con la Virgen.

Es cierto que el P. Herranz, veterano en la vida religiosa, tuvo que "poner nombre" a las experiencias espirituales de su dirigida y aclarar y ordenar las normas indispensables para la puesta en marcha de la congregación. La Madre Cándida era "lega" en la materia y el hijo de San Ignacio –entre otras cosas- había sido "ministro" de la casa. Es conmovedor ver cómo baja a detalles, aparentemente insignificantes, cuando trata de ayudar a la Fundadora que no se maneja ni en lo ordinario de la vida de comunidad, ni en las relaciones sociales que implica su relación con el exterior ni mucho menos con el cuerpo jurídico de una congregación religiosa.

En el terreno espiritual –"cuenta de conciencia"- y, con ocasión de los Ejercicios Espirituales de 1873, le dice: "Escribe las inspiraciones que tengas, cuanto te pase interior y exteriormente, y tiempo habrá para que me lo puedas decir". Días después insiste: "Escribe cuanto creas conveniente, ya las inspiraciones, ya lo que has de hacer, los obstáculos que encuentres, las dificultades que tengas y cuanto Dios quiera".

Con el fin de ayudarla le aconseja abrir un *libro de memoria* indicándole hasta el modo de "fabricarlo". Actúa como un padre haría con una hija pequeña en edad de aprendizaje.

> "No se apresure usted aunque no pueda contestar tan pronto y yo repita en mis cartas, porque me hago cargo de todo. Y si repito es para que usted se acuerde de mirar las cartas y de hacer el asiento en un *librito de memoria* que usted misma haga doblando papel de cartas que tenga o de cualquier papel, apuntando sólo la idea de lo que hay que escribir o de lo que hay que mandar a su tiempo, porque no porque lo escriba yo ahora ha de mandarse al instante si no conviene, sino que se apunta y, cuando convenga, se manda o se hace y, mientras no se borra del librito, me sirve de recuerdo cuando lo leo" (27-XI-74)

De aquí le vendría a la Madre Cándida la costumbre de tener a mano *libretas* pequeñas en las que iría anotando cosas muy variadas.

En el archivo se conservan dos libretas pequeñas de hule negro, un conjunto de seis hojas de otra libreta pequeña y otra libreta de pastas marrones y hojas negras que dice en francés "Notes".

En ellas hay de todo:

- dinero de dotes: "el 14 de mayo ingresó Eusebia Santos en el postulantado y entregó a su hermano don Valentín cien pesetas para gastos".
- Gastos del Noviciado: "Le di para las alubias treinta y seis reales y para pimiento y cebollas treinta reales".
- Algunas costumbres "Sábados, la salve y el ejemplo. Domingos, recolección: al mes, día de retiro. Al año, ejercicios espirituales. Evangelio de la misa". "Ropa: las camas en el verano cada quince días y en el invierno cada tres semanas".
- Villancicos: "Pastores de Belén", "Ese precioso Niño", "A Belén vamos pastores", "Los pastores y zagalas reunidos".
- Examen de conciencia: "Mes de enero 1891. 1ª semana. He faltado al silencio. Puntualidad. 2ª semana: Rezo y puntualidad por estar algo mala. Dios me perdone".
- Devociones: "Domingos de San José |||||||o||||"
- Pensiones de alumnas: "Pensión de las niñas del colegio de Espinar. Las que estudian para maestras veinte reales y las otras a diez y a cuatro reales al mes. Las de Bernardos a doce y siete".
- Pensamientos espirituales: "La humildad tres grados. Creer que no soy nada". "Los tres compañeros de N.S. Jesucristo son pobreza, dolor, desprecio. Esto tendré siempre en mi corazón".
- "Apuntes para lo que me mande la santa obediencia. "La de Burgos se llamaba Juana Lacunza".
- "El día 8 de mayo de 1889 se inauguró el colegio de Segovia del Sagrado Corazón de Jesús".
- Direcciones postales: "D. Roque Alday. Santo Domingo de la Calzada (Logroño). Colegio de San José. Calle de San Martín, nº 26". "Dª Francisca Cipitria viuda de Echeveste. Garibay, 5, San Sebastián". "R.P. Miguel San José Herranz. Calle de la Virgen de la Cerca, 27. Santiago".

Algunas anotaciones están escritas a lapicero; otras, a tinta.

Muchas serían las cosas que la Madre tendría que anotar pues muchísimas son las preguntas que el P Herranz le hace. Le da además normas variadas –aunque no deja de repetir que la última palabra es de ella-: condiciones de las candidatas; cualidades de las maestras y superioras; propuesta de postulantes dirigidas a él; admisión de una señora mayor, viuda, rica y muy piadosa (como novicia o "sólo para rezar en el Noviciado"); nuevas fundaciones (¿Tejares? ¿Peñaranda?); distribución de la casa nueva (dormitorio de internas, aseos…); pensiones; clase de música; qué hacer en la Dominical…

Siguiendo la espiritualidad jesuítica le advierte que “el obispo no puede reformar ni alterar las Reglas según constituciones” y, basándose en las costumbres de la Compañía, le dice cómo debe reunir a la Junta un mes antes de dar la renovación de los votos; tener periódicas Juntas de Maestras; pedir confesor extraordinario; sólo anteponer el V.R. al nombre de las superioras, a quienes se las llamará Mares, las demás serán Hermanas; leer en el refectorio la nueva comunidad; hacer catálogo…

Con el mismo afán de servirle como ayuda le manda un borrador de la fórmula de los votos; una copia de lo que se leerá en el refectorio cuando muere un familiar; la oración para la imposición de escapulario o de hábito, que deberá presentar al obispo para su aprobación; borrador para pedir tener Santísimo en casa o para que nombren confesor de internas; le dice cómo poner la dirección en las cartas; le aconseja cómo, si no hay un Padre jesuita que pueda dar los Ejercicios a quienes renuevan los votos, les dé ella los puntos por “el librito que le he dado” (¿será el libro de EE de San Ignacio?)

Le da también normas de cautela (ellas, mujeres y además monjas): no estar a solas con el médico, cuidar con quién hablan y qué dicen en las “comedias” o fiestecillas de colegio; leer las faltas en el refectorio los días de Ejercicios, excepto ella (entonces creyó el Padre necesaria esta norma para que el prestigio de la Fundadora –su profunda humildad era bien conocida por él- fuera tomando consistencia en la comunidad), que tengan cariño pero no familiaridades con las alumnas, que las niñas pueden hacerse fotografías si así lo quieren sus padres pero no las hermanas y, menos, ella…

Pasarán los años y cambiará la opinión del P. Herranz sobre este asunto quien escribe feliz a la Madre al tener entre las manos una fotografía. “Recibí una visita de Paca y me sorprendió agradablemente tu retrato que, como nada sabía, creía fuese cosa de la familia y me es muy grato lo hecho, y siento no poder hacer lo mismo para que tú tuvieras el mío” (27-08-88). Parece que la Madre Fundadora no opuso resistencia a que le hicieran esa fotografía en Valladolid –tendría entonces unos cuarenta y tres años- a petición de la cuñada del Padre. Tampoco tuvo problema para regalarla. En el archivo se encuentra una copia pequeñita (4x4 cm.) con esta dedicatoria escrita y firmada por ella: “Recuerdo a mi querida hija Dolores en el día de Santa Teresa de Jesús. 1906. Su madre Cándida Mª de Jesús)

En algunos momentos el P. Herranz ejerce su autoridad como director. Es el caso de prohibirle “pedir de puerta en puerta”. Ante el agobio económico en que se encontraban, la Madre Cándida le había pedido permiso para hacerlo. O cuando le dar normas para tratar a las hermanas: “Quizá se alborote alguna con los Ejercicios; calma y mirar delante de Dios lo que ha de hacer y fuerte a ejecutar lo que Dios le dicte en todo, sin consideración a nadie pues Dios es primero que todos los hombres” (2-XI-73). “Siempre imparcialidad de trato; no dejarse influenciar” (6-X-74). No es tarea fácil –reconoce-, sabe que “debe templar gaitas”; demasiadas, y demasiado a menudo. Sabedor de la sensibilidad de la Madre le escribe: “no le dé pena que escriban de usted; yo la conozco mejor” (20-V-75)

En otras ocasiones ejerce como madre. Había tenido la Madre Cándida una fuerte infección en un dedo. El P. Herranz le compra una pomada y se la envía junto con las instrucciones de uso. “He mandado comprara el pomito; tardará unos días más, los que tarde en comprarlo en Madrid la persona encargada. Cuando lo tenga se pone del modo siguiente: empapa un pañito con el bálsamo y, es tan eficaz, que inmediatamente comenzará a ablandar; se renueva todos los días y a los tres o antes verá que salta lo duro y puede cortarlo bien. Tendrá aviso cuándo lo ha de recoger del correo. Está pagado” (24-XI-75). Solicitud maternal se llama esto.

Muy generoso el Padre venía a Salamanca cuanto se le ocurre a él que les vendría bien o cuanto le pide la Madre cándida. Por medio de un carretero que va a Béjar y para en la puerta de Zamora, le envía una gran caja. “En ella van media docena de escobas para barrer el claustro, iglesia hay partes húmedas, no han podido ir las escobillas por no haberlas hecho. También, además de lo que usted puso,

seis cajas de plumas y una caja de palos de plumas. Han costado a cinco reales cada una y, los palos, a real, la docena, que si hay que vender alguna para que quede algo cada una a dos cuartos; tienen palos para todas las niñas; no sé si usted habrá comprado en san Sebastián, mas no importa" (5-X-76). En esta misma carta le habla de la posibilidad de adquirir una cocina económica y una lavadora. "Me dirá usted si en San Sebastián vio algo pues en ese caso se encarga a Juan [su hermano] que lo compre en Valladolid; principalmente los cuchillos de mondar". Antes le había enviado "el sello del colegio y, junto, un sello para las cartas de usted que con lacre se señala muy bien. Las cartas que lleven el sello pequeño no las leerán las Superioras; sólo aquellas para quien usted escriba" (24-XI-75)

Así como al principio se había encargado de proporcionarles el hábito más tarde también se preocuparía de que llegaran a Salamanca, al mejor precio posible, el escucho o IHS y los rosarios largos (de seis dieces).

Siempre está deseoso el Padre de noticias sobre todo y sobre todas. Dice sentirse "como un pobre que está a más de cuarenta leguas distante, que se complace en saber todo, todo, lo de sus hijas" 826-X-75). A él también le resultó penosa la separación.

**Admiración por cuanto Dios obra en ella.**

La capacidad de admiración, de asombro, es propia del ser humano. Y, algo más. A mayor calidad de vida: simplicidad (sin artificio ni mixtificación) y armonía interior (sin influjos externos que puedan condicionarla), corresponde una mayor capacidad de admiración. Así podemos observarlo en los niños, en los santos, en los sabios, en las personas humildes y sencillas. Son más receptivas y sensibles ante la bondad y la belleza que constantemente les ofrece la creación. No se cansan de admirar, de admirarse.

Esta capacidad de admiración es también una cualidad necesaria en un buen director de espíritu. El P. Herranz la tenía en alto grado.

Ya mostró la sorpresa que le produjo Juana Josefa en aquella primera entrevista. Porque supo acercarse a ella con los ojos abiertos y el corazón dispuesto a dejarse admirar por Dios, por las maravillas que hace en la persona elegida, siempre que ésta se deje invadir por Él. Cuanto más iba conociendo a la joven vasca mayor admiración experimentaba. Desde el primer momento fue consciente de que la Congregación nacía y progresaba imparable porque era Dios quien estaba actuando. Lo dice en varias ocasiones y con parecidas palabras: "Dios proveerá, que obra suya es" (3-09-75); "El Instituto por Dios inspirado" (18-10-75); "Mucho me hubiese alegrado de estar en esa pero Dios quiere que usted haga todo para manifestar más su gloria, para convencimiento de que es obra de Dios y no de los jesuitas" (11-10-76). Dios y la Virgen: "Confiemos mucho en María; obra suya es y nos defenderá" (27-09-75)

Si Dios –causante de toda bondad y belleza- inspira la Congregación, la hace suya, ¿cómo no iba a producir admiración en cuantos entraron en contacto con ella? Empezando por el P. Herranz. Desde el principio, y a través de la Fundadora, vio éste en todo el proceso la mano de Dios.

Es imposible admirar las obras que Dios realiza en otra persona si antes no se ha sido consciente de las maravillas que ha obrado en uno mismo. Son varias las cartas en las que el Padre recuerda a la Fundadora las gracias recibidas por ambos directamente de Dios. "Me estimula el recuerdo de estos días, Santos, Pascuas, cuántas cosas han ocurrido después de tantos favores" (27-03-77). "Recordando aquellos tiempos, los obsequios con que Dios nos dispensaba".

Con frecuencia alude a esos favores aplicándoles una palabra-símbolo: *sudario, dedo de Dios, corona, tinieblas, árbol, vergel, jardines…* "Aquella que regaba y enseñaba el árbol florido; también enseñaba la oscuridad entre jardines y árbol. ¿Cuánto durará? Lo que Dios quiera" (19-10-77). "¿Cuántos

jardines tienes? […] ¿Serán quince los jardines que veré o veremos regados por buena mano? Dios lo dirá pero espero verlos antes de morir" (10-12-89). Este deseo nunca lo verá cumplido el P. Herranz. Morirá sin haber podido pisar ni uno solo de los colegios de las Hijas de Jesús.

Pero esta justa admiración, aun siendo sorprendente, no estaba exenta de un sano realismo. También el P. Herranz fue consciente de las limitaciones de su dirigida. Como fue consciente siempre de las suyas propias. ¿Meras limitaciones temperamentales? ¿Explicables fallos humanos?

Sobre todo en los primeros años de la Madre Cándida como fundadora, las cartas a ella dirigidas por el Padre dejan constancia de que esas actitudes o modos de ser eran susceptibles de mejora.

Por otra parte la Madre Fundadora nunca pretendió mantener ante él –ni ante nadie- ni su valía ni su prestigio ni su imagen. Siempre se manifestó sencilla, humilde, transparente… Nunca se hizo pasar por una super-mujer.

Puesto que en ningún momento hemos intentado presentar la vida de la Madre Cándida como una hagiografía vamos a detenernos en alguno de los ¿defecto? Detectados a través de las cartas.

El discernimiento que sobre ellos hizo el P. Herrnaz dice mucho de su madurez mística y de su madurez ascética pues en las dificultades, oscuridades y errores de su dirigida no dejó de reconocer la obra magnífica de dios. Se trata de una sencilla espiral: el ser humano se ve pecador, débil y, al mismo tiempo, a través del pecado, de la muerte, ve a Dios. En su propia fragilidad y miseria puede percibirlo como gracia, como puro don divino.

En todo momento la Madre Cándida fue consciente de su debilidad como ser humano. En el *Libro de Visitas de la Madre Fundadora* la Madre Grabriela Hondet, compañera de la Madre junto con la Madre Ángela durante su estancia en Roma (1902), nos deja esta entrañable escena: "En Roma pidió a una de sus hijas que le dijese sus faltas y, viendo que se callaba, le dijo lo que el Padre Herranz le reprendía". Está claro que entre estas faltas no se encuentra la soberbia, engreimiento o vanidad. Más bien es el P. Herranz quien tiene que llamarle la atención para que no se infravalores y, sobre todo, no lo demuestre ante sus hijas. "Bien conozco tu humildad". En el caso arriba indicado era otro el contexto y el grado de confianza. La Madre, siendo consciente de su pequeña y miseria, pronto había aprendido a conjugar esto con la acción de Dios en su alma. Tampoco se trata de la obediencia tan alabada siempre en sus cartas por el P. Herranz.

A la vista del material reunido nos atrevemos a hacer, ahora y aquí, un breve recuento de "puntos débiles" de la Madre Cándida, aquella parte de su componente humano sobre el que Dios fue construyendo su misteriosa e impresionante obra de arte.

Notable *emotividad.* El P. Herranz, en su afán por encauzarla, le insta a moderar su natural sensible y compasivo. Nos hemos referido ya a las abundantes lágrimas derramadas en los años pioneros de la fundación. "Ya sabe que le he prohibido llorar y tiene que obedecerme", le escribiría en una de sus primeras cartas, utilizando el verbo "Prohibir" como hacía siempre que intentaba subrayar un fuerte deseo. "Yo también tengo sentimientos", le dirá confidencialmente e incluso hará eco de un comentario hecho por la Madre sobre la emoción sentida con la "actuación" de las niñas: "también yo hubiera derramado algunas lagrimillas que aun ahora quieren salir, pero no las dejo". Pero le confiesa que incluso él, a veces, sucumbe a la tentación: "Acabo de recibir carta de Peñaranda y me ha hecho llorar de alegría sabiendo los adelantos, los exámenes y el cariño que las niñas les tienen" (30-06-75)

Páginas atrás nos referíamos a lo dolida que se sentía la Fundadora ante las críticas que de ella, y por carta, hacían las hermanas al P. Herranz. Este le contestaba tranquilizándola: "yo la conozco mejor": Terminó la Madre Cándida no sólo superando el miedo a las malas interpretaciones, a las

calumnias y a los desprecios sino sufriéndolos en silencio y hasta alegrándose por tener ocasión de poner en práctica –nos consta que en grado heroico- la *Tercera Manera de Humildad.*

Otro punto débil: el miedo a las "riñas" de su director. Teme la Madre, cuando recibe sus cartas, que en ellas aparezca una reprimenda. El P. Herranz, una y otra vez, intentan convencerla de que no hay fundamento para pensar así y que él sufre al verla sufrir:

> "No vuelva a temer nunca. ¿Por qué tiemblas? Se olvida usted que soy su Padre, y más, aunque en las cartas vaya alguna palabra que parezca que reprendo ya lo sabe usted para siempre, no quiero reprender a mi hija" 86-10-74)
>
> "Conmigo, franqueza, no temores, no miedos, que soy su Padre y con los Padre son hay que tener miedo" (2-09-75)

¿Qué es lo que inquieta realmente a la Madre Cándida? Leyendo detenidamente las cartas se puede colegir que su temor es a no hacer exactamente lo que cree le dice el director a quien siempre considera en lugar de Dios, cuando en verdad él siempre le da su opinión sobre los distintos temas pero nunca se la impone; por ejemplo, el asunto de la compra-venta de la casa de Placentinos. La Madre lo ve por su parte como un fallo de obediencia, algo de lo que intenta disuadirle el P. Herranz. "Lo que usted hace estoy convencido de que lo hace según Dios, con recta intención; no tenga pena ni disgusto que yo no estoy enfadado ni quiero regañarla. Sé que usted es una hija muy obediente y que desea hacer siempre la voluntad de Dios" (15-03-77).

*Responsabilidad sobre las hermanas como fundadora de la Congregación.* Sufre también la Fundadora, y hasta tiene remordimiento de conciencia, por el largo y doloroso proceso de salida de Petra Piernavieja. "No tenga tristeza por nada, nada, y mucho menos por asuntos de conciencia de PP, no se entristezca, ánimo, no se apure, tranquila en su conciencia […] suceda lo que sucediera no tiene por qué remorderla […] no tiene que temer responsabilidad" (23-03-75)

El P. Herranz ve todos estos miedos y temores como una treta del "negro" para impedir que la Madre Cándida le siga escribiendo. Lo considera una tentación del demonio y, como tal, debe rechazarla con decisión.

*Distribución del tiempo.* Otro posible error por parte de la Fundadora pudo ser, al principio, no distribuir mejor el tiempo; al intentar llegar a todo, dejar algo que podría ser importante. "Que se ocupe otra hermana de las cuentas [le dice], usted dedique todo su tiempo a atender a las hermanas". ¿Quizá parte del problema de desunión que surgió en la comunidad de Salamanca tuvo su causa en haberla dejado sola demasiado tiempo, agobiada como estaba la madre con tantos viajes o fundaciones?

En junio de 1880 vuelve el P. Herranz a aconsejarle cuide de la buena distribución de su tiempo: que procure sentirse ayudada en asuntos temporales por otras hermanas (Procuradora, Ministra, etc.); así ella dispondrá de más tiempo para las cosas espirituales como es su propia oración o para que puedan darle las cuentas de conciencia. "La Superiora ha de estar siempre dispuesta para recibir a las hermanas; muchos disgustos se cortan recibiendo a todas, en cuyo tiempo a las unas se les riñe, a las otras se les alienta y a todas se les ayuda a vencerse en lo que falten".

*Carácter vivo, fuerte, varonil,* aunque normalmente dominado. Si se callaba ante humillaciones y desprecios no era por falta de carácter sino por virtud. Es cierto que a veces –las menos- actuó con severidad aunque siempre se mostró pronta a pedir y otorgar perdón, al olvido generoso, a la acogida materna. El mismo P. Herranz le había pedido que en su condición de Fundadora no tolerase ciertas faltas: "No sea *blanda,* manténgase firme e inflexible sobre todo con lo tocante a la obediencia y a la observancia": la Madre Cándida llegó a suavizar con el amor su voluntad enérgica mezclando

convenientemente dulzura y exigencia. En el capítulo que le hicieron en el Seminario de Salamanca, en presencia de representantes del Obispado, sólo alguna hermana pudo "acusarla" de que a veces era muy estricta en cuanto a faltas de observancia y de obediencia. Por bien de la Congregación tuvo unas veces que *hacer contra* a su natural humilde, bondadoso y complaciente. Y, otras, atemperar su genio vivo, fuerte y varonil.

Cuando pasaron para la Madre Cándida los tiempos claves, esos que siempre han de ser especialmente cuidados, Dios, que está a tiempo para todo, permitió que la comunicación con el P. Herranz fuera más espaciada. Para la Madre siguieron abiertos los interrogantes esenciales pero sería Dios mismo quien se encargaría, día a día, momento a momento, de contestarlos en el silencio interior de mujer enamorada y sólo pendiente d la mayor gloria divina.

En los primeros años de la fundación Dios se había acercado a ella para orientarla, dirigirla, consolarla, a través del P. Herranz. Pero en los últimos años de su vida volvió a erigirse en su principal y único director. ¡Cuántas veces los dos –el P. Herranz y la Madre cándida- habían afirmado que la obra era de Dios! Así se lo demostró a ambos. No necesitaba de nadie para que la Congregación fundada por Cándida María de Jesús, fortalecida y floreciente, ocupara en la Iglesia el puesto que Él la había designado. El acompañamiento de Dios en directo y el ejercido a través de las personas permitieron a la Madre Cándida confirmar sus intuiciones, discernir con mayor claridad la voluntad de Dios sobre ella y encontrar los medios que le ayudaron a seguirlo hasta el final de su vida.

Queremos cerrar este capítulo con un párrafo muy significativo sacado de una de las cartas del P. Herranz en el que se refiere expresamente a la relación establecida entre ambos:

> "No olvide que han querido separarnos y Dios, sea de un modo sea de otro nos ha conservado [unidos]; a mí, para guarda y centinela y ayudador y consolador y padre y todo, aunque parece imposible. Pero ¿de qué modo? Como Dios quiere" (17-02-77)

# II – LA MADRE CÁNDIDA, DIRECTORA

**Padre Herranz**

Sorprende notablemente en la vida de la Madre Cándida su faceta como directora espiritual. Porque ella fue una mujer nacida a mediados del s. XIX, cuando el varón se autoproclamaba –y se hacía proclamar- centro del mundo. A la mujer solo le esperaba un puesto secundario en aquella sociedad machista, primero como hija y después como esposa; siempre supeditada al hombre. Pocas mujeres, bien por su categoría social bien por su esmerada educación, escapaban de esta realidad.

La Madre Cándida no estaba entre esta minoría privilegiada. Ella era de extracción humilde, sin cultura… Parecería, pues, inapropiado darle el título de directora, de acompañante espiritual, y no precisamente de sus religiosas, sino de un sacerdote jesuita ya entonces reconocido como experimentado director de espíritus. Cuando se conocieron el P. Herranz doblaba en edad a la futura Fundadora. Tampoco su formación tenía un punto de comparación; en su calidad de jesuita profeso, había cursado Humanidades y Ciencias Sagradas. ¿De dónde vino esa compenetración, esa empatía?

La empatía, *pathos,* es un fenómeno psicológico de difícil explicación. ¿Por qué unas personas caen bien a primera vista y otras caen mal? ¿Por qué se conecta con algunas desde las primeras palabras cruzadas o se siente aversión hacia ellas?

Una cara, abierta y sincera simpatía surgió de inmediato entre el jesuita y la Fundadora. Aparentemente nada les unía: ni la edad, ni el contexto familiar, ni social, ni la formación intelectual… Nada. Y sin embargo surgió entre ambos –y al mismo tiempo- la amistad, la confianza, la comunicación profunda…

Es posible que no hubiéramos detectado esa empatía –o al menos no de forma tan nítida- sin contar con las cartas del P. Herranz. También es posible que la existencia de estas cartas, casi la única fuente que nos queda de aquella comunicación, no sea concluyente. Casi siempre el poner por escrito lo que se piensa –y sobre todo lo que se siente- lleva consigo una reflexión mayor y una posibilidad de vaciar en el otro la propia personalidad con más sinceridad y valentía.

Detallista, minucioso, insistente en saber y "dejarse saber", el P. Herranz nos ha dejado numerosas pistas sobre él y sobre la Madre Cándida. Sobre los dos. Pero no se despeja tan fácilmente la incógnita: ¿Por qué el Padre, conociendo la trayectoria humana de ambos, tan distinta, tan distante, confió absolutamente en la Fundadora? ¿Por qué llegó a confiar a esta lo más íntimo de su ser?

Sólo cabe una respuesta; de tipo espiritual. El P. Herranz vio, primero en la joven y luego en la mujer, con claridad, "el dedo de Dios". Le sorprendió la forma en que la Madre Cándida manejaba los platillos de su vida. En uno estaba el prestigio, la comodidad, el coraje, la buena imagen; en el otro, la voluntad de Dios. Y la vio inclinarse con decisión por esto último. Fue esto lo que le convenció, lo que le dio seguridad. Sencillamente, la vio iluminada por el Espíritu y simpatizó de inmediato con ella. "Sigamos el consejo, la inspiración y las dos obediencias, que Dios sabe estamos unidos" (12-02-77)

En esa misma carta el Padre, con sencillez pero con rotundidad, habla de la unión que hay entre ambos: "Hoy he dicho la misa por ti y por mí, y mañana también, pues ya te dije que nos han dado dos misas cada mes para nuestra intención y utilidad y claro que en todo tienes como yo".

La simpatía (*sin pathos*) no siempre tiene que ver con un sentimiento gratificante y sí, mucho y con frecuencia, con el dolor, con la renuncia. "A las duras y a las maduras", suele decirse. Así lo expresa

muchas veces el P. Herranz: “Lo que usted padezca yo padezco y lo que usted sufre yo sufro” (25-09-75). “Sabes que tus penas la siento como mías” (17-01-83)

Es tan grande el deseo de poder caminar junto a la Madre Cándida el camino emprendido hacia Dios que no duda en pedirle cuenta exacta de sus mortificaciones para procurar hacer él lo mismo: “Tengo deseos de saber, para ver si puedo ser igual en la comida y en todo, qué come usted por la mañana; agua cuánta (bebe) y qué días; cómo pasa usted las noches del viernes y martes; en fin, lo que hace usted para ver si somos iguales y después le diré lo que no hago yo o si hago más o menos” (14-10-74)

“Unidos siempre pidamos para que, gozando acá de la paz que da el amor del Señor, con su gracia podamos vernos juntos en el cielo”, le dirá casi al final de su vida (20-05-95)

Hay, por parte del Padre, una auténtica y continuada comunicación espiritual, que en algún momento él califica expresamente de “cuenta de conciencia”: “Ya ve usted cómo le doy cuenta de conciencia de lo que me pasa y, al ver que tenía usted miedo, si no escribiera ¿qué sería? Ya veo que es el demonio que me quiere retraer de escribir para que usted tenga mal rato. No dejaré de hacerlo lo más frecuente que pueda” (06-10-74)

A la Madre Cándida le confía:

- Sus deseos de santidad, su afán por hacer siempre y en todo la voluntad divina. Dos ejemplos, entre muchos: “Dios quiere que practique padecer y ser despreciado. Ojalá me aproveche” (03-01-76). “Ya te diré el día [de su operación de cataratas] para que pidáis por í, pero que se haga en todo la voluntad divina, que estoy muy contento en todo lo que Dios me envía” (27-07-88)
- Sus consolaciones y desolaciones. “Día de la maternidad de la Virgen. Estoy consolado” (02-11-73). “Cuántas gracias de Dios me han ayudado, consolado extraordinariamente ¡Cuán ingrato soy! Pide por mí para que cambie y sea todo de la Virgen y nada mío; a tu discreción y meditación dejo todo lo demás” (08-11-93). “Yo estoy bueno pero flojo en mis propósitos que directamente puedan favorecer a esa Congregación” (23-03-75). En la Pascua del 77 dice haber recibido algunas gracias y favores “por más que yo me encuentre con mis infidelidades pesaroso y disgustado y, aunque no faltan virtudes prácticas que ofrecer, que gracias a Dios en ese punto tengo que estar agradecido en extremo, me pone un poco en tristeza pensando si la infidelidad a llamamientos más delicados y no correspondidos es causa de que nos pruebe más y más el Señor”. “Todo este mes es de gracia para mí. Mañana hace años salí de casa, nací, me bautizaron, entré en la Compañía, hice los votos, me ordené sacerdote, canté misa. ¡Cuánta carga y responsabilidad!” (15-07-91). “Supongo que pedirás y habrás pedido mucho por mí. Tengo grandísima necesidad y deseo que no te olvides para ver lo que el Señor quiere y darle cuanto me pida, que sin abundancia de gracia no se podría cumplir. Además no me falta que ofrecer a Dios, y no venido por mano de los hombres, razón mejor para que no te olvides” (12-01-94)
- Busca la opinión de la Virgen sobre él. “Deseo que usted medite y pregunte acerca de mí y no me persone ni deje de decir si algo le desagrada a nuestra Amantísima Madre” (10-02-75). “Cuánto deseo y espero que me diga usted de la Madre lo que de mí pueda decirle, lo que a usted le diga, ¿Por qué no me escribe?” (27-02-77). “En casi todas las cartas te escribo me digas qué te dice la Madre de ti y de mí. Cuánto me consolará” (0404-77). “Repite muchas veces el *Regina*, como en aquel tiempo lo hacíamos, para que la Virgen me dé las gracias que necesito y no esté enojada conmigo” (31-03-77)
- Expone sus inquietudes espirituales en una larga carta, octubre de 1877, confía a la Madre Cándida: “He tenido tentación que me inquieta y escribo contestando [a la suya] para que pida usted a la Virgen le diga qué significa la señal que encuentro yo todos los días y por la que temo

faltar a Dios. Suplique usted mucho y me escribe usted misma [no por medio de una amanuense] lo que la Virgen le diga para enmendarme y, si no es por falta, para estar tranquilo porque me conformaré con la voluntad divina y sabré sacar provecho". "El demonio me ha estado atacando toda la cuaresma y del miércoles Santo en adelante fui flojo en mis propósitos, desde entonces con pretexto de las misiones, y éste es el resultado: que no estoy muy contento, porque creo que la Virgen no lo está conmigo, en la flojedad en mis obsequios y oración, pero reanudaré cuanto pueda" (18-04-75). "He tenido rabietas, no contigo sino de aquí, que deseara hablar y desahogarme" (04-04-77)

- Suplica interpretación de señales. "Siento el zumbido nuevamente hace un mes y no sé si será por mis negligencias o por tus sufrimientos; yo quisiera que vieses delante de la Virgen si le soy agradable o desagradable y que me dijeses lo que te parezca, porque yo juzgo de un modo y no sé si acertaré" (19-10-77). Al principio de esta misma carta le había escrito: "Recibí en la suya anterior la contestación a una de las preguntas, que era: si agradaba a la Virgen que escribiese con frecuencia y me dijo que siempre que mis ocupaciones me lo permitan".
- Tiene tal su confianza en la Madre Cándida y tanta la necesidad de entrevistarse con ella que hasta le comunica una pesadilla relacionada con tan ansiado encuentro: "Hoy me desperté a la una y media pensando que había salido a recibiros, que os habían maltratado en el camino… y después me decía yo: si sufrirán algo".
- La Congregación, el que se pudiera contar con un Noviciado adecuado en el edificio de los Mostenses, es una de sus preocupaciones habituales. Tanto que hasta manifiesta a la Madre Cándida algo que él había pensado hacer con aquella finalidad. ¿Le dará la Madre su beneplácito?: "Muchas veces se me ha ocurrido, y he desechado, hacer una novena al Padre Hoyos, cuya causa está dando tantos pasos, para ver si por su mediación se movían las personas y se adelantaba lo que tanto deseamos todos (que nada sé de lo que haya ocurrido sobre el particular), pero lo he desechado. ¿Se te ha ocurrido a ti alguna vez? ¿Qué te parece?" (09-11-95)
- Expresiones de afecto, de sincera amistad, llenan las cartas del P. Herranz a la Madre Cándida. Es cierto que tiene grandes deseos de verla para informarse detalladamente de todo lo relacionado con la Congregación que él había ayudado a nacer: hermanas que la forman, obras que surgen, escuelas que se abren… También él necesita desahogar su corazón lleno, a partes iguales, de gozo y de tribulaciones. Recordemos la afirmación de Santa Teresa a su migo P. Gracián: "Todos necesitamos un desahogadero". Pero con ser grandes para él esos deseos y necesidades fue siempre más fuerte el ansia de saber de la Fundadora: cómo está su salud, cómo, aunque sean muchas las preocupaciones y disgustos (desafectos y muerte de sus hijas, problemas con el Obispado de Salamanca, fundaciones…), no vacila su fe y confianza en un Dios que es ante todo Padre. Se conformaría con que una hermana, cualquiera, le escribiera algo y que la Madre Cándida pusiera la firma en el escrito Sólo von ver su firma se aliviaría mucho, se le haría menos costosa la lejanía. Porque bien seguro estaba él de que la Fundadora y sus hijas no le olvidarían en sus oraciones. "Es imposible calcular las veces que me acuerdo de a Madre y de las Hijas […], no creo que pueda sucederte a ti lo contrario por más negocios y ocupaciones que tengas" (10-12-89)

Hasta el final de su vida estuvo el P.Herranz más pendiente de la Madre Cándida que de él mismo. Tan sólo doce días antes de su muerte hace un esfuerzo especial para que la Madre pueda leer con más facilidad la carta que le está empezando a escribir. "Comienzo a hacer la letra grande para que puedas leer bien y sin desvanecer la cabeza" (10-08-96). Y lo dice un hombre que se sabe al límite de la vida, con pocas ganas de hacer nada. Afirma que en su salud quebrantada nota: "pocos progresos, lo cual demuestra que la principal enfermedad son los setenta y siete, que no se les puede variar". Reconoce

además “cierta indolencia para escribir pues sólo la lectura, que cuesta poco, me entretiene sobre las cosas espirituales” (19-07-96).

Es la última comunicación de su yo más íntimo: la desgana de todo, menos de lo que a Dios se refiere. Mucho se ayudaron los dos.

El P. Herranz había ayudado a la Madre Cándida a ser consciente del proyecto personal pensado por Dios expresamente para ella, a verbalizarlo ante la Iglesia y a ser fiel a esa propuesta.

Por su parte, la Madre Cándida supuso para el P. Herranz la concreción de una inspiración divina experimentada por él en su exilio vallisoletano. También le ayudó a salir de su propio territorio particular para ocuparse más y mejor de la amplia heredad de Dios.

Porque ambos tuvieron la experiencia de su encuentro personal con Cristo, se sintieron llamados mutuamente a seguir facilitando ese encuentro.

Porque ambos tuvieron la experiencia de ser acompañados por Dios, pudieron ser acompañantes el uno para el otro.

Porque los dos tuvieron clara la decisión de entregarse incondicionalmente a Dios, les resultó fácil acercarse el uno al otro para ayudarse mutuamente en el crecimiento de su fe personal y en la respuesta generosa a ese Dios que urgen siempre a darle un sí incondicional.

Repasando la correspondencia del P. Herranz notamos cómo, a medida que pasan los años, disminuye el número de cartas. ¿Qué explicación podríamos encontrar a esta evidencia?

A su llegada a Santiago, hasta que se acomodó a su nueva vida, pudo disponer de más tiempo personal; después, fue creciendo su actividad ministerial y mermando el tiempo de libre disposición. Posible causa, pero no convincente, de la mengua de su correspondencia con la Madre. Hasta Galicia había llevado, y muy dentro de su corazón, la preocupación por la Congregación naciente y el futuro de esta. De ahí su honda preocupación por las candidatas que deseaban compartir su vida con las Hijas de Jesús.

El de las vocaciones es tema recurrente en sus cartas a la Fundadora. A su confesonario, ya en tierra gallega, pronto comenzaron a llegar jóvenes sanas, buenas, piadosas, que le exponían su deseo de ser religiosas. Había dos cosas que frenaban al P. Herranz: la mayoría eran pobres, sin posibilidad de aportar ni de conseguir dote (condición indispensable según la legislación vigente) y varias no acertaban a cortar los lazos familiares. Es difícil encontrar una carta en la que no haya una referencia a estas *vocativas*. Algunas llegaron a ser Hijas de Jesús. Buenas Hijas de Jesús. Otras regresaron a su casa familiar después de comprobar que no tenían vocación. El P. Herranz, en principio, no rechazaba a ninguna. A él se acercaron desde una niña de doce años a la que “no se le debe permitir hacer los votos hasta cumplir los dieciséis” (23-10-75) hasta una “señora viuda, rica, de edad, muy piadosa” (27-10-75). A Salamanca llegaban las propuestas, siempre con la misma advertencia: “yo propongo, usted decidirá”. En los archivos de la Congregación no ha quedado constancia de muchas de aquellas candidatas.

> A veces el P. Herranz se desanima. Ante la escasez de vocaciones llega a preguntar a las Hijas de Jesús si no será porque en ellas falla la oración y la virtud: “Dos entraron y son pocas; en otras partes abundan, aun llevando grandes dotes. Se conoce que no pedís mucho a San José que envíe y no sois generosas” (09-03-95)

Con el paso del tiempo tampoco él puede ayudar como antes a causa de su creciente sordera. En mayo de 1895 se ve obligado a poner límite a su actividad como confesor: “sólo a los hombres en casa y, en la Enseñanza, a alguna peregrina en hora en que no hay gente”. Usa trompetilla pero “oigo

demasiado con ella, como si me vocearan". Sin embargo, cuanto más consciente es de su limitación mayor es su confianza en Dios. "Se enfriaron y ahora más no confesando en la iglesia. Dios proveerá" (14-09-95)

Mientras pudo se sentó en el confesonario hora y horas atendiendo a largas coas de penitentes, "una turbamulta"; atendió a congregaciones o asociaciones piadosas (de la Sagrada Familia, de Criadas…); pasó tardes enteras con enfermos conocidos, ayudó a moribundos, se entregó con entusiasmo a Misiones populares en los alrededores de Vigo… Pero toda esta actividad ministerial no justifica la llamativa disminución de cartas a la Madre Cándida. Por parte de esta la comunicación se había cortado casi radicalmente.

En febrero de 1886, agradeciendo una carta de la Madre, dice a esta: "Mis cartas se hacían formar mil conjeturas poco agradables, no de mí sino de ti, pues suponía que carecías de libertad […] Si no puedes, calla, que el silencio nos unirá tanto más a Dios cuanto de ti no penda el romperlo. No quiero saber mucho". Pero sigue sin entender demasiado: "¿Cómo antes no me hablabas nada, nada? ¿Era yo causa? ¿Eras tú o ni uno ni otro?" Él ha actuado rectamente y seguirá cuanto según convenga: "Callando tú, prudente era que yo no hablase; tú serás la norma de mis cartas para que yo no falte ni tú tampoco". Siempre discreto el P. Herranz.

A pesar de estar conforme en este asunto –como en los demás- con el querer divino, las cartas escritas en estos meses por el P. Herranz rezuman sufrimiento. "Antes supe que mis cartas se leían en Palacio y por eso cesé de escribir frecuentemente, que no me ha hecho poco daño".

En efecto. De las decenas de cartas salidas desde la residencia de los padres jesuitas de Santiago hacia Salamanca antes de 1878, se baja, a partir de ese año, a un número puramente testimonial: 1-2-0-0-2-1-3…

Pero nunca dejaron de tener noticias el uno del otro. Gracias a la también copiosa correspondencia del P. Herranz con sus hermanos (más de noventa cartas) y de las visitas que la Madre Cándida hacía a estos en Valladolid. Desde el principio ellos la consideraron una más en la familia. "He sabido de ti por mis hermanos" o "Ya me ha dicho Paca lo que hablasteis en Valladolid". Paca fue una de las correas transmisoras en aquellos años oscuros.

Por muchos esfuerzos que hagamos nunca llegaremos a saber cuánto supuso de dolor, lágrimas, mortificación y oración esta lejanía obligada.

Voluntad de Dios, fe, paciencia, fueron palabras clave en el vocabulario del P. Herranz, repetidas una y otra vez en sus cartas. Realidades vividas a fondo.

El P. Herranz fue un don de Dios (gratuito como todo regalo) para la Madre Cándida y ésta lo fue para el P. Herranz. en sus numerosos encuentros epistolares (los personales fueron muy pocos) intentaron ser el uno para el otro camino fiable para conseguir el encuentro diario, recto, sin atajos, para conseguir el encuentro con el OTRO.

**Fray Joaquín Pérez Pando.**

La Madre Cándida estaba fuera de Salamanca mucho más tiempo del que ella hubiera deseado. Días, meses seguidos. Sus obligaciones de fundadora la alejaban del colegio de la Inmaculada. Cuando regresaba a él intentaba ajustar su vida a un ritmo más pausado y reconfortante. Siempre que su salud se lo permitía acudía a las múltiples *funciones religiosas* que en esa ciudad se realizaban casi

diariamente. Misas pontificales los domingos en la Catedral, presididas, como otras muchas celebraciones realizadas en ella, por el Obispo; festividades de la Compañía de Jesús en la Clerecía y de los Padres Dominicos en San Esteban; solemnidades propias del calendario teresiano en los Carmelitas… Y además todas las fiestas propias de otras órdenes religiosas, masculinas y femeninas: Franciscanos Capuchinos, Bernardas, Agustinas, Clarisas… Eran muchos los conventos existentes en Salamanca a finales del siglo XIX y principios del XX con vida propia y floreciente. Amén de las celebraciones de la parroquia del Carmen a la que pertenecía la comunidad de la Inmaculada. Tantas eran estas "funciones" que había días que se sentían llamadas a hacer "doblete".

De los diarios de este colegio entresacamos algunos párrafos que lo atestiguan:

> "Carnaval de 1878. Por la mañana van a la Catedral la R.M., varias hermanas y las colegialas y por la tarde van a Santo Domingo, que los tres días había fiesta y predicaban hermosos sermones los frailes".

> "También los domingos de cuaresma van a Santo Domingo a oír a aquellos religiosos tan llenos del Espíritu de Dios".

Domingos por la mañana, a la Catedral; por la tarde, a Santo Domingo. Esto se repite sin variantes en los años posteriores: 1879, 1880, 1881…

Las ceremonias, sermones incluidos, eran después tema preferente en los recreos comunitarios. Se alude a los oradores sagrados, muchos de ellos asentados años ha en la ciudad. Si alguno nuevo llegaba a esta, pronto era también reconocido y celebrado.

Así sucedió con fray Joaquín Pérez Pando. Este fraile dominico estuvo destinado en el convento de San Esteban de 1887 a 1890. Llegó a él como uno de sus predicadores "oficiales".

¿Cuándo le fue presentado formalmente a la Madre Cándida? Según Fray Joaquín, a primeros de 1888. Encuentro casual en la calle. Presentaciones. La Fundadora de las Hijas de Jesús ya lo conocía por haberlo visto y escuchado en el púlpito de San Esteban; el dominico solo había oído hablar de ella pero deseaba una presentación personal pronta, a juzgar por la simpatía que de inmediato surgió entre el joven predicador y la madura Fundadora. Y así comenzaron las entrevistas que durarían hasta el final de la vida de la Madre. Con aquel don de gentes y penetración de espíritus que caracterizó a la Madre Cándida pronto se ganó, sin pretenderlo, la confianza del dominico. Empezó hablando a Dios de él y continúo, sin dejar su oración, pro hablarle a él de Dios.

Nos dejó Fray Joaquín un testimonio precioso de esta particular y entrañable relación.

Cuando subía al púlpito y comenzaba su sermón, sin haberla visto entrar en la iglesia, notaba en ella la presencia de la Fundadora y entonces era tal el impacto que experimentaba que le parecía era el mismo Espíritu Santo quien ponía en su boca las palabras adecuadas que enfervorizaban y convencían a los oyentes. Gozaba de "buena prensa" el dominico, y no por mérito propio según su confesión. "Notaba en mí un fervor, un entusiasmo, una devoción que no sabía de dónde me venía, y hasta me parecía que no era yo el que predicaba sino otro el que predicaba por mí". Con cuatro frases resume el "efecto Madre Cándida":

- Inspiración al hablar
- Serenidad frente al pueblo
- Facilidad de expresión
- Fecundidad de sus palabras

Todo se lo debía a aquella extraordinaria mujer que, de inmediato, lo había adoptado espiritualmente como hijo.

Ante ella no tuvo nunca que fingir; más aún, se obligó a sí mismo a descubrirle su alma por entero. De temperamento fogoso, expresivo, independiente y libre, más de una vez entró en conflicto con sus superiores inmediatos. Antes de que él comentase nada de esto a la Madre Cándida ya esta se había adelantado en la conversación quitando importancia a esos "encontronazos" al mismo tiempo que le instaba a moderar sus ímpetus primarios y a someterse humildemente a los demás.

> "-Vamos, Padre Joaquín, ese carácter recio que usted tiene con los superiores… Cuántas veces estoy yo besando manos…- Por mí no supo eso Madre Cándida. Ni por otros, tampoco".

En aquellos encuentros de comunicación espiritual otro tema llegó a preocupar más a la Madre. Sabía ella -¿quién se lo dijo?- que su fraile, excelente teólogo, persuasivo predicador, conversador ameno y responsable en sus ministerios, descuidaba un tanto su vida de oración. Y ella, formada en el carisma ignaciano *contemplativos en la acción,* comenzó a presentarle a Dios, con urgencia, este problema. Confiaba en que Dios a no tardar hablaría con Fray Joaquín. Y así fue.

Acababa la Madre Cándida de venir a Segovia y, como siempre, se reanudaron las visitas. Fray Joaquín no dudó en hacerle una pregunta directa: "-¿No le dijo algo para mí nuestro Padre Santo Domingo en la cueva de Segovia? Después de preguntárselo una y otra vez sin recibir contestación, un día la Madre Cándida, en voz baja, con mucha pausa, serenidad y suavidad me contestó: -Sí, me dijo que fuese usted de vida interior".

No es de extrañar que la admiración y veneración hacia la Madre creciera en el dominico quien, desde el primer momento, ya lo hemos dicho, le abrió su alma. A veces no era necesario. Ella se adelantaba a ponerle enfrente de sus defectos. Con delicadeza, con ternura materna. Le parecía que así le ahorraba el mal rato de confesarlos en primera persona. Desde entonces se referirá a la Madre como "mi Mare Cándida". Con el adjetivo posesivo por delante. Promete solemnemente a Dios no tener ningún secreto con la Madre Cándida "y así como Dios nuestro Señor me ve por dentro y por fuera y no hay en mí secreto alguno para él, del mismo modo quiero no tener nada oculto para mi Madre Cándida y que me vea tal cual soy en la presencia de Dios, que pueda verme con toda claridad a la distancia de seiscientas o setecientas millas" (desde Jerusalén, 2 de mayo de 1905)

Fray Joaquín conectó de inmediato con la obra de la Madre Cándida. Todo lo de la Congregación llegó a interesarle cordialmente: fundaciones, muertes prematuras, enfermas… El 7 de febrero de 1889 había regresado la Madre a Salamanca de uno de sus insoslayables viajes. Pues bien, al día siguiente, "por la tarde, vinieron los Padres dominicos Mateo y Joaquín quienes tuvieron la bondad de visitar en la enfermería a las hermanas enfermas y, sobre todo, a la R.M. en su regreso".

Nunca se olvida, al final de sus cartas a la Madre, de saludar a "sus buenísimas hijas, con muchos recuerdos y c el deseo de que el Señor derrame sobre todas ellas cuanto yo puedo desear para mí". A veces da nombres concretos de las Hijas de Jesús a quienes más conoce.

De modo sorprendente logró el dominico estar continuamente en la presencia de Dios a través de la Madre Cándida.

> "Me acuerdo de la Madre Cándida por la mañana cuando me levanto;
> cuando voy a decir misa;
> cuando digo misa;
> cuando doy gracias;
> cuando tomo chocolate;
> a las 9;
> a las 10;
> cuando voy al refectorio;

cuando voy a la siesta;
cuando voy al coro;
cuando paseo;
cuando estoy escribiendo;
cuando estoy estudiando;
cuando salgo de viaje;
cuando voy al confesonario;
cuando voy a predicar;
y pido a Dios nuestro Señor el que yo ame a mi amadísima Madre Cándida. Sí, amadísima Madre Cándida, así es, y tengo gusto especial en considerarlo así. Adiós, amadísima Madre Cándida, que Dios nuestro Señor haga lo que yo no puedo y la Madre Cándida me ayude"
(17 de agosto de 1903)

A cambio de este amor profundo, constante, confiado, Fray Joaquín no pide nada. Se muestra absolutamente limpio y desinteresado. Tan sólo pide "a Dios nuestro Señor que yo ame a mi amadísima Mare Cándida". Cree haber recibido tanto de ella que "aunque no hubiese hecho la Madre Cándida otra cosa más que las pruebas de cariño entrañable que nos dio cuando yo estaba en Salamanca, eso sólo sería bastante para que yo estuviera obligado a amarla como Dios manda toda la vida" (19 de octubre de 1896). Era agradecido Fray Joaquín. Muy agradecido. Cuando fue destinado fuera de Salamanca trató de tenerla al corriente de su vida, por carta, al menos una vez al mes. Lo cumplió con creces. Celebraba con gozo cada carta recibida de la Madre (en un número notablemente inferior a las suyas), pero nunca le exigió contestación. "Sólo con que la Madre Cándida reciba con gusto las cartas que le escribe el P. Joaquín me doy por contento". Al inicio de su correspondencia, y al no recibir contestación a sus cartas, quizá le asaltó la duda de ser olvidado.

"No sé si será temerario decir que la Madre Cándida se olvida de…". Cuando la Madre le comunica el fallecimiento de su padre recibe esta contestación: "también le agradezco el que me haya enviado la carta mortuoria porque así veo que no me olvida" (20 de mayo de 1897). Nunca más dudó de que su nombre podría caer en el olvido.

Mientras estuvo en España el P. Joaquín, ya que él no tenía oportunidad de volver a Salamanca, le enviaba visitas en su nombre al colegio. Algunas se lograban; otras, no. Es el caso de un Padre de Corias que no se atrevió a pasar por el colegio de las Jesuitinas por los comentarios que hasta él llegaron. Era entonces obispo de Salamanca Fray Tomás Cámara y Castro, agustino, (1885-1904), quien, a pesar de haber aprobado las Constituciones de las Hijas de Jesús, no logró una plena sintonía con la Fundadora. No se siente coaccionado por esto Fray Joaquín. "Cuando volvió [el Padre] me dijo que no había hecho la visita a hermana Antonia [Robles] porque le habían dicho no sé qué cosas en contra de la Madre Cándida. Cuando yo supe esto se me partió el alma. Créame Madre Cándida, yo no sé nada; pero sepa que yo no entro ni entraré por nada en cosas contrarias a la Madre Cándida y a sus hijas" (Corias, 19 de octubre de 1896).

Ante el prolongado silencio de la Madre, la sorpresa que recibió Fray Joaquín el 2 de noviembre de 1898 fue enormemente gratificante: "Un día de estos llegó a este convento un hermano de obediencia de Salamanca y con grande, muy grande sorpresa mía, me dio muchos recuerdos de parte de la Madre Cándida, añadiendo que *la Madre Cándida era siempre la Madre Cándida".*

Desde que se conocieron, allá por 1880, se comprometieron a rezar el uno por el otro. "Yo casi a todas horas estoy rezando *salves* por la Madre Cándida y por mí, y digo, por los dos. Y cuando rezo el *rosario* lo ofrezco por la Madre Cándida" (17 de agosto de 1903). Por ella ofreció la primera misa en el barco que le conducía a Jerusalén y, ya en "tierra santa", la misa de cada día, a las siete y media, era "por mi Madre Cándida, por todas sus hijas, por mi madre, hermano y hermana y por mí".

Fueron muchas y muy extensas (algunas de hasta ocho folios: una de diecisiete) las cartas escritas a la Fundadora desde aquellos "santos lugares". Ahora sí que se veía necesitado de refuerzos espirituales. Camino del convento dominico de Ste. Etienne de Jerusalén le escribe el 6 de mayo de 1905: "No me olvide, Madre mía, pues ahora la necesito más que nunca ya que la obediencia me impone un trabajo superior a mis fuerzas. Estoy completamente avergonzado al ver el destino para el que me llevan. Quieren que aprenda francés, griego y hebreo y que después me ponga a explicar la Sagrada Escritura. Ya ve, Madre mía, cuán grande es la carga que me echan. Yo voy dispuesto a estudiar godo, pero en compañía de mi Madre Cándida".

La Fundadora se convierte así en compañera espiritual y en confidente fiel. Todo se lo cuenta el buen padre Joaquín: los detalles más caseros y las emociones más íntimas. Así va comentándole, paso a paso, su mareo y vómitos en el barco durante los tres primeros días de navegación; la sorpresa que le produjo el oír a las pasajeras francesas cantar en latín el *Magníficat*, salmos, himnos, cual monjas o expertas en lenguas clásicas; la conmoción que le supuso divisar la costa; sus consolaciones sensibles en la primera visita al Calvario, Santo Sepulcro, Gethsemaní, monte Olivete, con el deseo –a duras penas reprimido al no encontrarse solo- de "besar la tierra y qué sé yo cuántas cosa más"…

En un gesto de total confianza llega a transcribirle una carta autógrafa recibida de su Superior General –ciertamente en términos bastante laudatorios para él- por el trabajo realizado en España (libro sobre la Virgen) y con frases alentadoras para los estudios que va a empezar y la labor docente posterior a ellos. Fray Joaquín hasta le explica a la Madre el significado de las siglas que acompañan a la firma de esa carta: MG (Ministro General) y OP (Orden de Predicadores).

En las siguientes cartas, y a medida que va haciendo otras excursiones, irá compartiendo con la Fundadora otros favores espirituales recibidos en Belén, en la casa de San Joaquín y Santa Ana… Allí se encontraba como siempre la Madre pero, ahora, no solo en el recuerdo sino materializada en una fotografía. El siempre sorprendente e imaginativo P. Joaquín da cuenta de ello: "Ante el altar del Pesebre puse unas cuantas fotografías de la Santísima Virgen y también de mi Madre Cándida extendidas por el suelo en donde nuestro Señor se dignó nacer por nosotros" (3 de septiembre de 1905)

Esto de la fotografía de la Madre Cándida tiene su historia. El 6 de julio de 1888 –buena memoria la del dominico- le enseñó la fotografía que de ella mandara hacer en Valladolid la familia del P. Herranz. Fray Joaquín, muy entendido en el arte fotográfico, no tardó en hacer copias, copias que siempre llevaba consigo. Una de ellas fue a parar a manos de su hermana Sor Luisa, dominica en el convento de Santillana. En la entrevista que los dos hermanos tuvieron en agosto de 1903 y, a lo largo de la conversación, salió ¡cómo no! la persona de la fundadora de las Hijas de Jesús con quien sintonizó de inmediato la dominica. "Entre otros retratos le enseñé uno de mi madre y otro de la Madre Cándida y cuando lo vio al momento me preguntó si tenía más y diciéndole que sí me explicó: -pues con este nos quedamos nosotras y lo pondremos en el *depósito*. Llaman *depósito* por lo que yo entiendo a la sala común donde todas puedan verlo. Con que ya sabe dónde queda la Madre Cándida. Este retrato es como los últimos que le mandé y lo traía en el Calendario. Por fortuna traigo otro en el Breviario".

También Sor Luisa entró desde entonces en el círculo de amistades de la Fundadora con la que se escribe alguna vez.

Como aficionado a la fotografía mandará a la Madre una "con técnica" de la Virgen de Montesclaros y Fray Joaquín. Años más tarde, exactamente en noviembre de 1907, hará a la Madre Cándida una fotografía, bastante aceptable, en la huerta del Noviciado.

Fueron muchas las fotografías y estampas que en correo certificado llegaron de Jerusalén a Salamanca. Entre otras una de él mismo "con barba, como llevaban todos los frailes y sacerdotes que allí vivían". Y, algo más original, "una planta pequeñita arrancada del campo de Belén, allí donde los

ángeles se aparecieron a los pastores, y la punta de una rama de olivo". Gozoso se hallaba el dominico con su "tesoro" cuando se le ocurrió algo nuevo: "De vuelta a Jerusalén me vino otra idea y la cumplí: fui con ese ramito de olivo y con esa planta y los puse en los dos sitios donde nuestro Señor fue tendido en la cruz y donde después fue levantado en alto; a continuación, sobre la losa de mármol que cubre el sepulcro de nuestro Señor, luego, sobre la tierra de Gethsemaní y en el monte Olivete y, por último, sobre el lugar donde nuestro Señor lloró por Jerusalén". Y precisa el horario de esta particular peregrinación: "Salé a las ocho y media de la mañana y ahora, al escribir esto, son las once y cuarto; y está lloviendo" (1 de enero de 1906)

Pero, para originalidad, el regalo que un día llegó a Salamanca como "bulto postal". Superó con creces las fotografías más llamativas de paisajes y monumentos visitados así como las estampas de aquellos lugares decoradas con bonitas flores disecadas. Cuando la Madre Cándida quitó el primer envoltorio de papel apareció una cajita y, entre serrín y virutas, un limón con fecha, dedicatoria y firma. Todo lo había previsto el buen fraile. "incluyo una cinta de papel, con ella puede saberse siempre la circunferencia del limón cuando vaya éste a mermar y secarse". El limón, comparado en una de sus excursiones bíblicas, le había costado seis céntimos. Pero… el limón que llegó a Salamanca era el segundo ya que el primero se había extraviado y este ya no traía la tirita de papel reglado con la medida exacta del cítrico.

Es increíble la delicadeza maternal con la que contesta la Madre cuatro meses después. Como si no tuviera otros asuntos más importantes que reclamaran su atención y le sobrara el tiempo para contestar a Fray Joaquín en su mismo tono y minuciosidad si bien algo del envío no encajaba: "Espero me dispense por no haberle escrito tan pronto como recibí su carta para decirle que, al mismo tiempo, recibí también el limón primero que me mandó el cual llegó muy bien; vino en una cajita de madera; dentro trae la cajita unas como virutas muy finas formando como un nido; allí, el limón, envuelto en un papel; pero no me trae la medida del limón por lo que no puedo decirle lo que mermó. Trae escrito en el mismo limón: *Limón del desierto de San Juan Bautista. Lo compré en ese sitio el 29 de noviembre de 1906. 13 de diciembre de 1906. Fray Joaquín Pérez Panco* (con su rúbrica). No sabe V.R. lo que sentí al recibir este limón. ¡Precioso recuerdo para mí! Y más por ser del sitio donde estuvo el Santo cuyo nombre me pusieron en el santo bautismo. No tengo palabras para explicarle mi profundo agradecimiento; así que ruego a Dios nuestro Señor se lo pague y premie Él con creces. Yo por mi parte lo hago con oraciones de las que nunca carece el Padre Joaquín pues le tengo muy presente en todas; me considero muy obligada a ello" (5 de abril de 1907)

Podrá discutirse sobre la excesiva afición por las reliquias en épocas pasadas o sobre las diferentes sensibilidades religiosas de entonces, pero lo que parece indiscutible es la veneración y el cariño que Fray Joaquín demostró en todo momento a la Fundadora. "Se lo mando como un pequeño obsequio ya que otras cosas no le puedo mandar".

Sí que le había mandado antes otras cosas de más precio, aunque de no inferior valor afectivo. Nos referimos al primer ejemplar publicado de su obra "Historia de Nuestra Señora de Montesclaros" (Vergara 1904). Dedicado.

También la Madre Cándida tuvo detalles materiales con el P. Joaquín. Es verdad que se apilaban en su humilde mesa de trabajo varias cartas se espaciaran con grande sentimiento por su parte. Pero dentro de sus posibilidades… Con júbilo y mucho agradecimiento Fray Joaquín acusa recibo de una estampa de San Joaquín y Santa Ana con la Virgen. Era más de lo que podía esperar sobre todo después de haberla buscado con interés, y sin éxito, en las librerías y tenderetes de los más diversos lugares. Le hizo tanta ilusión la estampa en sí y el que se hubiera acordado de su nombre que no acertaba a terminar de agradecerle un tan especial regalo (13 de junio de 1906).

La Fundadora, cuando puede, hace llegar a Jerusalén las cosas de la Congregación que más le preocupan o entristecen: últimos fallecimientos de las Hijas de Jesús o celebración del segundo capítulo general que tendrá lugar en Salamanca. “Quedo enterado del 24 de septiembre. Aunque nada valgo mi intención de servir a mi Madre Cándida es sincera”.

Él continúa haciendo partícipe a la Madre de sus excursiones: ruta hacia Egipto (la que recorrería la Sagrada Familia); el Sinaí, en donde Dios entregó la ley a Moisés… Se muestra maravillado de todas las gracias que va recibiendo “in situ”; todo lo atribuye a la intervención directa de la Madre Cándida. Después, recorrerá el desierto de Cadés, Petra, monte Nebo, el Jordán… Y más tarde, Ain Karin, Betel, Gabaón, sepulcro de Josué… En cuanto dispone de cinco minutos, aunque sea mientras le sirven la comida, manda una tarjeta a Salamanca. Sabe cómo disfruta la Madre con esos recorridos porque se lo había comentado. “Algunos ratos me paso mirando y contemplando las vistas que me manda en las tarjetas y, como lo explica tan bien, no me canso de ver aquellos lugares de tan santos recuerdos” (17 de agosto de 1905). En más de una ocasión le había manifestado cuánto sueña ella con hacer ese viaje. “Cuando estuve en Roma tuve muchos deseos de ir [¡cómo le habría gustado seguir en todo a San Ignacio!], pero no pude realizarlo; acaso Dios lo tendrá reservado para otra ocasión”.

En los recreos comunitarios –teniendo en la mano los mapas que acompañan las cartas del P. Joaquín- la Fundadora comenta una y otra vez a las novicias las cosas serias y también las graciosas. Como la invasión de piojos: 124 (¿los contaría uno a uno?) que saltaban a ellos desde la piel de los camellos o las malas noches pasadas en un parador de caballerías. Entre el ataque de las pulgas de gallinas y la abundancia de ruidos: relincho de caballos, ladridos de perros, protesta de los camellos al menor movimiento o señal que percibían, más los graznidos de cuervos ni cinco minutos seguidos. Si se había llenado de *bichitos* era “por arrodillarme en esos sitios tan sucios. Ahora no me arrodillo, aunque lo siento mucho, y rezo de pie y me detengo poco”.

No falta en ninguna de las cartas la comunicación de sus sentimientos más profundos que concretiza dándoles nombre. Durante el viaje de ida no se encontraba ni triste, ni melancólico, ni tenía una queja o murmuración; sólo sentimientos de obediencia y sumisión en un ambiente interior de silencio y serenidad. Posteriormente, y ante lugares santos determinados, hablará de impresión grande, emoción inexplicable, consolación muy sensible, fuerza interior que le obliga a orar en alta voz… También –ante situaciones puntuales-hablará de desolación fuerte, “como en un pozo oscuro”, desánimo y desfallecimiento… “He prometido solemnemente delante de Dios no tener secreto con la Madre Cándida”.

Así, hasta la última carta escrita desde Jerusalén en agosto de 1907, dándole cuenta del final de su estancia en tierra santa. “he recibido orden de nuestro P. Provincial de volverme a España. Dios mediante saldremos el 2 de septiembre y para el 20 espero estar en Barcelona. Después no sé a dónde iré a parar”. Al final desvela, como siempre, su sentimiento, esta vez de temor: “Cada vez me veo más inútil para todo y, más para explicar Sagrada Escritura”.

Hasta treinta y cuatro cartas del P. Pérez Pando a la Madre Cándida se conservan en el archivo. Veintiséis es el número de las cartas de la fundadora al dominico –editadas, catorce- todas ellas guardadas también en el archivo. A juzgar por la indicación que lleva la cabecera de estas últimas “*Contestada el…”*, las cartas del dominico podrían ser más. Es fácil que alguna se haya perdido aun sabiendo cuánto apreciaba Fray Joaquín las cartas de la Madre.

Ninguna de estas cartas era autógrafa; sólo la firma. Quizá fue éste también uno de los motivos de tardar en contestarle; dependía de otra persona. Él lo sabía y, aún así, grande, muy grande era el gozo –incluso demostrado públicamente- que experimentaba Fray Joaquín con las cartas llegadas de Salamanca. Así lo cuenta él mismo con todo detalle, como siempre:

> "Ayer por la tarde, en el refectorio, y antes de comenzar a tomar nada, empezó el subprior a repartir cartas y cuando llegó a mí me puso sobre la mesa dos: miré el sobre y vi que una era de mi viejecita y pobre madre y la otra de mi Madre Cándida. Lo mismo me pasó otra vez en Vergara. Quiere decir eso que tengo dos madres. Comencé a leer la de mi Madre Cándida y con su lectura me alegré tanto que no pude comer nada y sólo a lo último tomé una taza de té".

Vivencia profunda y sensible de filiación espiritual. Dios se le hacía presente a través de la Madre siendo luz, vida, estímulo, júbilo… Realmente la consideraba, la quería y la veneraba como madre en el espíritu.

Su madre biológica falleció el 24 de octubre de 1911 y él experimentó un fuerte sentimiento de orfandad. "Quedé traspasado", así se muestra en la comunicación hecha a la Madre Cándida de este triste acontecimiento. "Hice por mi madre todo cuanto podía hacer. Pero ahora, cuando me veo solo en la celda y considero que ya no la volveré a ver más, me vienen unos desmayos que me hacen llorar como un niño". Ya sólo le quedaba una madre. No se conserva la carta respuesta de la fundadora al dominico, pues la hubo, ya que la recibida lleva la indicación de *Contestada el 18 de noviembre.* Ella, siempre cercana y cariñosa, intentaría más que nunca darle apoyo y consuelo.

Retrocedemos en el tiempo. A su regreso de Jerusalén se acercó a Salamanca lo más pronto que le fue posible. En el diario del Noviciado quedan reflejadas algunas de sus visitas. ¿Cómo sería la primera que hizo a la Madre después de tantos años privado de sus consejos y orientaciones en directo? Ella lo recibió en la habitación contigua a su dormitorio-despacho (hoy, oratorio) con entrada propia desde el claustro de San Ignacio. Pronto retomaron algunos de los temas tratados años atrás y que el dominico luego recordaba en sus cartas: el amor de Dios y el amor a la Virgen.

> "Por el año 88 me acuerdo que un día fui con fray Mamerto a visitar a la Madre Cándida [al colegio] y, sin más ni más, me sacó la Madre Cándida esta tecla: cuando San Ignacio se puso a estudiar latín se quedaba extasiado y contemplativo al declinar el verbo *amar* y decir *yo amo.* No sé con qué intención me decía entonces la Madre Cándida esas palabras. Yo entonces estaba como un pollo pelado, totalmente descañonado, y no comprendía nada. Pero ahora a una edad mucho más avanzada que la de San Ignacio me veo en esta tierra santa estudiando el hebreo y aquí el primer verbo que se aprende es el verbo *matar, con todas sus crueles variantes semánticas*" (4 de julio de 1906)

> "Ahora le escribo ésta para saludarla en el día 8 de diciembre, pues, cuando estaba yo ahí, en Salamanca, recuerdo que me dijo que uno de los días que más se alegraba de que la felicitaran era el 8 de diciembre" (6 de diciembre de 1900)

¿Fue en las entrevistas primeras (antes de su destino a Jerusalén) o fue en estas últimas (a su regreso de tierra santa) cuando el dominico recibió la confidencia de la fundadora *yo tengo hecho el voto de hacer siempre lo más perfecto,* de la que nos dejó testimonio el P.Joaquín?

De todas formas entre las dos etapas habían pasado años. ¿La encontró Fray Joaquín físicamente cambiada? Cuando él estaba en Montesclaros, y enseñaba con orgullo la fotografía de la Madre a quienes trataban con él, también se la había mostrado al dominico P.Valentín Castañón, destinado por entonces como confesor al convento de San Esteban. A él le encargó hiciese en su nombre una visita a la Fundadora. Así lo hizo el nuevo confesor de los dominicos y éste fue su comentario a Fray Joaquín, transmitido, tal cual, a la Madre Cándida con la franqueza que le caracterizaba: "El P. Valentín me dice que está usted bastante viejecita y que ya no se parece a la que está en el retrato. Lo comprendo muy bien pues los años y las enfermedades transforman mucho a uno en lo físico" (30 de enero de 1903). También él se había llevado una sorpresa al conocerla en aquel lejano 1888. Riendo se lo comentó en su

momento a la Madre Cándida, se la había figurado con menos años y menos gruesa. “Pues así era yo de joven, P. Joaquín, más delgadita”.

En la segunda “tanda” de encuentros llegó al Noviciado acompañado del P. Jacinto. la cronista de la casa escribe impresionada: “Se nota que tiene mucho respeto a nuestra Rma. M. y nos da lecciones admirables de cómo debemos conducirnos con nuestra General”. Se reunió en el salón la numerosa comunidad (treinta y dos novicias) y entusiasmadas estuvieron escuchando al “dominico que tanto ama en el Señor a la Madre y que tantas cartas escribió desde Jerusalén”. Relatos pormenorizados de sus cuatro viajes bíblicos, fotografías, anécdotas… fue el P. Joaquín, dominico, con otro Padre a ver a la Rma. Madre y le trajo varias fotografías premiadas en Madrid; se ve el cariño grande que le tiene; les invitamos a chocolate”. Efectivamente el P. Pérez Pando había recibido el segundo premio, unos meses antes, en una exposición fotográfica realizada en la capital de España.

Por entonces, otoño de 1907, le hizo a la Madre una fotografía en la huerta del Noviciado, la más “auténtica”, sin retoque alguno, de las conservadas. Cuida en ella todos los detalles: postura de la Madre Cándida, hábito (con manto largo, de salir a la calle), encuadre…: con verdadera devoción de hijo y técnica de profesional.

Todo parecía en orden para el P. Joaquín. pero en el otoño siguiente algo comenzó a preocuparle. “Vino el R.P. Joaquín a ver a la Rma. Madre. Estaba un poco afligido por varias contrariedades que le sucedían; al Madre le estuvo animando a sufrir y llevar con paciencia” (13 de septiembre de 1908). Tan mal llegó a encontrarle que la Mare Cándida se creó en la necesidad de hacerle una visita en San Esteban. “Acompañada de dos Madres fue a ver al P. Joaquín y dice que seguía algo delicado, efecto de algunos contratiempos que le ocurren…; lo estuvo animando”.

¿Estaría todo ello relacionado con su destino fuera de Salamanca? “Estuvo a despedirse, muy afligido y sufriendo mucho. La Madre ha puesto todos los medios para consolarle pero… Está destinado a Montesclaros” (19 de septiembre de 1908)

Más explícita se muestra una hermana que por aquellos años se encontraba destinada en los Mostenses: “Yo recuerdo que vino el P. Joaquín, dominico, vestido de sacerdote secular a comunicar a la Madre Cándida que se salía de la Orden. Le dimos de comer y yo misma le serví [informa Dolores Ugartemendía con ocasión del proceso de beatificación de la Madre Fundadora]. Por la tarde la Madre Cándida conferenció con él varias horas y volvió al convento y ha perseverado hasta su muerte”. Cuando Dolores hacía esta declaración ya habían fallecido la Fundadora y el dominico.

No encontraremos más cartas ni más datos en los diarios. La última carta, ya dijimos, fue dirigida por el dominico a la Fundadora para comunicarle el fallecimiento de su madre, Dª Bernarda Pando y Ayalde. En este sentido fue providencial el destino de Fray Joaquín (de Salamanca a Asturias) pudiendo así acompañarla en su última enfermedad y en su muerte.

Ajeno se encontraba entonces el dominico a tener que pasar en breve por una segunda orfandad.

Previendo la Madre Ángela el impacto que la noticia iba a causar a Fray Joaquín, el 9 de agosto de 1912 le comunico la gravedad de la Madre. Ese mismo día recibe la contestación desde Corias. “Con dolor recibo la triste noticia de la enfermedad grave de mi Madre Cándida. Con todo mi corazón hago lo que usted me manda y quedo a sus órdenes”.

Cuatro días después, el 13 de agosto, recibe la Madre Ángela una segunda carta desde Asturias. Hay en ella consternación ante lo inevitable, dolor de hijo y profunda esperanza cristiana. “Al salir de decir misa me entregaron la tarjeta mortuoria de la muerte de mi Madre Cándida. ¡Lo veía y no lo quería creer! No me harto de llorar. Había dicho misa por ella. ¡Se ha muerto mi Madre Cándida! Suplico me

digan la hora en que murió. Pero no, la Madre Cándida no murió; a **mi Madre Cándida** la tendré siempre conmigo toda mi vida".

El P. Joaquín Pérez Pando falleció en el convento de San Esteban de Salamanca en 1939. Tenía ochenta y dos años. Hasta el final se sintió acompañado espiritualmente por la Madre. Era una mujer tan amiga de Dios que supo acompañar a sus amigos, fiel y rectamente, en su caminar hacia Él.

## Otros sacerdotes.

Si el propio P. Joaquín –según testimonio aportado por la Madre Águeda Hernández- había confirmado que a ella le debía la vocación, **otros sacerdotes** también se beneficiaron de los acertados consejos espirituales de la Madre Cándida. Todos, de su oración. Traemos aquí dos nombres más.

El primero es el **P. Sandalio García Alcalde**, jesuita, "quien [según afirmó su Padre provincial] debía su sotana, después de a Dios, a nuestra Madre Fundadora y que, en agradecimiento a tanto como hizo por su alma, él deseaba encargarse de escribir la vida de la Madre Cándida".

La arriba citada Madre Águeda (2ª expedición a Brasil) recuerda a otro joven, éste brasilerio, quien conoció "de oídas" a la Madre a través de las Hijas de Jesús. Él era seminarista, la Madre ya había muerto. La sintonía con la hasta entonces desconocida fundadora parece que fue instantánea, plena y duradera. El **P. Bagio,** -en aquel tiempo joven seminarista- encomendó a su nueva amiga su propia vocación. Escribe Águeda Hernández: "Poco después de la muerte de la Madre Fundadora en 1912 nos aconteció encontrar el Mogi Mirim un seminarista y le hablamos de la santidad de la Mare Cándida. Él dijo que le iba a encomendar su vocación y que, si llegaba a ser sacerdote, ofrecería a ella las misas gregorianas. Eran cuarenta los seminaristas de su curso y sólo él llegó al sacerdocio. Decía que había sido patente la intercesión de la Mare e muchas cosas; le encomendaba los asuntos más difíciles y salía adelante. Una vez el Sr. Obispo le encontró en el Breviario una foto de la Madre Fundadora y, al preguntarle extrañado cómo tenía allí el retrato de una monja, le contestó explicándole quién era y cómo le debía la perseverancia en su vocación. Cuando nuestra Madre General visitó el Brasil el año 1912 o 1913 le dio un informe muy entusiasta de los favores que debía a la Madre Cándida. Debe vivir todavía; era canónigo y se llamaba el P. Bagio (creo que debe escribirse así). El P. Bagio era hijo del ama de llaves del canónigo Nora, párroco de Mogi Mirim".

¿Un caso más? El conocimiento de este hecho lo debemos a la Madre Natalia Bandrés quien, en su declaración en el Proceso de Beatificación de la Madre Cándida, declara ante el juez del mismo: "**D. Luis Azcona**, capellán de nuestro colegio de Segovia y beneficiado de la catedral, me contó que un día después de la misa la Sierva de Dios se quedó a solas con él y le dijo: <D. Luis, usted no puede continuar así> y le manifestó cosas de su conciencia que a nadie él había dicho. Él, aterrado, cayó de rodillas, diciéndole: <Usted, Madre, es una santa> y ella le contestó: <No, yo no soy una santa; usted sí lo será desde hoy>. Y cambió de vida y se sintió sacerdote y me dijo que nunca celebraba la santa misa con más devoción que cuando estaba presente la S. de D. y que le temblaban las manos al darle la sagrada comunión".

## Hijas de Jesús

La Madre Cándida, desde el primer momento de la fundación, mantuvo una comunicación cercana y fluida con cada hermana de la Congregación. Sobre todo, con las más jóvenes. Intentaba suavizar la morriña causada por la lejanía de su familia; tranquilizarlas y orientarlas en los problemas –para ellas nuevos y a veces difíciles de superar- que surgían en su incipiente vida comunitaria; ayudarlas a asimilar y superar sus errores y fallos y, sobre todo, iniciarlas en la vida de oración y en el carisma

propio de las Hijas de Jesús. Esto lo hacía en el día a día, si vivían en la misma comunidad, y en las visitas frecuentes a los colegios. Y lo realizaba ya fuera a través de la *cuenta de conciencia* –oficialmente establecida en los primeros años y oficialmente derogada después- ya fuera a través de la correspondencia personal, muchas veces con la observación de *soli.*

Como es lógico no contamos con el contenido de aquellas comunicaciones orales, personales y directas. Solamente disponemos de las numerosas cartas conservadas, tanto de la Madre a las hijas como de éstas a la Madre. O de algún testimonio hecho a posteriori.

Vamos a intentar acercarnos en lo posible al papel de acompañamiento espiritual ejercido por la Madre Cándida respecto a las Hijas de Jesús y a interpretarlo lo más acertadamente posible contando siempre con un margen de error o deficiencia en la interpretación.

Empezamos con un nombre: **Águeda Rey García.** Nacida el 24 de febrero de 1866 en Rollán (Salamanca) e hija de D. Luis Rey y de Dª Basilisa García, ingresó en la Congregación en el verano de 1892. No perteneció ni al grupo de las primeras compañeras de la Fundadora ni a los grupos inmediatamente posteriores.

¿Cuál es la razón de que sea ella quien encabece esta lista de Hijas de Jesús? No solo es el número de cartas conservadas (dieciocho le escribió la Madre Cándida, pero a otras hermanas les había escrito muchas más) sino que –y aquí está el dato decisivo- prácticamente todas fueron entregadas al archivo con la firma de la Madre recortada. Indicio evidente del cariño y veneración de Águeda Rey por la Madre Cándida. Sólo alguna de estas firmas, tan celosamente guardadas, fueron enviadas al archivo después de la muerte de la Fundadora cuando, ante la posibilidad de llegar a incoarse el proceso de beatificación, la nueva superiora General, Ángela Cipitria, las solicitó. Las restantes llegaron cuando este proceso se puso en marcha y se volvieron a reclamar los objetos (entre ellos, las cartas) directamente relacionados con la Mare Fundadora. Águeda Rey moriría poco después, el 9 de diciembre de 1943.

De las cartas escritas por la Madre a Águeda Rey están publicadas trece. Ninguna era autógrafa pero todas llevaban la firma de la Madre Cándida. Águeda era consciente de que tenía en su poder verdaderas reliquias de una santa. Por eso había recortado las firmas. Con el inconveniente de que a veces quedó recortada con la firma la otra cara del folio dificultando con ello la lectura total de la carta.

Por estas cartas, contestación a algunas de las escritas por Águeda sabemos el contenido de estas últimas.

Subrayamos algunos de los temas en ellas tratados.

- *Dificultades en la vida de comunidad*

Parece que Águeda, aunque de natural paciente y bondadosa, tuvo algún problema con una hermana de la comunidad y, ante la dificultad, pide consejo a la Madre. Ésta inicia un diálogo a tres bandas para que todo sea transparente. Junto a una nota para la hermana escribe así a la superiora: "Ya veo lo que me dice de la H. Gregoria; en su cartita [la felicita por haber renovado los votos por tres años] ya le digo algo, como lo verá; pero mucho es propio de su carácter. Dios quiera que se enmiende y que sean todas muy observantes, como tanto se lo pido de veras, pues es lo que mucho deseo a todas mis hijas; y lo pido constantemente en mis oraciones" (21 de febrero de 1911)

En toda convivencia, por muy buena voluntad que tengan unos y otros, los desencuentros, las tensiones, son inevitables. Así ha sido y así seguirá siendo. Pero además del esfuerzo humano está la ayuda de la fe: "Ya veo por el contenido de la suya que siempre hay algo que ofrecer a Dios; así es, hija mía; nuestra vida es de sacrificio, y la vida común es un martirio lento con el que podemos ganar mucho cielo; y como los caracteres son tan diferentes, que cada una tiene el suyo, de aquí es que tenemos que servirnos de cruz unas a otras y perfeccionarnos mutuamente".

Es propio de la condición humana: “comprendo, hija mía, que es muy costoso a la naturaleza”. Resulta costoso aceptar y controlar a la naturaleza humana y a la naturaleza creación. Por eso la Madre apoya aquella reflexión con la descripción de una terrible tormenta de verano ocurrida en Salamanca. “Dios las protegió y por eso le dan gracias”.

Cuando el trabajo personal y comunitario sobre la aceptación mutua va dando sus frutos, la Madre manifiesta su gozo: “Me alegro de que las hermanas están bien y de lo que me dice de la H. Gregoria; de todo me alegro”.

La unión y ayuda fraterna es la mejor felicitación navideña que la fundadora podía recibir. No se cansa de insistir una y otra vez sobre la importancia de la unión y caridad. Muy difícil mantener éstas si no se cuidan las conversaciones. Expresamente lo recomienda en especiales circunstancias: “Al ir a hacer los Ejercicios, [las superioras en el verano de 1912] le encargo a V.R. y a todas esas mis hijas que procuren tener muy presente la Regla 160: que den buen ejemplo, no hablando nada de las demás, sino de lo que pueda edificar, pues tengo entendido que se falta mucho a esa regla; procuren cumplir bien y edificar a todas, pues así el Señor las bendecirá y derramará muchas gracias sobre toda la Congregación”.

- *Pobreza*

Tema también recurrente en las cartas de la Madre Cándida. La superiora de Bernardos le había comunicado su sentir y su actitud frente a la pobreza. Le contesta la Madre: “Dice V.R. que, aunque se empeñe, no dejará de dar lo que necesite a la comunidad. Está bien y así debe ser, no pasando de los límites de la santa pobreza, pues, gracias a Dios y a su divina providencia, ninguna de esta Congregación ha muerto por carecer de lo necesario, y hay que tener en cuenta que algunas veces tenemos que sufrir los efectos de la santa pobreza; pero no se desanime y tenga mucha paciencia, hija mía, contando siempre en la misericordia de Dios, que nunca faltó ni nos faltará”.

- *Experiencia jurídica*.

No falta en las cartas de la Madre Cándida una explicación puntual y siempre clara de las Normas de la Congregación entonces vigentes. Ante la consulta de Águeda sobre quién podría sustituirla durante los Ejercicios que ella haría con las demás superioras en Salamanca así le contesta: “No puede quedarse de superiora la M.A. por ser procuradora” (3 de julio de 1911)

Más sorprendente resulta en la Madre el caudal de conocimiento práctico en materia jurídica, su sabiduría como experiencia de vida, aplicado ahora (15 de marzo de 1911) en una circunstancia concreta: un presunto acreedor se había presentado en la comunidad de Bernardos reclamando una deuda desconocida por esta casa. Antes de hacerse cargo de ella deben informarse bien “en qué fecha está hecha, por quién y qué género es el que la ha formado; pues muchas veces sucede que van a los comercios personas extraña y piden en nombre de otras, sin su conocimiento, lo que les parece; tanto que aquí hemos tenido que decir que no den nada en los comercios en donde gastamos sin que lleven un papel escrito y con nuestro sello”. La Fundadora cree que se trata de un timo y le da a Águeda un sabio consejo: “Ahora le recomiendo, para otra vez que le suceda alguna cosa parecida, que no diga que va al juez ni al alcalde, pues creerán que es amenazarles con la justicia y de ahí pueden surgir grandes disgustos, pues los tiempos están muy malos, y más tratándose de religiosas”. Y una advertencia más: “Cuando dichos hombres farsantes que van engañando con documentos falsos amenacen con notarios o cosas parecidas, Vds. no contesten nada a eso, pues el primero que empieza con el litigio es responsable de todo lo que de él proceda, incluso los gastos”. No tenía la Madre Cándida estudios pero poseía una inteligencia y un sentido común nada corriente.

- *Distribución de personal en los colegios.*

Águeda Rey tiene suficiente confianza con la Madre para contarle la última conversación mantenida con los fundadores de Bernardos un tanto quejosos por la falta de personal en el colegio. Reconocía la superiora que algo de razón había en la queja: una hermana acaba de morir, otra está enferma… ¿no convendría pedir refuerzo para ese colegio? Águeda había salido –[cómo no]- en defensa de la Madre Fundadora y ésta se lo agradece. "Eso que dice de Dª Micaela y Pedro [Llorente], de la internas y personal, está bien lo que les dijo; que estoy en mandar, pero no puedo siempre como deseo, y no les tengo en olvido. Así es, hija mía, y ya sabe V.R. que mi deseo es complacer a todas mis amadas hijas, y sufro cuando no puedo. De poner internas en eses colegio, siempre hablaron, y no llegaron a llevar ninguna" (26 de mayo de 1911). Siempre franca y directa la Madre.

- *Palabras de ánimo y de cercanía.*

La Madre Águeda Rey había sido reelegida superiora de Bernardos por un segundo trienio. Contaba entonces con cuarenta y cinco años. Muy buena edad, pero ella se sentía pobre, incapaz de llevar adelante su cometido y así se lo expone a la Madre. Ésta es su preciosa contestación: "Tenga mucha confianza en Dios, hija mía, y no dude de que Él le ayudará y dará gracia para cumplir lo que la santa obediencia le ordene, pues por nosotras nada podemos, es verdad; pero en Dios, todo; y, como Él es el que nos lo manda por medio de la obediencia, nos da también las gracias necesarias".

Muy cercana y cariñosa, demostrando una fuerte tensión escatológica se muestra la Madre Cándida con Águeda cuando le llega la noticia del fallecimiento de su padre, acaecida en Rollán (Salamanca). "Tenga mucha resignación, hija mía, como creo la tendrá, pues no hizo nada más que adelantarnos un poco, porque nuestra vida va caminando siempre a su fin, y lo que debemos hacer es vivir preparadas para cuando Dios nos llame, siendo muy fieles en observar las santas Reglas. También pido por su querida madre para que el Señor le dé paciencia y resignación con la voluntad divina".

- *Corrección.*

Con firmeza y claridad, como se mostraba siempre la Madre Cándida cuando creía que una actuación no había sido correcta, reprende a la superiora de Bernardos que parece haberse extralimitado en sus competencias. Bien es verdad que había sido ésta quien se había adelantado a contárselo a la Fundadora con la confianza y transparencia características de su comunicación. "La escuela dominical no está bien que la haya Vd. abierto sin decirme nada, es decir, sin haber obtenido permiso mío, pues si hubo al principio, se quitó, porque así convenía, y para poder abrir ahora debía usted haberme pedido permiso". A pesar de la "regañina" también esta carta fue entregada sin la firma autógrafa de la Madre. Ésta quedó en manos de Águeda con lo que la carta llegó a Salamanca recortada en la firma y en la otra cara del folio no permitiendo la lectura completa de las frases correspondientes. Pero eso no fue valorado entonces por Águeda Rey; sí lo fue, y mucho, lo que ella conservaba como una reliquia más de la Fundadora.

- *Brasil.*

Muy valiosa y grata fue la correspondencia entre la Madre Cándida y Águeda Rey. Desde que se puso en marcha la acariciada fundación de Brasil la Madre no deja de darle noticias de esta. Muchos datos interesantes nos han llegado a través de estas cartas.

"La fundación de Brasil va adelante, y, Dios mediante, para julio o agosto tienen que ir las que están destinadas, que todavía no lo saben" (26 de mayo de 1911)

"Lo que dicen de que robaron a las Hermanas de Brasil, no es verdad; lo que sí le faltó a la R.M. Manuela [Azcue] es alguna ropa del baúl desde El Espinar aquí; eso fue, pero no hubo más"

"Nos dan casa, iglesia y el viaje pagado", comunica muy contenta la Madre respecto a la nueva fundación en Mogi Mirim, "a unas seis horas de tren de Pirenópolis", y con un estallido de júbilo

comenta poco después: “Escriben también algo en portugués. No podemos menos que dar gracias a Dios por tantos beneficios como nos hacen”

Para referirse a esta segunda casa allí fundada utiliza un término comparativo al alcance de cualquiera Hija de Jesús. “Tienen un colegio hermoso; la iglesia, según ellas, mejor que la del colegio de Salamanca. Se titula de la Purísima. Gloria sea dada a Dios y a su Santísima Madre”.

En la última carta escrita a Águeda extrema más aún la Madre la solicitud y cuidado hacia ella. Van a tener las superioras Ejercicios en Salamanca y, con relación a ese viaje, le hace varias advertencias: “Entiéndase con la R.M. María Arruti [superiora de Segovia] para que puedan venir juntas y aprovechar este tren que les digo de día, pues de noche no quiero que salgan de ahí”. Lo dice ella, que había pasado noches enteras en el tren, sin dormir y sin querer tomar agua ni alimento para poder así comulgar en cuanto llegase a su destino…

Las recomendaciones van más allá de circunstancias y detalles concretos porque es su corazón quien dicta la carta: “Busque una mujer de toda confianza y que sea buena para que la acompañe a la estación a V.R., pues las Hermanas no puede ser por ser sólo tres; pero que sea la mujer de mucha confianza y buena” (9 de julio de 1912)

El fuerte abrazo que con toda certeza se dieron a la salida de esos Ejercicios sería el postrer abrazo dado entre una Madre y una hija que tanto se quisieron en vida.

La Madre Águeda Rey falleció el 9 de diciembre de 1943. Treinta y un años y cuatro meses después que la Madre Cándida.

***Josefa Machiñena Arín.***

El nombre de H. Josefa –mejor, de H. Machiñena, como solía llamarla la Madre Fundadora- todavía hoy nos llega como sinónimo de cariño, gratitud, respeto… Porque eso eran los sentimientos de la Madre Cándida hacia aquella hermana sencilla que la acompañó fielmente durante los últimos seis años de su vida. Al mes de profesar destinaron a Segovia a Dolores Ugartemendia y pusieron a Machiñena al servicio de la Madre ya torpe de movimientos. “Desde entonces la traté continuamente hasta dejarla amortajada”.

Esta es la razón de su elección, entre otras Hijas de Jesús, para que figure en este trabajo.

No contamos con ninguna carta ni de la Madre Cándida a la H. Machiñena ni de ésta a la Madre Cándida. Pero sí con muchos folios escritos por la hermana dando cuenta de la relación que había existido entre ellas. Muy observadora, inteligente e intuitiva, pudo constatar y resumir en sus testimonios escritos de todo lo que otras hermanas quizá también habían observado pero ella lo hace de una forma más directa, más personal, ya que descubre hechos, conversaciones, anécdotas totalmente privadas.

La primera vez que escribe lo hace respondiendo a una petición de la nueva Superiora General: se estaba viendo la posibilidad de contar con una biografía “de nuestra bendita Madre Fundadora (q.e.p.d.)”. “Ruego a toda hija de aquella Madre, tenga a bien escribir todo aquello que en ella notaron, tanto en sus conversaciones, en su trato, sus máximas y que manden copia de las cartas que de ella conserven”. Seguía después una advertencia: “Esto no es obligatorio”, y una recomendación: “Bueno sería que antes de estampar en el papel lo que hayan de escribir de nuestra Madre, ofrezcan un triduo en particular a nuestra Purísima Madre, María, y a nuestra Madre Fundadora; y cada vez que escriban algo encomiéndense muy de vera a las dos, e invoquen al Espíritu Santo”. Firmado: Ángela Cipitria; en Salamanca, el 5 de abril de 1913.

Mucho tenía que contar la buena H. Machiñena de la Madre y así fue una de las primeras en hacerlo.

Bien es verdad que no fue ésta la única vez que testificó. Volvió a declarar –ahora como testigo oficial- en el Proceso Ordinario informativo sobre la fama de Santidad de la Sierva de Dios en 1943 y, por tercera vez (y de nuevo oficialmente cuando se descubrió la existencia del *Procesillo*), en 1953)

De sus escritos y comparecencias extraeremos los datos más significativos.

Desde su puesto privilegiado (dormía en la misma habitación que la Madre –ya lo sabemos, a la izquierda, según se entra-) podía observarla de día y de noche. Pudo así constatar que la Fundadora era el verdadero motor de la Congregación.

Atenta siempre a las necesidades de la Madre, la veía trabajando en su sencilla mesa de trabajo, una camilla cubierta con un tapete rojo, gastado y pobre. Nunca admitió un brasero, ni en las horas más crudas del invierno ni cuando más arreciaba la enfermedad. Ni tampoco agua caliente.

Enfrente de su mesa de trabajo estaba un cuadro de la Santísima Trinidad. “Muchas veces la he visto, interrumpiendo su trabajo, levantar los ojos al cuadro y decir en voz unas veces alta y otras baja: *Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo*. Antes de entrar en el dormitorio saludaba al cuadro con una inclinación de cabeza y, dentro de él, antes de acostarse, se volvía a mirarlo y a saludarlo por una rendija de las cortinas”.

Otro cuadro, éste de la Inmaculada, recibía también la oración de la Madre Cándida. “Todas las noches antes de acostarse, según veía yo, hacía oración de rodillas en su despacho ante un cuadro de la Inmaculada y, cuando estaba enferma, abría la puerta [corría las cortinas] para ver el cuadro y de pie o con los brazos en cruz hacía oración”.

Fue muy afortunada la H. Machiñena porque pudo ser testigo directo de la oración de la Madre. Había días –sobre todo en los últimos años- que no la dejaban levantarse y, por lo tanto, no podía acompañar a la comunidad, reunida en el oratorio, para la hora de oración mañanera. “Me tocó muchos días hacer la oración con ella y, aunque procuraba estar devota, con picardía la observaba”. Curiosidad pícara –explicable- llena de indecible respeto y veneración.

Unas veces en la cama y otras en el despacho. Si podía levantarse, aunque no seguir a la comunidad, iniciaba su oración delante del crucifijo grande, de rodillas; luego, se sentaba. Los ojos inquisidores de Machiñena no perdían detalle. A veces besaba el anillo; otras, el crucifijo; o levantaba los ojos al cielo. “Y yo decía para mis adentros: quisiera hacer la oración como la Madre la hace”.

¿Y qué decir de aquella oración ininterrumpida por espacio de dos o tres días? Otras hermanas también la observaron y comentaban entre sí: “algo le pasa a la Madre”. Luego supieron que lo hacía antes de destinar a alguna religiosa y volvía a comentar: “pues ¿qué hará en las cosas más grandes?”

Aun estando bien y haciendo la oración con todas en la capilla, en medio del trabajo se levantaba y pedía a la H. Machiñena: “Voy a orar media hora (o tres cuartos de hora); llámame cuando pase ese tiempo”. Mientras, la hermana trajinaba en el despacho o atendía a otros oficios. Un día fue a avisarla a la hora convenida. La encontró de rodillas, en el suelo. Embebida, estática. Por tres veces, alzando la voz cada vez más, la llamó sin recibir respuesta. “Muchas veces me he arrepentido de no haberme atrevido a tocarla”.

La oración de la Madre concordaba con su conducta. Buen empeño ponía H. Machiñena para no perder detalle. Incluso lo buscaba quizá para cerciorarse de que la Madre era una persona real, de carne y hueso. Con la sinceridad y sencillez que caracterizan a la hermana manifiesta: “Yo no veía en ella

ninguna falta ni imperfección por más que la observaba; y andaba a la caza de imperfecciones y, si hubiera podido adivinar que me habían de llamar para esto del Proceso, aún hubiera andado más".

Y eso que la acompañaba la mayor parte del día. Desde que la Fundadora tuvo aquella herida fea en la pierna de la que no se curó, la H. Machiñena la ayudaba a desvertirse. "Al tocar la campana para acostarnos, bendecía por espacio de diez minutos con el crucifijo grande, y con gran devoción, todas las casas. Advierto que cuando se fueron las religiosas al Brasil salía al balcón a bendecir hacia aquella parte".

"Cuando la despertaba estaba igual que cuando la había acostado. Veía cómo al acostarse cogía con sus manos el crucifijo, y al despertarla por la mañana, la encontraba de la misma manera. No se había movido".

"No la he podido cazar ni en una palabra". Y la verdad es que la hermana tenía muchas oportunidades de ver y de oír. Veía…

Veía pasar por el despacho de la Fundadora a las Madres del Consejo para tener en él sus reuniones. No estaba –como es lógico- en sus reuniones pero sí veía cómo las recibía y cómo las despedía. Siempre con el mismo gesto agradable y sereno. Veía…

Veía cómo tomaba cuentas a las Procuradoras y, "mientras yo arreglaba la habitación, la veía repasando las cuentas en los libros grandes". Veía…

Veía cómo la Madre recibía siempre a cualquier hermana con la misma actitud serena, cercana, bondadosa. Entraban y salían las hermanas constantemente. Unas porque eran llamadas y otras por distintos motivos. Todas salían contentas. Aunque hubieran recibido una reprensión fuerte, la Madre no dejaba ir a la hermana sin mostrarle y convencerla del grande aprecio y afecto que le tenía. Eso, al menos, decían ala H. Machiñena cuando salían del despacho con lágrimas aún de emoción y consuelo.

En eso de las advertencias tenía la Madre una especial delicadeza para que nadie quedara en mal lugar. "Entre otros muchos casos contaré esto que me ocurrió a mí, para no tocar a otra persona". Parece ser que una superiora le había regalado un velo; llegó luego otra superiora y se quejó a la Fundadora de que aquel velo no correspondía a la hermana. "Me llamó la S. de D. y con mucho afecto y consideraciones espirituales me dijo: <deme usted el velo y yo se lo entregaré a la superiora>. Todo para evitar que sufriera la cordialidad entre religiosas. Lo hizo con tal delicadeza que yo quedé encantada y agradecida".

"Para que no sufriera la cordialidad". Se comentaba en la comunidad del noviciado, con cierto sentimiento de envida, que "las hermanas del colegio no son como nosotras". Recordando esto dirá la H. Machiñena años más tarde: "Ahora caigo en la cuenta del por qué entonces la S. de D. tenía especiales finezas con las del colegio de la calle de Zamora. A mí misma, que era una sencilla aldeana, apenas llegada al noviciado, me mandó que me presentase a la Madre Antonia Roles, superiora del colegio". Y es que la Madre Cándida no solo escuchaba con mansedumbre y paciencia a quienes murmuraban de ella o le daban quejas contra ella sino que a estas las agasajaba con especial y verdadero afecto.

A pesar de ser tan interesante todo lo que la H. Machiñena nos cuenta de la Madre Cándida quizá lo más llamativo es todo lo referido al acompañamiento espiritual de ésta sobre aquella.

La primera vez que se vieron fue en Medina del Campo el 15 de junio de 1904. La joven guipuzcoana se dirigía a Salamanca para ingresar en el Noviciado. "Me habló en Medina cerca de una hora; lo hacía con amabilidad y confianza de madre, como si siempre me hubiera conocido. Me dio consejos sobre la vida religiosa y me hizo una impresión que otras personas no solían hacerme". Destacada personalidad tenía la hermana. No se dejaba aconsejar ni convencer por cualquiera.

Con enorme alegría recibió el mandato de ponerse al servicio de la Madre cuando la salud de esta había comenzado a declinar.

Desde entonces su trato personal, continuo y muy cercano, hizo de esa hermana uno de los mejores y más directos testigos de la vida de la Fundadora. Por momentos, el respeto y veneración hacia ella iba creciendo en la H. Machiñena, tanto que no sabía cómo agradecer a Dios que la hubieran colocado en tal puesto "Cuando le ayudaba a vestir, por sus achaques y por lo torpe que estaba, yo besaba las ropas que le ponía y decía para mis adentros: las venidera dirán: *"bienaventurada la que tuvo la suerte de ayudarla en estos oficios".*

"Para entonces [1904] ya no estaba institucionalizada la *cuenta de conciencia* pero, si esta era espontánea, la recibía como verdadera madre". Éste fue el caso de Machiñena.

La Madre le enseñó, no a hacer la señal de la cruz –que la había aprendido desde niña en la casa familiar- sino a hacerla despacio, con devoción, dándose cuenta de lo que estaba haciendo.

Le enseñó, con el ejemplo, el valor de la obediencia. "Yo veía cómo la Mare, al toque de campana, dejaba la pluma, la aguja o la palabra en el recreo". Era una forma de manifestar su obediencia incondicional a Dios.

También es cierto que la hermana le preguntaba sobre todo aquello que le chocaba y recibía en el acto cumplida contestación:

- Madre, ¿por qué hace una inclinación de cabeza cuando se cruza con una hermana?
- Porque saludo al ángel que va con ella.

Igualmente hacía una inclinación de cabeza al cuadro de San Ignacio que presidía la escalera cuando la bajaba o la subía. Esto era –le dijo- por devoción al santo.

O cuando enferma, le subía a la habitación el primer alimento del día y la veía quedarse en oración un rato largo delante del desayuno:

- Madre, ¿qué hace ahora?
- La comunión espiritual.

En alguna ocasión, cuando la siempre solícita hermana se encontraba un tanto desbordada por la actividad, recibía la recomendación de la Madre: "H. Machiñena, ponga su corazón sobre el Corazón de Jesús".

A última hora de la tarde, de rodillas junto a la Fundadora, daba cuenta a esta de las faltas cometidas durante el día. Alguna vez (más de una) se sintió sobrecogida. La Madre se adelantaba a decirle un fallo que había olvidado o al que no había dado importancia. "Subiendo las escaleras [del colegio de Tolosa] tuve yo un pensamiento que solo a mi juicio lo conocíamos Dios y yo. Cuando al día siguiente le dije una falta, sin pensar en decirle el pensamiento a que me refiero, la S. de D. me dijo: "No solo eso". Y me descubrió el pensamiento tal como había sido, añadiendo este consejo: "Tenga mucho cuidado. El demonio (esta vez no dijo *el perete*) es muy astuto. Que sea usted muy humilde". Precisa Machiñena: "Esto ocurrió el 16 de agosto de 1911".

> "En Alzola [adonde la había acompañado para tomar los baños], unos días antes [de lo arriba contado], después de comer a la falda de un monte junto al río, me empezó a decir todo lo que me pasaba en mi interior, como mis repugnancias en algunas obediencias y otras muchas cosas muy puntualizadas".

Aquellas obediencias que le repugnaban… Esta fue la inmediata reacción de la Madre:

- Yo haré penitencia por usted.

"Y no sé lo que me pasaba por dentro que quedaba plenamente confortada".

Tenía la Madre Fundadora muy buena memoria y mucho interés de que sus hijas fueran santas. "Solo seis días antes de darle el ataque del que murió me volvió a recordar en la huerta del Noviciado las tres o cuatro faltas que me había advertido en Alzola y que eran interiores y sin manifestación ninguna externa. Y añadió: "Téngalo muy presente porque no podré avisarle de nuevo".

También es verdad que la hermana tenía algún tipo de ascendiente sobre la Madre. La noche de llegada al balneario de Alzola les habían designado para las tres (la Madre, Madre Ángela y H. Machiñena) una habitación. "Santamente" discutieron las hermanas queriendo dejar una a la otra la mejor cama hasta que Machiñena cortó la discusión. Dijo lo que tenía que hacerse "y obedecieron".

Incluso "sonsacaba cosas" a la Fundadora. Las respuestas que recibía de ella eran siempre sinceras y humildes

- Madre, ¿V.R. está siempre en la presencia de Dios?
- Yo lo que puedo decir es que Dios me ha perdonado mucho y ha tenido conmigo mucha misericordia.

por dos o tres veces le había preguntado:

- ¿Y me moriré antes que V.R.?

"Con entereza ella me contestaba siempre: -Yo me moriré antes, me toca antes; y añadía a continuación: -Aunque morir, no; empezar a vivir pero para esto es necesario morir".

Hablando la Madre Cándida a la H. Machiñena de la Santísima Trinidad, con el fervor que acostumbraba cuando se trataba de este misterio, se atrevió a pedirle "¡Si usted pudiera rezar todos los domingos el *Trisagio*!" A esto añade la hermana con satisfacción y una pizca de legítimo orgullo: "Y esta costumbre de rezarlo, que después se introdujo en la Congregación, la ha debido de lograr la S. de D. desde el cielo".

Un día notó a la Madre un poco disgustada. Su pregunta directa fue directamente contestada: "Es que no me gustan los sacerdotes que dicen con prisa la santa misa".

Capítulo aparte merece la relación que mantuvo con Machiñena enfermera. La Fundadora tenía con las enfermas detalles maternales: las visitaba dos y tres veces al día, las arropaba con mimo por la noche, les daba la bendición con el crucifijo grande. Estaba pendiente de ellas. Hasta sabía, desde su habitación, si se les había administrado a su debido tiempo la cucharada de medicina. Por la mañana –aunque aún estuvieran en silencio riguroso- preguntaba cómo habían pasado la noche. Cuando regresaba de sus viajes –y después de visitar al Santísimo- las enfermas eran las primeras en recibir su visita.

Así como la Madre Fundadora exigía a la enfermera una atención cuidados y plena para con las enfermas, a estas les pedía que obedecieran en todo a la enfermera como si fuera su superiora. Ella misma, cuando estaba enferma, obedecía igualmente a la H. Machiñena. Un día que a esta se le ocurrió preguntarle qué tomaría mejor recibió esta contestación: "Yo ya he dicho lo que me pasa. Usted verá lo que tengo que tomar".

Muy advertida tenía la Madre a la enfermera que nunca dejara sola a la enferma con los médicos; ni con los confesores. "Cuando visitaba a la enferma algún Padre espiritual ponía junto a la puerta a alguna religiosa que pudiera ver y no oyese". Costumbres de la época como lo era la *Regla de la compañera.*

Así como al marchar de viaje despedía a las enfermas, quiso hacer lo mismo antes de salir por última vez de casa hacia el colegio la mañana del 5 de agosto de 1912. “Incluso dedicó unos minutos a la Madre Perpetua Quirós [la procuradora general] para darle algunos consejos y anotaciones de su oficio”.

Sobre la mesa de trabajo quedó un sobre azul dirigido a Alzola. Bien se fijó en él la H. Machiñena. “Después de la muerte de la Madre se vio que la carta estaba escrita tres días antes de que le diera el ataque; no quiso la S. de D. que se anunciara su ida a Alzola como era el contenido de aquella carta”. Ella la retuvo. ¿Una prueba más de que previó su muerte?

La hermana vio alejarse a la Madre Fundadora sin sospechar nada. Continuó con sus oficios hasta que recibió el encargo: debía acompañar a la Madre Joaquina Gómez al colegio. La encontraron mal “pero me conoció enseguida y me habló con el mismo afecto de siempre”. “En los cinco días que duró su enfermedad, hasta la muerte, sólo dos horas me aparté de ella”.

Sobre lo ocurrido en aquellos días solo vamos a referirnos a los momentos y circunstancias en los que –según el testimonio de la propia Machiñena- tuvo ésta particular protagonismo.

Como no le bajaba la fiebre y estaba bañada en sudor, la trasladaron a otra cama por orden del médico. Lo realizó la H. Machiñena junto con la H. Rosita (enfermera del colegio), la Madre Ángela y alguna hermana más. Cuando hubieron concluido el traslado oyeron el comentario de la Madre, hecho con naturalidad y con gracia: “han hecho conmigo las últimas ceremonias”. En la ropa que dejó quedaron pegados trozos de piel.

Poco después se inició este diálogo:
- Madre, ¿qué tal está?
- Usted sabrá mejor que yo
- Está, Madre, muy mal.

“Y ella se quedó muy tranquila sin mostrar ninguna pena”.

Llegaba el momento final. La Fundadora se dispuso a darles una especie de “testamento espiritual” recibido por todas con la persuasión de que era lo que convenía a cada una, y que en todas se había de realizar. “A mí me dijo que era mi perseverancia en la religión; hasta ahora se ha cumplido”. El testimonio está hecho en marzo de 1943.

Después de muerta la Mare Fundadora y, sabiendo la relación tan grande que había tenido con la H. Machiñena, comenzaron a pedir a ésta algún recuerdo de la Madre. ¡Claro que los tenía!; bien guardados, y en abundancia “De sus reliquias puedo decir que ya en vida recogíamos, sin que ella lo supera, las ropas usadas por la S. de D., y yo misma guardaba hasta el pelo que le solía recortar. Las hermanas me lo pedían como reliquia. De estas prendas y cabellos aún se conservan muchos”.

Con la muerte de la Madre aparentemente no cambió la vida de H. Machiñena. “Por doce años siguió haciendo los mismos oficios a la Madre Ángela y a la Madre Eloísa Andrés, tercera superiora general”.

Era además ropera y “guardiana” del baúl de la ropa de la Madre Fundadora y de otro baúl lleno hasta los topes de cartas y documentos de la Madre, hasta que fue relevada de estos cargos y destinada a la portería. Fue entonces cuando un día se encontró con la H. Ignacia Arzallus que atravesaba el claustro camino de la sala de calderas llevando un cesto-papelera del despacho de la Madre General. La H. Machiñena reconoció al vuelo algunos paquetes de cartas por haberlos visto en vida de la Madre, ordenados, “en una alacena que en su despacho había en la pared, según se entra por la puerta del claustro, a la derecha”. Luego habían pasado al baúl y ahora terminaban en la caldera de la calefacción.

En esta última declaración de la H. Machiñena ¿se está refiriendo a los papeles que la Madre Eloísa mandó quemar "era más de un saco de papeles que yo ayudé a llevarlos a la quema" o se trataba de otros documentos? En el primer caso se trataría de una gran cantidad de "telegramas y cartas de pésame de obispos, de infantas y de otros muchos personajes", destruidos por temor a la llegada de la República. En el segundo, esos "otros documentos" podrían estar relacionado con las tensiones en la comunidad del colegio, el *procesillo,* algunas notas que el P. Herranz había mandado escribir a la Madre Isabel Antón, algunas cartas y diarios… No es fácil que lleguemos a saberlo. Todo ello forma parte, como siempre, de la historia diseñada por Dios para cada hombre y realizada por este en el pleno uso de su libertad. Un misterio.

La H. Josefa Machiñena falleció en Salamanca el 8 de enero de 1959 con su mente y corazón siempre prendidos de la Madre Cándida. No sabía ni quería hablar de otra cosa.

*********

Todos formamos parte de varias cadenas: genéticas, culturales, sociales… Pero la Madre Cándida fue el eslabón primero de la cadena de la Congregación. Las Hijas de Jesús –sus hijas-, en la medida en que se enlacen a ese primer eslabón, reafirmarán o debilitarán esa cadena. Como hemos podido comprobar la elección para formar parte de este trabajo recayó en esas dos hermanas, unas de las que mejor se identificaron con el carisma de la Fundadora.

## Madres Carmelitas de Medina del Campo

Si queremos ser fieles a los documentos encontrados respecto al papel de consejera espiritual de la Madre Cándida no podemos olvidar a estas carmelitas.

Con ocasión de la fundación en Medina del Campo la Madre Fundadora tuvo especial relación con ese convento. Las carmelitas pusieron generosamente a su disposición la casa de la demandadera. "Estuve dos meses con ella [dice Joaquina Andrés, su compañera de fatigas en aquel tiempo –bien recio, por cierto, utilizando el lenguaje teresiano- en la portería del convento de las MM. Carmelitas a la espera de poder abrir nuestro colegio". Por el torno les pasaban la comida y la ropa que necesitaban. Las monjas se beneficiaban de la presencia y de las palabras de la Madre Cándida. "A cualquier hora le abrían la *grada".* Unas veces lo hacían para oír sus comentarios sobre la santa castellana: "A Santa Teresa de Jesús la quería mucho y las carmelitas de Santa Teresa se entusiasmaban oyéndole hablar". Otras veces, para hacerle consultas en privado; comenzando por la priora quien pasaba en el locutorio más de una hora con ella: "Varias de aquellas monjas le consultaban sus asuntos", dirá Ignacia Labaca.

Esto mismo afirma la Madre Anunciación Teresa de Jesús Sacramentado, priora del convento en 1942, recogiendo en su testimonio lo que en su comunidad aún se comentaba varios años después del paso por ella de la Madre Cándida. "Cuando vino a fundar este su colegio de Medina se hospedó aquí en nuestro convento con Madre María [Igarategui] y creo que con Mare Joaquina [Andrés] también estuvo algunos días y yo oía a mi Madre Maestra (q.e.p.d.) que venía a pasar nuestras horas de recreación en esta comunidad y cuando en este convento tocaban a *locutorio*, y sabían que era la Madre Cándida la que en él estaba, iban las carmelitas más que corriendo, desaladas, al locutorio para gozar de su santa conversación, y su Madre Fundadora creo que se arrodillaba delante de la reja y así pasaban la recreación hablando de Dios". Después, "hasta una hora estaba la priora conferenciando con la Madre Cándida".

Entre ellas también quedó la convicción de que Dios le hacía ver el interior de sus corazones, aun "a larga distancia". "A mi Madre Maestra, que era en aquel entonces tornera, le dijo un día la Madre Cándida todo lo que había estado haciendo en su celda, y era gran verdad". Las carmelitas que sucedieron a aquellas carmelitas también contaban –y se lo iban trasmitiendo unas a otras- otros hechos portentosos, como el haberles dicho a la muerte de una monja, la H. Margarita, que "al sacar de la celda el cuerpo difunto voló su alma al cielo". Daba verosimilitud a esto el aportar detalles de lo acontecido en la celda, detalles que no había podido ver por no haber estado allí ni nadie se lo había contado. Lo cierto es que "en el convento de Medina siempre se habló de la Madre Cándida con veneración y cariño".

La agradecida Fundadora regaló para la Santa Teresa del convento la muceta y el birrete de Doctora. Les dejó también su retrato "aunque sin dedicar, que no fue poca pena".

Las cordiales relaciones con las carmelitas se rompieron bruscamente. La Madre Manuela Tejería, superiora entonces del colegio de Medina, dejaba la Congregación para ingresar en el Carmelo.

Es fácil adivinar el revuelo que esto supondría en la villa. También se comentó entre las hermanas del colegio de Salamanca. Y hasta se llegó a afirmar en él (no sabemos con qué fundamento) que la Mare Manuela había pedido a la Fundadora ir hasta el convento carmelita con el hábito de Hija de Jesús, algo a lo que la Madre se había opuesto. H. Rosa García, haciéndose eco de los comentarios o quizá manifestando su propia opinión, dice en su informe: "La S. de D. cambió casi todo el personal de aquella casa, yo creo que por temor a que hicieron lo mismo que la superiora anterior, que era la que se había ido a las Carmelitas".

Lo que no puede dudarse es el aprecio que siempre tuvo la Madre Fundadora a la Madre Manuela Tejería y el sentimiento mostrado ante su salida por considerar esta como una pérdida para la Congregación, pero ¿quién era ella para interponerse en los planes de Dios?

## Personas seglares.

Fueron muchas las personas seglares que encontraron en la Madre Cándida una amiga sincera y una excepcional consejera espiritual. En todo momento intentó acercarlas a ese Dios que, desde niña, ella llevaba sellado a fuego en su corazón grande y generoso.

Pertenecían a todos los estamentos sociales y ocupaban puestos muy diferentes en la sociedad de aquella época; desde una infanta educada en la corte para ser reina de España hasta la hija del más sencillo menestral que acudía cada día a la escuelita de las Hijas de Jesús. Familias con cultura y abolengo y familias analfabetas. A todas atendía y orientaba la Madre Cándida con igual interés y dedicación.

Entre todas aquellas familias, y por orden de aparición en la vida de la Fundadora, solamente hemos elegido a tres. En ellas veremos con claridad el acompañamiento que llevó a cabo, con gran humildad –estaba bien convencida de que era un mero instrumento en las manos de Dios- pero con absoluta fidelidad a quien la había llamado para ser su apóstol.

***Familia Sabater Becerra.***

Con esta familia estuvo nueve años Juana Josefa –primero en Burgos y después en Valladolid. Ejerciendo de criada, doncella, señorita de compañía, o algo de todo esto a la vez.

En las doce cartas que la Madre Cándida escribió a **Dª Hermitas**, conservadas en el archivo, llaman la atención tres cosas:

- El tratamiento que le da en el encabezamiento de las cartas: *madre,* "muy amada madre en Jesús".
- El cariño e interés que muestra por su antigua señora y por todos y cada uno de los miembros de la familia.
- La confianza que le muestra contándole los acontecimientos más reseñables de la Congregación.

Con amor ciertamente filial cruzan entre ellas confidencias. La Madre le habla de sus fundaciones: frustradas, como la de Zamora; sencillas, como la de Coca; dolorosas, como la de Tolosa… Le manifiesta sus anhelos de ver aprobada la Congregación; de su obligado viaje a Roma; del fallecimiento del P. Herranz; de las dificultad económicas por las que atraviesa el Instituto; de la llegada -¡por fin!- del Decreto aprobatorio; de la primera postulante que –después del Decreto- ingresa en el noviciado (Dolores Novoa, gallega); de su propia salud, cada día más maltrecha por disgustos, y enfermedades…

Dª Hermitas descarga en el corazón de la Madre –"su hija querida"- gozos y penas familiares, dudas y vacilaciones de conciencia… Muchas lágrimas tuvo que enjugar la Madre Cándida a "su amada madre en Jesús". "Con Paca [Francisca, la hija soltera con la que siempre vivió, hermana gemela de Pedro] hablo pero algunas veces ¡cuánta falta me hace una persona imparcial que supiese darme algún consejo!"

Como se los daba en Burgos cuando la joven vasca entró a su servicio. Juana Josefa había llegado a la capital castellana con añoranza de familia pero pronto se ganó no sólo la confianza sino el cariño de todos los de la casa. "No recuerdo los años que tenía pero era muy joven aunque por su formalidad representaba muchos más", dirá Estrella, la hija mayor. Por su formalidad, y por sus vestidos "les costaba que accediera a ponerse ropa de color", y por su piedad, y por su actitud de servicio a cualquier hora del día, y por su paciencia para con los pequeños de la casa… Siempre con la misma sonrisa, sencillez y modestia, pero siempre también con una firma rotunda para defender los principios que ella tenía por irrenunciables.

Juana Josefa se encontró con su familia numerosa: el matrimonio y sus siete hijos: **Estrella,** la mayor, con dieciséis años; **José,** con catorce; **Francisca y Pedro**, gemelos, con diez; **Gonzalo,** con ocho; **Teresa** con cinco y medio; y la pequeña, **Josefa**, con dos. Y a ellos se entregó por entero.

Dª Hermitas nunca la vio como una joven más que buscaba trabajo fuera de su hogar. Le sorprendió desde el principio su madurez humana y su vivencia espiritual. Cuanto más la observaba –y bien que lo hizo a lo largo de tantos años- mayores muestras de algo para ella inexplicable, más aún, sobrenatural, encontraba en Juanita. Tanto llegó a confiar en ella que la nombró señorita de compañía de su hija mayor quien, por aquella época, empezaba ya a fijarse en los chicos de su edad; sobre todo en aquellos que más interés mostraban por ella. Estrella todo lo comentaba con Juana Josefa, escuchaba con interés sus opiniones y le pedía su consejo; aunque después no lo siguiese. La Madre Ángela nos ha dejado un testimonio muy valioso por habérselo escuchado a la propia Estrella años más tarde.

"Un día, no sé si de fiesta o solo domingo, después de haber oído misa y comulgado en ella, Dª Estrella pidió a Juanita la acompañara a la Mayor y esta le contestó: <Para qué quieres ir a otra misa bien lo sé, quieres ir solo a ver a fulano>, y le nombró al joven con quien, a disgusto de sus padres, estaba en relaciones y con el que a pesar de todo se casó. Insistió más la Madre: <Dentro de pocos días te ha de pedir relaciones otro; y te conviene. Si con él te casas has de ser feliz y hasta cocha has de gastar pero por tu capricho no le has de aceptar y te has de casar con el que tú quieres pero has de ser desgraciada para siempre>"

Parece que los presagios de la Madre se cumplieron. Tampoco el joven no aceptado fue feliz en su matrimonio. "Estrella, hemos errado", le confesó tiempo después al encontrarse con ella por la calle.

Indudablemente hubo altercados familiares con ocasión del noviazgo de la señorita. Juana Josefa estuvo siempre del lado de Dª Hermitas, que era la que más sufría. Sim embargo nunca perdió la confianza, el cariño y el agradecimiento de Estrella. Se hablaban de tú, costumbre que mantuvo la Madre Cándida, aunque "Estrella, después de fundar, se dirigía siempre a ella llamándola Madre".

"Cuando estaba con ellos [dice su nieta Blanca Sabater] ya la consultaban. Estaban seguros de su intercesión ante Dios. La misma Estrella –es su sobrina Consuelo Sabater Varona quien lo cuenta- recibió, a través de la Fundadora, la gracia de curarse de una grave enfermedad. Ya en estado agónico, no sólo reconoció a la Madre Cándida y dijo su nombre, sino que "la enferma curó y vivió bastantes años". ¿Cómo no seguir confiando en su antigua señorita de compañía?

Dª Hermitas se franqueaba con la Mare Cándida contándole sus debilidades más íntimas: "Por resultado verá usted que todo revela mi pequeñez y que no adelanto un paso. Si usted estuviera cerca de mí, si yo la pudiera hablar y consultar algunas cosas, de seguro que algún bien me repondría pues me haría conocer lo poco que valgo" (abril de 1875)

Diez años más tarde (1885), ya viuda, mantiene la misma actitud. "Crea usted, mi querida hija, que me hace mucha falta y, si tuviese la dicha de verla, le diría todo lo que siente mi corazón y oiría su consejo, para mí de tanto valor, y disfrutaría de sus dulces consuelo. Después de mi marido (q.e.p.d.) y de mis hijos, nadie me ha querido con más sinceridad que usted pues usted quiere todo lo que sea bueno para mi alma y todo lo que puede convenirme en lo temporal; y lo quiere usted sin mirar más que mi bien y, esta clase de cariños, no se hallan en las gentes del mundo".

Decíamos que la Madre Cándida enjugó muchas lágrimas a Dª Hermitas. Ésta no sólo vio morir a su esposo sino que tuvo que pasar por lo más doloroso que a una madre puede ocurrir: la muerte de sus hijos. De Pedro (1901, ingresado en un psiquiátrico); de Teresa (1902, tras una penosa enfermedad); de José (1903, tuberculoso y a causa de una pulmonía).

Conmocionada quedó la Madre Cándida con la noticia del fallecimiento de este último, de José, el mayor de los hijos varones de Dª Herminas. "Deja ocho hijos y sin fortuna pues no les queda pensión". Se apresura la Fundadora a paliar en lo posible la triste situación ofreciendo sus colegios a las huérfanas. Dos de ellas se educaron con las Hijas de Jesús: una, Dolores, en el colegio de Salamanca; la otra, Mª Nieves (Blanca) en el de Segovia.

Murió Dª Hermitas sin conocer la determinación generosa y agradecida de su "hija querida". La reacción de ésta al conocer la muerte inesperada de su "muy amada madre en Jesús", no podía ser otra; del fondeo de su alma se escapa un grito que es mezcla de dolor y de esperanza: "¡Cuánto le debo! Así es que la perdí en este mundo, pero en mi corazón está grabado su recuerdo, que jamás se borrará. Como no sabía que estaba enferma, al recibir los telegramas fue más pena el no poder verla siquiera muerta; pero hágase en todo la santísima y divina voluntad" (A Francisca Sabater, 21 de diciembre de 1903).

Cariño mutuo. El retrato de la Madre Cándida, fundadora, presidía la casa de los Sabater Becerra. Como una más de la familia. Como una santa a la que todos veneraban.

***Familia San José Herranz.***

Si la Madre Cándida entró en contacto con la familia Sabater Becerra por motivos laborales, con la familia San José Herranz conectó a través del confesonario.

En la iglesia vallisoletana de San Felipe de la Penitencia conoció primero al jesuita P. Herranz quien, a partir de la disolución de la Compañía de Jesús en España, se había refugiado en casa de sus

hermanos en la iglesia más próxima a la vivienda de éstos celebraba la misa diaria. Allí llegó un día Juana Josefa acompañando a Dª Hermitas y pronto se fijó en aquel sacerdote que la celebraba muy despacio, con un fervor especial. Pero otros ojos se fijaron igualmente, de inmediato, en la joven humilde y sencilla que con tanta devoción seguía la misa y pasaba largas horas de oración en la iglesia. Era la mirada de las religiosas dominicas de San Felipe de la Penitencia. Algunas aseguraban "haberla visto en la iglesia varias veces arrobada". Años después llegan a declarar que "hasta en las recreaciones era muy ordinario o corriente versar la conversación sobre esto y puedo asegurar que era tenida [la joven criada] en gran concepto de santidad, gozando de gran aprecio y consideración como tal en esta comunidad, sirviendo lo que de ella se contaba para animarse las religiosas, más cada día, a darse de lleno al Señor".

El confesonario que entonces frecuentó Juana Josefa es hoy un preciado tesoro en poder de las Hijas de Jesús.

¿Cuándo conoció Juanita a la familia San José Herranz? Parece ser que esta familia intimó con la familia Sabater Becerra al poco de que esta llegara a Valladolid pero la persona de Juana Josefa unió más a ambas familias. La criada –doncella- señorita de compañía de los Sabater encontró en la familia del P. Herranz unos nuevos bienhechores y amigos.

Compartían vivienda en aquel tiempo:

**D. José**, cabeza de familia, abogado, quien, a petición del P. Herranz, puso la casa a su disposición para que éste pudiera dar comienzo a la formación de la futura Fundadora: leer, escribir, cuentas, y por supuesto atención espiritual. Con el permiso expreso y gozoso de Dª Hermitas, y durante más de dos años acudió Juana diariamente a recibir aquella instrucción.

**Dª Francisca Garcés,** esposa de D. José, apoyo incondicional, primero, de la joven sirvienta, y después, de la madura fundadora. En los tiempos más difíciles y duros de la fundación hizo de "correa transmisora" entre el P. Herranz y la Madre Cándida. Para ésta Dª Francisca fue siempre su hermana, su "querida hermana Paca".

**Vicenta,** única hija superviviente de los dieciséis hijos habidos en el matrimonio. Vicenta, Vicentina, sería considerada por la Madre Cándida como una hija –así acostumbraba a llamarla- ya que la conoció cuando ésta era aún niña de pocos años. Siempre mantuvo con ella una relación cariñosa, familiar. Ya dijimos que Vicentina cambió el tú por el usted al hablar con la Fundadora, nuevo tratamiento que nunca le quitó confianza.

**Paulino,** hermano soltero del P. Herranz y médico de profesión, vivió hasta su muerte con la familia San José Herranz en donde conoció y trató a la Madre Cándida. Llegó a ser, en varias ocasiones, el sostén económico de la Fundadora.

Una persona más vivía por entonces con esta familia: **D. Roque Alday,** estudiante de Leyes en Valladolid de quien era tutor D. Juan. También él tuvo ocasión de conocer a Juana Josefa. Llegaba ésta a la casa cada día justo cuando la familia había terminado de comer pero alargaban un poco la sobremesa solo para poder charlar amistosamente con la recién llegada. A todos les agradaba su presencia humilde y siempre digna. "Generalmente nos encontraba en la mesa y pasaba con nosotros un ratito durante el cual no pocas veces nos hacía reír con el mal castellano que entonces hablaba y con sus incesantes ocurrencias".

Ni el estudiante ni su tutor estaban muy convencidos de que aquella joven fuera la más indicada para ser la fundadora de una Congregación de enseñanza pero las dudas eran siempre atajadas por el P. Herranz: "Ya veréis con el tiempo lo que esa vale". Le apoyaba en este pronóstico Dª Paca mientras la pequeña de la casa observaba y retenía la escena. Ya casado y padre de familia, quiso D. Roque que sus

hijas se educaran en el colegio de Tolosa. Una de ellas, Felícitas Alday, reconoce haber oído decir a su padre más de una vez. “El Instituto de las Hijas de Jesús es un continuo milagro”.

Dª Paca siempre tuvo al corriente a la Fundadora de los aconteceres familiares con sus alegrías y penas pero, sobre todo, le hizo confidente de su vida interior. La Madre Cándida depositó en Dª Paca la máxima confianza. En sus cartas le cuenta, por ejemplo, con gran sencillez –como no lo haría con otra persona- lo acontecido en la inauguración de Bernardos: “Me obligaron a pronunciar un discurso, y, sin saber cómo, empecé a hablar sin darme cuenta de lo que decía, y lo cierto es que la gente lloraba. Dios sea bendito, que tanto nos ama y nos protege siempre” (27-10-87).

Por supuesto que, siempre que pasa por Valladolid camino de sus fundaciones, hace una visita, tan espaciosa como puede, a la familia San José Herranz. Con Dª Paca va de compras, visitas… incluso, ante sus ruegos, accede a que le hagan una fotografía. Gracias a Dª Paca nos queda un testimonio gráfico de la Madre Fundadora en la plenitud de sus cuarenta y dos años.

A esta casa vallisoletana fue a visitarla Petra Piernavieja, una vez consumada su salida de la Congregación. Pudo entonces comprobar toda la familia el trato exquisito que la antigua Hija de Jesús recibió por parte de la fundadora. Ni un asomo de resentimiento por todo cuanto le había hecho sufrir y sí un mucho de afecto verdadero, “hasta salió a despedirla a la puerta”.

Después de pasar casi veinte años desde aquellas iniciales clases, Dª Paca vuelve a propiciar en su casa un nuevo encuentro entre el P. Herranz y la Madre Cándida. Han hecho que puedan coincidir aquel año los funerales por el hermano Paulino –fallecido unos meses antes- con los Ejercicios Espirituales del Padre. Después de la misa celebrada en San Felipe de la Penitencia a la que asiste toda la familia, y del desayuno, la Madre Cándida, acompañada de la Madre Joaquina Gómez, se retira con el P. Herranz para recibir su consejo y ayuda sobre las Constituciones con vista a la aprobación de la Congregación. Sesiones densas: “Descansábamos algunos ratos siendo también interrumpidos por las muchas visitas que tenían”.

El P. Herranz se retiró a sus Ejercicios unos días –los que aprovechó la Madre Cándida para darse una vuelta por las obras del colegio de Tolosa- y, de nuevo, siguieron otros días de trabajo intenso. Todos quedaron muy satisfechos del encuentro.

Pero, con ser grande el favor que la familia San José Herranz hacía acogiendo en su casa a la Madre cándida y a sus hijas, fue mayor el que Dª Paca le prestara su nombre pues a nombre de Dª Francisca Garcés, y con este claro encabezamiento: “Mi inolvidable hermana Paca”, llegaba a Valladolid una carta del P. Herranz fechada en Vigo el 2 de noviembre de 1873. En realidad, la carta era para la Madre y a sus manos llegó de inmediato. Era ésta la única forma de mantener una segura correspondencia entre el jesuita y la fundadora cuando había varias personas empeñadas en impedirlo. Algunas veces más se valieron de este medio. Siempre mantuvo Dª Paca una actitud de prudencia y lealtad con ambos.

Como una más de la familia es informada puntualmente la Madre Cándida de los sucesos más relevantes o tristes acaecidos en ella, como el fallecimiento de D. Paulino. La carta con la que contesta a Dª Paca es sumamente expresiva: “Con todo mi corazón le suplico me diga si en algo me necesitan, para ponerme de viaje sin dilación alguna, pues saben que para todo me tienen a su disposición; tan sólo con ponerme un parte, me tendrán Vds. en ésa; no ande con miramiento”.

D. Paulino fue quien murió primero (1890); le seguiría D. Juan (1895); sólo un año después le tocaría el turno al P. Herranz (1896)

El desconsuelo de la Madre Cándida, “el golpe más grande que puedo tener en la vida”, no tuvo más límite que la esperanza cristiana. “Ahora desde el cielo hará mucho más por todos nosotros y nos alcanzará muchas gracias; pensemos sobre todo que tenemos un santo más en el cielo”.

Por último, sería Dª Paca la que abandonara este mundo. Pocos días después de su muerte –a la que la Madre Cándida no pudo asistir- se acercó ésta a Valladolid desde Medina, con las Madres Antonia, María y Joaquina, para dar un abrazo a Vicentina “ya que esta deseaba ver a la Madre y recibir algún consuelo”.

Vicentina había heredado de su madre el cariño, la admiración y la veneración por la Fundadora. Lac casa de la familia de San José Herranz estuvo siempre abierta para la Madre Cándida y para sus acompañantes en vida de los padres y, muertos estos, en la de la hija.

En la correspondencia entre la Madre y Dª Paca ocupa un lugar preferente Vicentina, sus gracias de niña primero y sus adelantos de adolescente después.

Cuando creció Vicentina la familia pensó enviarla a Francia para completar allí su educación. Antes de llevar esto a cabo quisieron consultar, como siempre lo hacía, con su hermano. La contestación del jesuita fue rotunda: a Francia, de ninguna manera. “Salamanca nos conviene por todo, todo. No olvides el interés que como hermano tengo y no me veas parcial que, si no fueran reales y verdaderos los adelantos que hacen en Salamanca, yo mismo te diría que no conviene pues por una educanda ni más les enriquecerá ni menos honor tendrán” (Vigo, 2 de marzo de 1977)

No se educó vicentina con la Madre cándida pero sí asistió una nieta de ésta, Mª Eugenia Sánchez Ortiz de Urbina (hija de Mª Socorro), en el colegio de Salamanca. Vicentina eligió a la Madre por confidente y consejera mientras estuvo soltera y siempre, después de su boda (1882) con el arquitecto **Antonio Ortiz de Urbina.**

Por lo que supone de autobiográfico trasmitimos íntegro uno de los párrafos de su testimonio en el Proceso Ordinario Informativo:

> “Había tenido yo un hijo que se me había muerto y no tenía ningún otro. Pasaron cuatro o cinco años sin tener ninguno y un día dije a la Madre: <Pida a Dios que me dé siquiera tres hijos>. Ella mandó llamar a mi esposo y nos dio la bendición con el crucifijo que solía llevar a la cintura. Al año tuve el primero de los tres pedidos; luego, otra hija. Cuando iba a tener el tercero, sin acordarme de que había pedido tres, manifesté cierto disgusto a la Madre Cándida y ella me contestó: <Pero ¿no me pediste tres?>”

En el actuar de la Madre, humildad, ya que atribuía lo acontecido a la bendición divina; en el relato de Vicentina, sencillez, al manifestar sus más íntimos sentimientos en ambas, mucho cariño y confianza.

A partir de su matrimonio Vicentina, cuando escribía a la Madre cándida, firmaba por ella, por Antonio y por los niños. Según éstos crecían, primero les llevaba la mano para que ellos mismos pusieran su nombre; después ellos solos se acercaban corriendo para firmar. Con cariño la Madre los nombraba, sobre todo al mayor, Pepín, a quien se refería como “el pequeñín P. Urbina”.

Vicentina le consultaba todo, desde las dificultades económicas por un préstamo no cobrado hasta la conveniencia de cambiar de director espiritual. En este último caso la Madre le da una lección de discernimiento: lo ha llevado a la oración y “me ha parecido delante de Dios que debes dejar a D. Gregorio y coger al que tú has pensado” pero a renglón seguido le hace una consideración nacida del sentido común que da la experiencia: “por eso no vayas a creer que tendrás felicidad pues unos tienen

unas cosas y otros otras, y solamente se obedece a Dios nuestro Señor". Y, para más seguridad, le recomienda que lo consulte con el P. Herranz.

Con sinceridad y humildad nos ofrece otra anécdota en su testimonio. Una familia conocida estaba atravesando económicamente un mal momento. Tenían que despedir a una sirvienta pero no podían hacerlo por adeudarle algunos salarios. Por aquellos días fue a visitarles la Madre Cándida y "al despedirse, sin haber hablado de ello, le entregó a la señora un sobre con la cantidad justamente necesaria para pagar las deudas. A señora era bienhechora de la S. De D. Era mi madre".

Así de agradecida era la Madre Cándida con quienes la ayudaban y ¿no era la familia San José Herranz uno de sus mayores bienhechores? El mismo D. Antonio Ortiz de Urbina, como arquitecto, se puso a su disposición con planos, proyectos y consejos en la construcción de nuevos colegios.

Los pequeños de la casa –y lo mismo decían los hijos y nietas de los Sabater Becerra- recordaban, como el mejor de los premios, el que los mayores les permitieran estar un rato con ellos en la sala escuchando a la Madre Cándida. Veían a ésta como a una persona distinta de las demás, como a una santa, al menos eso era lo que todos decían. La verdad es que ellos no se cansaban de mirarla y de escucharla.

¡Tantos recuerdos guardaba Vicentina de la Mare en Valladolid! A ella le debemos una emocionante revelación.

"Entre las muchas veces que la acompañé a la iglesia del Rosarillo, una de las últimas, después de rezar un gran rato, le pregunté de pronto: <Madre Cándida, ¿dónde estaba la Virgen?> y ella, pasando un brazo detrás de mi espalda, con la mano me señaló que delante del altar de la Sagrada Familia".

***Familia Marqueses de Castellanos.***

Punto de encuentro: la pila de agua bendita, en la iglesia de la Clerecía.

Nos estamos refiriendo a la primera vez que se encontraron la joven Fundadora (26-27 años) y la también joven marquesa de Castellanos y de Monroy (31 años). ¿Qué sucedió en aquel primer encuentro en el interior de ambas? Años después nos dejaría escrito esta señora: "Misteriosa simpatía nos unió para toda la vida".

Pocos minutos antes **Dª Rosario González de la Riva y Trespalacios** se encontraba arrodillada en el confesonario del P. Bombardó, su director espiritual. Antes lo había hecho la Madre Cándida. De allí esta había ido a rezar ante uno de los altares laterales de la iglesia. "¿Ve usted a esa joven que está rezando delante del altar de San Francisco de Borja? Procure usted tratarla y ser su amiga porque es una mujer extraordinaria". Se fijó la marquesa en ella y, haciendo caso s su director, procuró esperarla y hacerse presente. En la pila del agua bendita.

Desde aquel bendito día Dª Rosario vivió junto a la Madre Cándida los momentos más álgidos de la recién estrenada Congregación:

- Presenció la pobreza suma en que vivieron las hermanas durante sus años de noviciado en la casa de San José. La marquesa ayudó a la Fundadora a preparar la modestísima capilla para la misa del primer aniversario de la fundación: "acuérdese, Madre, del altar de papel azul y blanco"
- Procuró encargar a la comunidad algunas labores para ayudar a la escasa economía. "Con la H. Dolores [Linares] la Madre está bordando con primor el segundo cojín para la Sra. Marquesa".

- Vivió con la comunidad la dolorosa expulsión de los jesuitas de Salamanca. Estuvo presente en la despedida del P. Bombardó y aceptó, como hizo la Madre Cándida, la nueva dirección espiritual del Sr. Magistral, D. Antonio García.
- Pronto involucró a su marido, **D. Agustín Maldonado y Carvajal,** en aquella amistad. Él fue desde el principio un benefactor incondicional de las Hijas de Jesús. Durante más de dos años se hizo cargo del alquiler de la Casa de la Concordia, un antiguo palacio que necesitó por dos veces que levantaron su techo hundido (la segunda vez fueron tres las vigas que se desprendieron del techo de la capilla, afortunadamente cuando nadie se encontraba en ella).
- Buscó, junto con su marido, una casa más amplia y acondicionada para que la Madre Cándida pudiera establecer adecuadamente el colegio. ¿No llegó incluso a ofrecerle la casa de las Conchas, patrimonio del Marquesado? En el escudo de la portada aún campean los cinco *lises* de los Maldonado. No cristalizó el contrato.
- Hizo realidad el sueño largamente acariciado por la Madre Fundadora de tener un noviciado, independiente del colegio, en el que poder formar a sus novicias. "Durante muchos años luchamos con grandes dificultades para la instalación del Noviciado en el edificio de los Mostenses, propiedad de mi marido, que se lo ofreció para este fin, hasta que el año 1899, el 8 de febrero, se firmó la escritura de donación, solemnizando con este acto el día de la boda de nuestro hijo mayor, teniendo el consuelo de que nos acompañara la R.M. en la ceremonia".
- Acogió en varias ocasiones a la Madre Cándida en su casa de Madrid acompañándola personalmente en cuantas visitas fueran necesarias. Alguna pedida expresamente por Dª Rosario, como la que hicieron a la condesa de Peñalver, amiga de la marquesa de Castellanos, que estaba pasando por malos momentos familiares. La mayoría de estas visitas eran planificadas en favor de los asuntos de la Madre: la marquesa la acompañó en la audiencia con la Reina Dª María Cristina de Habsburgo para abrir una suscripción a fin de recaudar fondos para el Noviciado de Salamanca. También fue con ella a la que le concedió el Nuncio de España, Mons. Serafino Caetani. "La R.M. habló mucho con el Sr. Nuncio; se conmovió la Sra. Marquesa con esta escena y lloró". Igualmente con su amiga la marquesa fue a ver a la infanta Dª Isabel de Borbón para que esta agilizara al aprobación civil del Instituto. Con conocimiento de causa pudo dejar Dª Rosario este testimonio de la Madre: "La Madre Cándida lo mismo trata con un niño que con un miembro de la familia real".
- "Véngase, si le es posible, que aquí tiene usted hospedaje independiente y bueno". Lo aceptaba la Madre siempre que lo considerara necesario para ella o para alguna de sus hijas. ¿Dónde iban a encontrar mejor alojamiento cuando la necesidad de él se hacía apremiante? Que se lo dijeran a la Madre Joaquina Gómez, la infatigable secretaria de la Madre Cándida, cuando en 1903 tuvo que ser sometida a una dura operación en la que le vaciaron un ojo.
- También puso a disposición de la Fundadora, para ella, para sus novicias y para las hermanas del colegio, la casa de labor y finca que tenía junto al Tormes, en *las salas bajas.* Allí pasaron unas y otras tardes, días de descanso. A la marquesa le gustaba más el palacete que tenía en aquella zona cuando estaba en Salamanca- que la casa-palacio de la calle de San Pablo. A ésta fue llamada la Madre Cándida por Dª Rosario para presentarle al rey y a otros miembros de la familia real. Era un honor para la marquesa hacer las presentaciones; que todos conocieran a su grande y santa amiga.
- Ante tal cúmulo de verdaderas demostraciones de cariño no es de extrañar que la Madre Fundadora pidiera a Dª Rosario que fuese madrina en la emotiva ceremonia de la primera emisión de votos perpetuos de las Hijas de Jesús. Cuenta Josefa Machiñena: "Cuando la Madre hizo los votos perpetuos su madrina, que fue la Sra. Marquesa de Castellanos, le regaló un anillo con una perla. Por agradecimiento se lo puso aquel día pero no se lo volvió a poner más, y se vendió". Su anillo de oro, con la inscripción IHS, que toda la vida fue usado por la Fundadora y

que hoy conservamos con veneración entre sus pertenencias más personales, no se diferenció del de sus hermanas.

¿Qué aportó la Madre Cándida a su amiga la Marquesa?

Siempre, su leal amistad. Podemos imaginarnos qué dolor supondría para la Madre el saberse mal interpretada por su amiga en aquellos trámites interminables de la cesión de los Mostenses. La Madre Fundadora no quería dejar al descubierto a la persona que entorpecía una y otra vez, y de distintas maneras, la donación. Sufría por ello Dª Rosario, sufría la Madre Cándida. Cuando todo se aclaró –y no fue precisamente la Madre quien lo hiciera- le escribió la Sra. Marquesa:

"22 de mayo de 1898. Mi amadísima Madre Cándida. Pido a usted que me perdona si en mi última carta dejé traslucir la pena y la rabieta que me causó su evasiva de aceptar los Mostenses para noviciado cuando se nos facilitaban las cosas, pues yo creía que era usted la que no se decidía. Hoy, por carta de D. Lorenzo, comprendo que es usted una santa y quién es el que tiene la culpa de todo y a quien usted no ha querido descubrir. Por eso no ha querido contestarme a mi última carta en la que le pedía que fuera franca y me explicara la causa de no aceptar".

La admiración, el respeto y la veneración de Dª Rosario por la Mare Cándida subía y subía…

No sólo comprobó cómo la intercesión ante Dios de la Fundadora –llamada con urgencia al palacete de Madrid- había curado a su marido gravemente enfermo. "La Madre pasó noches enteras de oración en la capilla de la casa". El marqués se recuperó.

Estaba Dª Rosario acostumbrada a confiar en la oración de la Madre Cándida en todo, incluso en los asuntos económicos. Inquietante fue la época del enfrentamiento con la casa de Monroy, título de los Marqueses de Castellanos también ostentaban. "A consecuencia de un pleito de malas interpretaciones, nos amenazaron con quemarnos la casa". Consultaba la Madre sobre si deberían poner a salvo algunas cosas que ellos valoraban, recibió esta contestación: "Esté usted tranquila, no pasará nada, pero se perderá una parte del pleito". Añade Dª Rosario: "La Madre Cándida desconocía la tramitación del pleito. Pasaron meses y sucedió tal como me había dicho".

La misma seguridad había recibido unos años antes en asuntos de salud. 1885. Avanzaba el cólera desde Portugal a Salamanca. La Marquesa acudió, como siempre, a la Madre Cándida. ¿Qué debería hacer: quedarse en la ciudad para atender a su madre o seguir a su marido y a sus hijos que querían refugiarse en el campo? Pronto recibió un consejo que transmitía esperanza: "Su primer deber es seguir a su marido; llévense una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, recen todos los días, y volverá a ver a su madre. No se morirá ninguno de los que van con ustedes ni sus familiares". Una vez más la premonición de la Madre se cumplió. "Así sucedió", confirmará Dª Rosario.

Con igual confianza la Marquesa depositaba en el corazón de la Madre sus inquietudes y problemas de conciencia. Bien es verdad que a veces era la Madre Cándida quien se adelantaba a darle un consejo tranquilizador. Así comenzaba aquel día de 1892 su carta: "Mi amada Dª Rosario, no hay más religión verdadera que la católica". ¿Quién le había hablado de sus dudas de fe? No lo sabía, pero la Madre logró recobrara la paz perdida.

No resulta difícil entender que los Marqueses tuvieran a la Madre Fundadora en tan alto concepto. Cuando la visitaban en el Noviciado –dicen quienes fueron testigos de sus despedidas- impresionaba ver cómo D. Agustín, "arrodillado y descubierto", pedía a la Madre la bendición con el crucifijo. Humildad en aquel noble salmantino- emparentado por una rama familiar a Alfonso X el Sabio y por otra, con los Reyes Católicos- de rodillas ante la mujer (y monja) y humildad en la Madre Cándida quien, como siempre, hacía contar que no era ella sino Dios quien bendecía.

Murió D. Agustín Maldonado y Carvajal, Marqués de Castellanos y de Monroy, amigo y bienhechor de la fundadora de las Hijas de Jesús, el 5 de diciembre de 1909. Avisada de inmediato la Madre Cándida, enferma en Salamanca, no pudo asistir a su entierro.

En su testamento D. Agustín se había acordado de la Madre Cándida. Legaba a ésta un valioso crucifijo de pared para que presidiera su mesa de trabajo. Hoy preside el oratorio de Montellano, habitación que presenció la muerte de la Madre tres años después.

Ya entes, en vida, el Marqués había donado y cedido a la Madre la valiosa custodia de oro y piedras preciosas. (Documento firmado el 4 de noviembre de 1906).

Posteriormente la Marquesa viuda encargó a un pintor madrileño un cuadro al óleo de la Madre Cándida. Lo pintó teniendo presente el retrato de la Madre hecho en Valladolid. "Gracias mil por su retrato [había escrito entonces Dª Rosario] que ya lleva algunos besos encima y que se venera en esta casa".

El cuadro pintado al óleo lleva esta leyenda: "Cándida María de Jesús Fundadora Y Superiora de las Hijas de Jesús". Con una firma y un año: "F: Lorente – 1911). El mismo pintor que realizó los retratos ovalados de los Marqueses –que también regalaron a la madre- y la misma fecha en ellos.

Murió la Madre Cándida sin poder estrenar la iglesia de los Marqueses había mandado edificar para ella en los Mostenses. Tampoco pudo ver el Panteón para los familiares directos de los Maldonado. Per Dª Rosario quiso que en él reposaran, como los de un familiar más, los restos de su amiga y consejera, ceremonia que se llevó a cabo en 1921, a sólo un año antes del fallecimiento de la marquesa.

**********

Llegamos al final de este trabajo. Ante un foco de luz podemos adoptar varias actitudes: dejarnos pasivamente iluminar por él, aprovecharnos de su luminosidad, agrandarlo haciendo pantalla con nuestras manos para enfocar mejor objetos o personas, escondernos o huir de su luz…

Todas aquellas personas que con sencillez se han acercado a la santa Madre Cándida: Hijas de Jesús, religiosos, sacerdotes, seglares, han quedado fuertemente impresionados por su mirada, por su sonrisa, por sus palabras y actitudes. Porque su vida entera fue un reflejo fiel y constante de la luz de Dios.